
SERIE LOVER TYGRAIN 6
UN TYGRAIN EN LA PUERTA DE al Lado
KELLY DREAMS


SERIE LOVER TYGRAIN 6
UN TYGRAIN EN LA PUERTA DE al Lado
KELLY DREAMS

UN TYGRAIN EN LA PUERTA DE AL LADO

Serie Lover Tygrain 6

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

UN TYGRAIN EN LA PUERTA DE AL LADO

Serie Lover Tygrain 6

©Edición 2024

© Kelly Dreams

Portada: https://stock.adobe.com

Diseño y Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A mis **lectoras**.
Espero que disfrutéis de esta nuevo romance de los *tygrains*.

Kelly Dreams

SINOPSIS

Calibri Rose solo pretendía ser una buena vecina y dar la bienvenida al hombre que se había mudado a la casa de al lado, pero cuando este abrió la puerta y la recibió recién salido de la ducha supo que ya nada volvería a ser igual. Sin era el sueño húmedo de cualquier mujer y ahora también su particular pesadilla. Un solo instante frente a él fue suficiente para poner su vida patas arriba y recordarle que una bruja nunca podía escapar de su destino.

Sin O´Connor llegó a *Brookefalls* buscando dejar atrás los problemas que había encontrado en la ciudad. Todo lo que deseaba era tener un momento de tranquilidad y tiempo suficiente para decidir qué quería hacer ahora con su vida. El entorno natural del pueblo era perfecto para dar rienda suelta a su naturaleza *tygrain*, solo tenía que internarse en el bosque y dejarse llevar. Y eso era lo que había estado haciendo hasta la mañana en la que *ella* llamó a su puerta. Calibri era una tentación con aroma a bizcocho y chocolate, una que acabaría por convertirse en su más deliciosa y dulce obsesión.

Cuando un tygrain ronronea, el amor está en el aire.

ÍNDICE

COPYRIGHT
SINOPSIS
ÍNDICE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

—¿Estás comiendo bien?

Esa tenía que ser la frase favorita de todas las madres, pensó Sin mientras ponía los ojos en blanco y se secaba con la toalla. El problema era que no la pronunciaba su progenitora, sino su mejor amiga, la cual se encontraba en esos momentos a cuatrocientas ochenta y dos millas de distancia. Había escuchado el tono del teléfono nada más cerrar el grifo de la ducha y cuando vio su nombre en la pantalla, aceptó la llamada poniéndola en el altavoz.

—¿Desde cuándo te preocupas por mi alimentación?

—Desde que no puedo estar ahí para asegurarme de que comas lo que debes y no te pases con el chocolate. El amor que tenéis los *tygrain* por lo dulce es insólito.

—No a todos nos gusta el chocolate o lo dulce —replicó él.

—A ti sí. Apuesto a que tienes un armario lleno de chucherías para cuando te entra la depre.

—¿Ahora también soy depresivo, Dra. Cullin?

La escuchó resoplar al otro lado del teléfono.

—Si fueses una persona depresiva te habrías pegado un tiro después de todo lo que ha pasado, Sin —replicó sin andarse con medias tintas—. En vez de eso decidiste poner tierra de por medio.

—Bueno, arrancarle la garganta a la zorra habría estado fuera de lugar —respondió con sencillez—. No sabría que hacer con ella. No iba a quedar nada bien en mi nuevo salón.

—Tenía que haberle arrancado los ojos yo misma a esa hija de la gran puta.

Ese era un deseo que sin duda compartían las personas que habían estado a su lado durante todo el desquiciante suceso que casi lo conduce a la cárcel.

Leila Griffin se la había jugado a todo el mundo, pero él fue quién se llevó la peor parte. La creyó cuando debería haber desconfiado de sus palabras, la defendió pensando que era inocente, una víctima más de un hombre sin escrúpulos y lo único que consiguió fue que ella le acusase de ser el responsable de todo lo que pasó en aquel fatídico fin de semana.

Una presunta paliza a manos de un amante furioso y una actriz digna de Oscar estuvieron a punto de destrozarle la vida en un abrir y cerrar de ojos. Y todo por encontrarse con ella apenas unas horas después de que se hubiese producido toda aquella debacle.

Ella le había denunciado. Lo acusó de tanta mierda que era imposible que un solo hombre hubiese hecho todo aquello, tergiversó sucesos inocentes convirtiéndolos en un arma poderosa contra él. Lo puso entre la espada y la pared. Sin duda su intención era acogotarlo de tal manera que no pudiese hacerle ascos a su oferta: Pagarle una generosa suma de dinero a cambio de retirar la denuncia y decirles a las autoridades que había sido todo una equivocación, que él no la había agredido.

A día de hoy seguía sin entender cómo terminó esa mujer en las charlas semanales de apoyo que coordinaba en el centro social de Ohio, cómo fue capaz de pasar de parecer una víctima a convertirse en una auténtica manipuladora y sobre todo, como él no vio lo que ahora le parecía tan evidente. Si no hubiese sido por Dana y el jefe de su clan, Dimitri Kenway, que puso a su disposición todos los medios necesarios para desenmascarar a esa perra, era muy probable que ahora estuviese entre rejas.

—Pero vale. Tienes razón. Su cabeza iba a quedar falta en cualquier pared de la casa —mencionó su amiga—. Esas paredes desnudas necesitan algo más chic… como uno de mis cuadros.

Sonrió para sí ante la indirecta, una que le había lanzado unas cuantas veces en las dos semanas que llevaba ya en el tranquilo pueblo de montaña. Daba igual que hubiesen transcurrido ya dos meses desde todo aquel sinsentido. Lo ocurrido le había pasado factura no solo a nivel personal, sino también al profesional. Tras algunos encontronazos y discusiones con ciertos miembros de su propio clan, algunas de las cuales terminaban en gruñidos y peligrosas amenazas felinas, se hizo evidente que necesitaba más espacio del que encontraba en la plantación.

Brooke Falls era el lugar perfecto para él o eso le había dicho la excéntrica chamana de a la que la mayoría le tenía más miedo que respeto. Muchos de los *tygrain*, que no deseaba emparejarse todavía, huía de ella como de la peste, mientras que los más desesperados esperaban anhelantes una pequeña señal que les diese esperanzas para encontrar a su otra mitad.

Mint le había asegurado que se trataba de una comunidad pequeña y tranquila, un lugar en todo el mundo era bienvenido, con terrenos forestales lo bastante frondosos y extensos como para poder estirar las patas y correr hasta agotarse. El pueblo contaba con los servicios básicos, era autosuficiente y salvo que necesitases de algo muy concreto, podías vivir cómodamente sin tener que trasladarte a una gran ciudad, como había comprobado en esos últimos quince días.

—Y apuesto a que ya tienes dicho cuadro embalado y esperando el momento adecuado para hacerme una visita, ¿me equivoco? —replicó al comentario de Dana.

—Ya sabes que sí —admitió sin rodeos—. No sería una buena amiga si no lo hiciera. No te salvé el culo peludo hace dos años para ver cómo te hundes ahora en la miseria.

Hizo una mueca. No lo decía por decir. Dana sí lo había salvado dos años atrás, de hecho, fue la manera en la que ambos se conocieron. El todoterreno de la veterinaria había aparecido de

la nada echándosele encima, el impacto fue tal que acabó con varias costillas rotas y el dolor propició el cambio inmediato de *tygrain* a humano delante de sus narices.

No recordaba mucho de lo sucedido, solo que cuando despertó estaba en una mullida cama, tenía el torso vendado y los enormes ojos azules de una mujer estaban clavados en él con una intensidad que metía miedo.

«¿Qué coño eres tú?».

Sí. No podía decirse que la mujer que lo había atropellado se anduviese por las ramas, aunque explicarle lo que había pasado, lo que ella perjuraba haber visto fue un poquito más complicado. Dana podía ser un dolor en el culo con sus interminables preguntas, pero más allá de eso, era una buena amiga, una mujer interesante y sobre todo leal.

—No me estoy hundiendo en la miseria.

—Y ese es el único motivo por el que me encuentro en Ohio y no de ocupa en tu nueva casa.

—Eso y las cuatrocientas ochenta y dos millas que nos separan…

Escuchó su resoplido a través del teléfono.

—Me quieres, Sin. Admítelo. Soy una de las pocas mujeres que no cae redondita a tus pies.

Se le escapó una carcajada en respuesta.

—Siempre te ha interesado más mi piel a rayas que mi sexapil, Dana.

—*Touché!* —admitió ella con tal sinceridad que no pudo evitar sonreír en respuesta—. ¿Qué puedo decir? Los felinos son mi debilidad y no todo el mundo tiene un tigre a mano para poder tocarlo y acariciarlo y frotarle detrás de las orejas o en la barriga, ¿sabes?

Sin sacudió la cabeza y sonrió para sí.

—Me siento un *tigre objeto* en tus manos.

—¡Anda ya! Si te encanta que rasquen detrás de las orejas. Acabas en éxtasis.

Si no fuese ella la que estuviese diciendo algo así, se sentiría ofendido.

—Me calumnias.

Dana se rio en respuesta.

—Sí, claro que sí —le dijo y empezó a hablar de nuevo solo para ser interrumpida por un inesperado sonido—. Si te crees que yo… ¿Eso ha sido el timbre?

Se volvió en dirección al sonido y corroboró en voz alta.

—Sí. Será alguno de los vecinos o los chicos que andan vendiendo galletas.

—Oh. Adoro los pueblos pequeños —canturreó Dana—. Si te traen galletas, guárdame alguna caja. Las recogeré cuando me pase de visita.

—¿Serás capaz de llegar aquí sin perderte? —le soltó a posta.

—Capullo —replicó ella haciéndole sonreír—. Te llamaré para que me des las indicaciones oportunas. Pórtate bien, *tigre.*

—Tú también, doctora.

Todavía sonriendo por el comentario de su amiga, dejó el teléfono y se dirigió a la puerta de la entrada principal. El timbre sonó por segunda vez tan solo unos segundos antes de que la abriese.

CAPÍTULO 2

¿Se me han caído las bragas? No. Bien. Todo controlado.

No era un pensamiento habitual, pero tampoco lo era el hecho de que un hombretón de metro noventa, con el pelo negro húmedo y una tabla de lavar por abdominales, te abriese la puerta con tan solo una toalla envuelta alrededor de las caderas. Y no una de esas minúsculas, no, una de las grandes, de las de baño, que llevaba lo bastante baja para que te preguntases cómo podía mantenerse en su sitio.

No, señor. Conservar todavía las bragas era un lujo cuando tenías delante semejante ejemplar del sexo masculino.

—¿Te conozco? —Su pregunta contenía una pizca de curiosidad y sorpresa, entonada con una voz profunda y sensual, muy acorde con el resto de él.

Sacudió la cabeza con tanta efusividad que fue un milagro que no se le descoyuntara.

Oh. Ahora sé lo que significa derretirse con tan solo una mirada.

Y la suya era de escándalo. De un precioso color verde y tan intensa como sería la de un asesino en serie. Bueno, eso suponiendo que el tipo que ahora la miraba con curiosidad y una pizca de recelo, como si se tratase de una vendedora de Avon y no su vecina, fuese uno de esos y no un tío común que estaba demasiado bueno para la salud de la población femenina.

Céntrate, Calibri, por dios. Céntrate.

Sí. Centrarse. Concentrarse en cualquier cosa que no fuese esa toalla haciendo malabares sobre su cadera.

Un ligero carraspeo muy masculino la hizo levantar de nuevo la cabeza de aquel lugar y encontrarse con una particular curvatura en sus labios.

—Deduzco que has llamado al timbre de mi casa para algo más que quedarte mirándome, ¿no? —preguntó él y la manera en que se apoyó en el umbral de la puerta le provocó un nuevo

sobresalto.

Antes de que pudiese ordenarle a su cerebro hacer algo coherente, su brazo derecho salió disparado y se encontró apuntando a su propia casa.

—*Soy… allí.*

Lo vio enarcar una ceja y siguió su mirada, inclinándose un poco hacia delante como si quisiera ver a dónde señalaba.

—¿Disculpa?

¿Qué mierda acaba de decir? Sacudió la cabeza una vez más y luchó porque el calor que ya notaba en toda la cara no fuese muy revelador.

—*Vivo allí* —se corrigió atropelladamente—. Soy su vecina.

Los intensos ojos verdes volvieron a ella y la curva en los labios se acentuó aún más.

—Así que eres mi vecina —replicó recorriéndola una vez más con la mirada con una intensidad que le provocó cosquillas en el estómago—. Es un inesperado placer.

Él sí que era un inesperado placer, pero para la vista.

Sacudió la cabeza una vez más a fin de sacarse esos pensamientos de encima y se encontró con una inesperada respuesta.

—¿No lo es? —replicó él, enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Qué? —Se había perdido.

Una perezosa sonrisa le curvó los labios al decir:

—Eso me gustaría saber —murmuró aparentemente divertido—. ¿Hay algún motivo para que hayas llamado a mi puerta, *vecina*?

Un motivo para llamar a su puerta. Sí, claro que lo había. ¿Acaso pensaba que iba por allí llamando a las puertas de sus vecinos por deporte?

Bajó la mirada a sus propias manos y se dio cuenta de que todavía sostenía la bolsa que había preparado en casa, la misma que había llevado a cada una de las personas que habitaban en aquella calle sin salida. En una localidad tan pequeña como esta todos se conocían, así que cuando alguien nuevo llegaba al lugar, era casi una tradición darle la bienvenida.

—Sí, yo… —Le tendió la bolsa y esbozó lo que esperaba fuese una sonrisa de disculpa—. Bienvenido a *Brooke Falls.*

—Vaya. Gracias. —Sus palabras sin duda lo cogieron por sorpresa, ya que se quedó observando la bolsa como si no esperase un gesto semejante de una completa desconocida. Lo vio mirar en el interior y acto seguido sacar un tarro—. ¿Mermelada de uva?

—Casera —asintió y señaló—. Y el bizcocho es de naranja. También es casero.

El tipo levantó la cabeza y la miró de nuevo con esa intensidad que fulminaba bragas o hablaba de cuerpos ocultos en el jardín. Probablemente las dos cosas, aunque dudaba que un asesino en serie se mudase a un pueblo como este y abriese la puerta de casa medio desnudo.

¿Por qué coño seguía insistiendo en lo del asesino en serie?

—Es un regalo inesperado, pero todo un detalle, señorita…

—Rose, Calibri Rose. —Se presentó y, ahora que su cerebro parecía volver a funcionar algo mejor, se dio prisa en aprovechar el regreso de su lucidez—. Y perdone la interrupción. Le dejaré para que siga… con sus cosas.

No esperó a obtener respuesta, giró sobre sus talones y en lo que sin duda sería una marca récord en *«salir por patas»*, cruzó la distancia que la separaba de su propia casa y se metió dentro como una exhalación.

Calibri se quedó de espaldas a la puerta y se llevó una mano al pecho en un intento por calmar el agitado latido de su corazón.

—Desnudo. Estaba prácticamente desnudo —murmuró y sintió que el rostro se le calentaba más y más ahora que mantenía la distancia—. ¿Quién abre la puerta de casa casi en pelotas?

Lo había pillado saliendo de la ducha, eso estaba claro, un momento menos que adecuado para hacer una visita.

—Vale. No pasa nada. Se reirá de ti y pensará que le ha tocado una vecina zumbada y la cosa morirá ahí. Al menos hasta que se le dé por dar un paseo por la calle comercial del pueblo y se encuentre de narices contigo detrás del mostrador de la tienda.

Gimió y se cubrió el rostro con las manos.

—Por favor, que se abra la tierra bajo mis pies y se me trague ya. —Separó los dedos para mirar entre ellos hacia el suelo y resopló—. Nada. Ni así funciona.

A estas alturas ya debería haberle quedado más que claro que sus dotes mágicas se limitaban únicamente a la cocina. Ese era su campo de hechicería, uno poco útil a ojos de su coven, pero al que había podido sacar partido en este pequeño pueblo.

Sí. Ella también había sido una vez una recién llegada cuando una vecina se presentó en la puerta de su casa para darle la bienvenida. La tarta de manzana que le trajo estaba para chuparse los dedos. Fue un gesto inesperado, tanto como la sensación que le produjo comer aquella tarta, la de sentirse por fin en casa.

—Lo hecho, hecho está —musitó, dejó escapar un pequeño suspiro y despegó la espalda de la puerta para dirigirse a la cocina y comprobar que el aroma que ya le llegaba desde el pasillo no era de galletas quemadas—. No, no, no…

Abrió el horno y suspiró aliviada al ver que la última tanda de dulces que había preparado estaba en su punto. El aroma a canela y chocolate la hizo salivar.

—Ni lo pienses, Cali, te quemarás la lengua.

Y ya era suficiente con meter la pata una vez por día. Se puso los guantes de cocina, sacó la bandeja del horno y la dejó a enfriar sobre la encimera. El aroma era demasiado tentador para

olvidarse de él, tanto o más que de la visión de su vecino con tan solo una toalla en torno a su cadera.

No podía ser un asesino en serie. Era demasiado atractivo para ello y su manera de sonreír fue incluso… pícara.

—Te le quedaste mirando igual que una pazguata y luego no conseguiste decir una sola cosa a derechas, ¿cómo no iba a sonreír de esa manera? —chasqueó y sacudió la cabeza—. Desde luego, te has coronado, Cali, solo te faltó balbucear.

Porque no lo había hecho, ¿o sí?

—Dios, espero que no. —Se quitó los guantes, los dejó a un lado y se volvió hacia la ventana que daba a la parte de atrás de la casa y al pequeño jardín que subsistía a duras penas. Las plantas nunca se le habían dado bien.

De todas las formas en las que pensó que podría salir aquella visita, la manera en que transcurrió no era una de ellas. Había estado esperando la oportunidad adecuada para presentarse y darle la bienvenida a su nuevo vecino. No quería ser como ese rebaño de alcahuetas que se asomaban a la ventana o paseaban el perro para cotillear quién era la persona que acababa de mudarse a la casa de al lado.

Esas últimas dos semanas habían corrido todo tipo de rumores por el pueblo. Había quien decía haberlo visto dando algún paseo por la zona y otros en el restaurante *Lake House*, el único lugar en el que podías socializar un poco en el pueblo. Lo cierto era que el todoterreno que había visto esa mañana aparcado en la entrada de la casa era la única señal que indicaba que estaba en el domicilio, uno que solo había visto en unas cuatro ocasiones hasta ahora.

El ver allí el vehículo esa mañana fue lo que la animó a presentarse ante su puerta con el bizcocho y el tarro de mermelada casera que había preparado para él. Su manera de darle la bienvenida, algo que se había convertido en una tradición en los dos años que llevaba ya viviendo en *Brooke Falls.*

—En serio, ¿quién abre la puerta de esa guisa? —resopló. Ahora tendría siempre esa imagen de él, daba igual si volvía a encontrarse con él y estaba vestido de pies a cabeza, recordaría esa maldita toalla y esa bendita tabla de lavar—. Ay, no. Fuera de mi mente. Fuera, fuera, fuera.

Se obligó a concentrarse en las galletas que acababa de sacar y en terminar de envasar los postres que se llevaría a la tienda. Por suerte se había levantado lo bastante temprano como para tenerlo todo listo, incluyendo la tarta para el cumpleaños de Sue; una nonagenaria cascarrabias que acabaría enterrándolos a todos.

—Bien, hora de ponerse a trabajar, Calibri.

Y de comenzar una jornada como otra cualquiera… si es que era posible.

CAPÍTULO 3

—¿Hay alguna posibilidad de que un bizcocho de naranja huela como si fuese tu compañera? —preguntó nada más se encendió la pantalla del otro lado del teléfono.

Era una pregunta absurda. Lo supo tan pronto salió de su boca, pero la situación que acababa de vivir en primera persona también lo era.

Se había quedado tan sorprendido con el inesperado aroma que le acarició la nariz cuando ella se dio la vuelta y salió corriendo. Sus instintos felinos despertaron de golpe, fue como si su lado *tygrain* recibiese una sacudida y aquella esencia se grabase a fuego en su alma. Fue tal el aturdimiento que se quedó allí plantado, viendo a la chica que se había presentado como su vecina recorriendo la distancia que separaba su porche del de ella, para desaparecer después detrás de su puerta.

Mía. Eso era lo que le gritaban sus instintos, lo que su parte felina sabía a ciencia cierta y que la humana todavía intentaba procesar. Le llevo todo un minuto comprender el motivo de la repentina excitación, de lo que lo había encendido hasta el punto de que su miembro se hizo evidente bajo la toalla.

Su compañera. Le había abierto la puerta a su propia compañera y lo había hecho con tan solo una toalla alrededor de las caderas. Sí, sin duda era la manera más adecuada de causar una gran impresión.

—*Um*. ¿No tengo la menor idea? —respondió una voz femenina a la que acompañó una cara que conocía y con la que no contaba en esos momentos. La chica sonrió y le saludó con la mano. Era la compañera de Nickolas, el lugarteniente de Dimitri y uno de los pocos *tygrain* que había estado a su lado y defendiendo su inocencia desde el principio—. Hola, Sin. Supongo que quieres hablar con Nick.

—Hola, Mónica —la saludó y asintió en respuesta a su comentario—. Discúlpame. Di por hecho que sería él quién atendería la llamada.

—Lo habría hecho, pero está intentando convencer a nuestro cachorro de que vuelva a caminar sobre sus dos piernecitas —mencionó ella risueña—. Ahora mismo se pone al teléfono… —La mujer desapareció de la pantalla y ya solo escuchó su voz al alejarse—. Nick, es Sin. Y parece desesperado.

Hizo una mueca ante el comentario de la chica, el cual no estaba muy lejos de la verdad.

Escuchó un gruñido felino y acto seguido las risas de un niño pequeño.

—Sí, claro que sí, ahora ríete, gatito sinvergüenza… —El tono en la voz de su amigo lo llevó a pensar por primera vez en lo que sería ser padre, en tener una familia propia, una que formar en torno a la mujer que el destino había elegido para él como compañera. No era algo que hubiese considerado, que le preocupase o viese en su futuro, no se le había pasado por la cabeza ni una sola vez… hasta ahora—. ¿Qué decías sobre un bizcocho de naranja? —El ranchero apareció en pantalla con el pelo desordenado y la camisa abierta.

—Creo que mi compañera vive en la puerta de al lado.

—¿Cómo? —La sorpresa en sus ojos era genuina.

—Es mi nueva vecina —admitió entre divertido y asombrado. La idea era tan rocambolesca que no podía evitar que le hiciese gracia—. Me ha traído un biscocho de naranja y un tarro de mermelada de uva a modo de bienvenida.

—¿Bienvenida? ¿Pero no llevas dos semanas viviendo en ese pueblo de montaña? —Esbozó una divertida sonrisa—. Pues sí que se lo toman con calma el dar la bienvenida a los forasteros.

—No he parado mucho en casa —admitió. De hecho, se había pasado prácticamente todo el tiempo explorando parte del parque nacional de *Great Smoky Mountains*, un increíble y liberador patio de juegos para su naturaleza felina en las inmediaciones de *Brooke Falls*. Se había pasado buena parte del tiempo en su forma *tygrain*, reconociendo el terreno y buscando zonas en las que poder estar a sus anchas sin tener que andar pendiente de la aparición de posibles senderistas o montañeros en busca de aventuras. El parque era lo bastante extenso, podía pasarse días enteros sin cruzarse con un humano, lo cual era ideal para su naturaleza salvaje. Eso había hecho que pasase más tiempo entre los animales del bosque que con los humanos del pueblo—. No sabía quién era ella hasta que capté su aroma. O el del bizcocho. Joder, que me he empalmado con el olor de un puñetero bizcocho de naranja.

—Podía vivir sin saber eso, tigre. —Nick casi se atraganta con la carcajada que soltó.

—Lo siento. —Hizo una mueca—. Estoy… fuera de mi elemento.

—Eso puedo verlo.

—La tuve delante, hablé con ella, pero no supe quién era hasta que salió corriendo.

—¿Salió corriendo? —Nick parecía genuinamente divertido.

—Hacia la casa de al lado —gruñó, a su felino no le gustaba el tono en la voz de su amigo.

—Bueno, al menos tu *bizcochito* no se ha esfumado.

El gruñido que salió de su garganta fue una clara advertencia para el macho que estaba al otro lado de la pantalla.

—No te dirijas a ella de esa manera. —Incluso su voz se matizó en esos momentos volviéndose más espesa, felina—. Su nombre es Calibri. Calibri Rose.

—Bien, conoces su nombre. Un punto para ti —aseguró el ranchero con total tranquilidad —. Y respira hondo, esa alteración de hormonas no es más que el principio. Al menos sabes que tienes a tu compañera al alcance de la mano, eso te permitirá mantener cierto control.

No estaba muy seguro sobre eso.

—¿Qué hago? —preguntó en un tono casi lastimoso.

—¿Vestirte? —sugirió señalándolo con un gesto de la mano—. Sería una buena forma de empezar.

—Lo habría sido si lo hubiese hecho antes de abrir la puerta —masculló.

—Espera, ¿le has abierto la puerta a tu chica de esa guisa? —El *tygrain* soltó otra carcajada que no hizo sino cabrearle—. Sin, en serio, haces honor a tu nombre.

—Nickolas… —Era una advertencia que, en caso de estar cara a cara, su amigo se habría tomado en serio.

—Está bien, está bien… —Levantó las manos a modo de rendición—. Si estás hablando conmigo y no mordisqueando cada vano de la puerta es que tienes las cosas bajo control. Aunque es posible que se vaya haciendo más intenso a medida que pase el tiempo, sobre todo mientras no la reclames. Presumo que tu Calibri Rose es humana y no tiene la menor idea de quién o qué eres, lo cual hará las cosas un poquito más complicadas.

—Es humana —admitió. No había olido en ella nada que no fuese puramente humano, salvo por ese delicioso aroma a bizcocho de naranja.

—Pues eso solo te deja una salida, amigo mío —afirmó el *tygrain*—. Respira hondo y empieza a pensar en cómo vas a seducir a tu vecina.

—Seducir a mi vecina —repitió.

—Si es tu compañera no te costará mucho. —Se encogió de hombros—. Es la ley *tygrain*. Desde el momento en que te encuentras con ella se establece una especie de vínculo, algo que va en ambas direcciones. Mónica está convencida de que es algo fisiológico, una especie de feromona o algo así que se activa en el momento en que nuestro felino reconoce el aroma de su pareja y que actúa sobre esta…

Sabía que la mujer de Nick había estado investigando sobre ello a raíz de su propia experiencia. La chica estaba al cuidado de los felinos del zoo metropolitano de Richmond y tras emparejarse con Nick, hubo un tiempo en que los gatos la rechazaban. Aquel extraño comportamiento la había llevado a estudiar lo sucedido y también a desentrañar si existía algo fisiológico que pudiese actuar en los emparejamientos de su raza.

Lo cierto es que sus conclusiones no eran para nada descabelladas y tenían sentido.

—Eso explicaría también la necesidad de reclamar a nuestra pareja nada más encontrarla, así como la irracional atracción y la inestabilidad de las emociones —concluyó su amigo—. En resumen. Vístete y ve a buscarla. Cuanto antes la reclames, antes recuperarás la perspectiva.

Hasta entonces, lo mejor que puedes hacer es estar cerca de ella, la atracción natural… hará el resto.

—*¡Y que no la atosigue!* —Escuchó la voz de Mónica desde algún lugar de la casa—. *Sois tygrain, no neandertales, aunque a veces os comportéis de la misma manera.*

El hombre en la pantalla ladeó la cabeza y sonrió.

—Ya has oído a mi compañera —replicó Nick volviéndose a mirarle—. Suerte en… la caza.

Su amigo se despidió con un gesto y un segundo después la pantalla se quedó en negro.

Sin respiró hondo y dejó salir a continuación el aire con mucha lentitud.

—Primero vestirse —se dijo resbalando la mano sobre su propio pecho—. Y después salir en busca de mi bizcocho de naranja.

CAPÍTULO 4

—Dime que volverás a hacer esas galletitas de avena y chocolate. Fueron un rotundo éxito en la reunión del comité de las damas de Brookefalls —le decía Ágata Clinton, la presidenta de dicha organización—. Necesito esas galletas para la próxima reunión. Anótamelas todas.

Sonrió.

—Solo avísame que día las quieres y las haré —prometió. Continuó poniendo los *cupcakes* en su expositor y concluyó guardando las tartas en la vitrina refrigerada.

—Consultaré la agenda y te avisaré —asintió—. ¿Cuánto te debo, Cali?

Le mostró el ticket con sus compras y registró la venta en la máquina.

—¿Ya lo tenéis todo listo para el cumpleaños de la señorita Sue?

—La tarta está lista y los postres en la nevera. Laurel me dijo que Aiden se pasará a recogerlas después.

—Ese chico siempre ayudando a todo el mundo —murmuró la señora y supo al momento que vendría a continuación—. Necesita una buena mujer para asentarse. Tiene un trabajo decente y es apuesto.

—Y ha salido con cada mujer soltera de Brookefalls sin comprometerse con ninguna —mencionó con inocencia y añadió—. No creo que esté interesado en sentar cabeza…

—Eso es porque no ha encontrado a una mujer capaz de pararle los pies y…

—Pues ojalá la encuentre algún día —zanjó el tema, sabía de sobra a dónde se dirigía con semejante charla. No era la primera vez y por desgracia, tampoco sería la última. Esa dama era conocida por ser la casamentera oficial del pueblo.

—Hay otros solteros…

—Ninguno que se adapte a mis necesidades, señora Clinton —la interrumpió señalando la tienda con un barrido de la mano—. Ahora mismo esta es toda la clase de compromiso que necesito.

—Ese compromiso no traerá amor e hijos a tu vida, querida, solo facturas que pagar —aseguró con su habitual franqueza—. Las mujeres, llegadas a una edad…

Bendita campanilla de la puerta. Calibri suspiró agradecida al escucharla sonar en ese mismo momento anunciando la entrada en su tienda.

—Buenos días —saludó el recién llegado. Nada más y nada menos que el hombre del que

estaban hablando—. Cali. Me envía Laurel a recoger la tarta y los postres para la fiesta de la abuela Sue. ¿Están listos?

—Buenos días, Aiden, ahora mismo te lo traigo.

—Y aquí está el soltero de oro de nuestro pueblo.

—No empiece, señora Clinton —resopló él poniendo los ojos en blanco y volviéndose hacia ella—. ¿Te ha estado vendiendo la moto a ti también?

Se limitó a sonreír y desaparecer por la puerta que llevaba a la trastienda, dónde tenía un pequeño frigorífico industrial en el que guardaba los encargos.

—Te he visto crecer desde que eras así… —escuchó a la mujer—. A estas alturas ya deberías estar casado y tener al menos dos hijos.

—Se equivoca de hermano —replicó a su vez el hombre con genuino buen humor—. Es César quien está casado y tiene ya dos churumbeles.

—Solo es cuatro años mayor que tú.

—Y menos ambicioso —afirmó él justo en el momento en que ella salía con su pedido.

—Ten cuidado. La tarta bien asegurada dentro de la caja, pero ya sabes como son los caminos de aquí —le dijo entregándosela—. Ahora te saco los postres.

—¿Me los puedes traer fuera? —pidió señalando con un gesto hacia el escaparate de la tienda a través de la que vio el color rojo de su vehículo. Era inconfundible, ya que no existía otro igual en el pueblo—. He aparcado la camioneta ahí fuera.

—¿Ya habéis acabado con las reformas en la granja? —se interesó la mujer al ver el material que sobresalía de la parte de atrás.

—Estamos en ello —respondió el aludido saliendo por la puerta—. Ya sabe cómo son estas cosas. Cuando piensas que has llegado al final, aparece algo nuevo.

—Si necesitáis ayuda, puedo hablar con el nieto de la señora Eve, le vendría bien sacarse unos dólares extra —ofreció la mujer saliendo también a la acera para no perder detalle de todo el asunto. No había un movimiento en ese pueblo que se le escapase a la mujer.

—¿No estaba ayudando a Ben con el mantenimiento de los jardines? —mencionó él.

—Sí, pero solo los sábados —admitió y añadió sin cortarse un pelo—. Y Benjamin Ross es un tacaño.

—Dígalo un poco más alto, que todavía no se han enterado en *Bryson City.* —Cali llegó a tiempo de ver a la mujer poner los ojos en blanco.

—Aquí tienes los postres. —Le tendió las tres cajas que había preparado—. Dile a Laurel que meta los de chocolate en la nevera nada más llegar.

—Gracias, *cielo*. —No se sorprendió al escucharle llamarla de esa manera, era algo que había visto que hacía con todas las mujeres—. Santa paciencia la tuya —añadió solo para sus oídos e hizo un gesto con la cabeza hacia la mujer que estaba mirando sin disimulo alguno el

contenido de la parte trasera de la camioneta.

—El truco está en sonreír y que las cosas te entren por un oído y te salgan por el otro —le dijo en el mismo tono confidente.

—Algunos la acogotaríamos mucho antes —afirmó cogiendo las cajas de sus brazos y asegurándolas en el cajón de la camioneta que había dispuesto para ello—. Laurel se pasará después a hacerte el pago.

—Dile que no se preocupe. Bastante tiene hoy con organizar el cumpleaños. Ya me pagará.

—¿Estamos hablando de Laurel Carmichael? Aparecerá por aquí antes de que cierres para saldar su deuda o te enviará al imbécil de su hermano —afirmó con una sonrisa y le tocó brevemente el brazo a modo de despedida—. Espero que no tengas que lidiar otra vez con lo último. Gracias, cielo.

Sí, ella también lo esperaba. No tenía las más mínimas ganas de vérselas de nuevo con ese niñato. Había perdido la cuenta ya del número de veces que le cerró la puerta en las narices. Steven Carmichel parecía no entender que no estaba interesada en salir con él.

—Conduce con cuidado —pidió y señaló el cajón con su carga a modo de explicación.

—Por la cuenta que me tiene —asintió y se volvió hacia la mujer—. ¿Quiere que la acerque a casa, señora Clinton?

La dama dejó su escrutinio y negó con la cabeza.

—No hace falta, Aiden. Todavía tengo cosas que hacer en el centro y Frank vendrá después a recogerme —aseguró y se despidió con un gesto—. Vete y llévale eso a Laurel. Dile que estaré allí a las cinco para echarle una mano.

El hombre asintió con un gesto, le dedicó a ella un guiño final y se metió en su camioneta para dejar a continuación el momentáneo estacionamiento.

—Ese chico sería un buen partido, Calibri, uno muy bueno.

Tal y como había mencionado, se limitó a sonreír en respuesta y dejó que las palabras de la mujer le entrasen por un oído y le saliesen por el otro mientras volvía al interior de su tienda.

—Bueno, querida, te avisaré del día exacto de la reunión para el encargo de las galletas —le dijo desde la puerta, lo que venía a ser también una despedida—. Sigue haciendo esas cosas tan ricas, Calibri. Tienes a todo el pueblo enamorado de tus postres.

Sus palabras fueron algo que la calentó por dentro y le dejó un dulce sabor de boca.

—Gracias, señora Clinton, daré lo mejor de mí para que así sea —respondió con simpatía —. Que tenga un buen día.

Para alguien acostumbrada a pasar desapercibida, a no sobresalir en lo que se esperaba que lo hiciese, aquellas palabras eran una inyección de energía. Sobre todo porque venían de una persona que desconocía sus raíces e ignoraba lo que era; una bruja.

Aquí solo era una más del pueblo, la joven forastera a la que Mirna contrató para ayudarle

con la tienda al poco tiempo de mudarse a Brookefalls y a quien dejó a cargo de esta cuando decidió irse a vivir con su hija a Canadá para echarle una mano con sus nietos.

Calibri se acercó al tablón que cubría una de las columnas que separaba el mostrador del resto de la tienda. La había convertido en una especie de mural con las fotografías de sus creaciones en distintos eventos y con las postales que le llegaban de vez en cuando de los turistas que estaban de paso y acababan comprando alguna de sus creaciones. La primera vez que recibió una de esas y vio que no era de Mirna, la descolocó por completo. Con el uso de las nuevas tecnologías muy poca gente se tomaba un momento para escribir unas letras en una postal y enviarla. Recibir una misiva semejante de alguien que decía haber pasado por la tienda y la felicitaba por sus postres era algo impagable. Con el tiempo todo aquello acabó por convertirse en una especie de tradición.

Se fijó en una foto en particular, la única que estaba enmarcada. Era una instantánea de Mirta y ella misma delante de la puerta del local. La que por entonces era su jefa, se empeñó en hacerla y después la colgó allí, justo en el lugar que ahora ocupaba.

«Hay quien tiene talento para la repostería, Calibri, pero tú posees un don». Recordaba sus palabras como si las hubiese pronunciado ayer y no más de un año atrás. *«El don de hacer feliz a las personas con tus postres».*

—Una sonrisa y una pizca de magia —murmuró en voz baja, las mismas palabras con las que respondió entonces arrancándole una carcajada a la mujer.

Mirta Lowell había sido la primera en darle la bienvenida al pueblo. Se había presentado en la puerta de su casa, apenas unos minutos después de que se fuese el camión de la mudanza, con una deliciosa tarta de manzana; una que aún hoy era incapaz de replicar.

«Hola, soy Mirta. Tu vecina de la casa de enfrente. Bienvenida a Brookefalls».

Decir que la mujer era peculiar era quedarse corta, pero con el paso de los días, encontró en ella una compañía agradable y ocurrente, además de una abrumadora relaciones públicas a través de la que terminó conociendo a prácticamente todo el pueblo. Al contrario que la señorita Clinton, no era alguien que se inmiscuyese en la vida de los demás haciendo preguntas indiscretas o intentando averiguar qué te había traído hasta esa parte del norte de Carolina. A veces parecía que le importaba un pimiento y otras parecía saber lo que iba a pasar de antemano con solo un vistazo. Fuese como fuese, se convirtió en una verdadera amiga para ella durante su primer año viviendo fuera de la encorsetada sociedad del coven de Nashville.

El color chillón de una postal con un enorme número treinta en la portada atrajo su mirada. No tenía que abrirla para saber lo que ponía, lo que había escrito en las dos únicas líneas que la llenaban. Al menos Emily se había acordado de su cumpleaños, lo cual era mucho más de lo que podía esperar de su madre. Por otro lado, teniendo en cuenta que quien la envió era su hermana gemela, sería el colmo que no recordase ni su propio cumpleaños.

Brujas gemelas. Alegría y decepción a partes iguales para el coven.

No era usual que naciesen dos hijas y ambas fuesen brujas. Y ya no digamos gemelas. Así que la matriarca de su aquelarre de nacimiento había esperado grandes cosas solo para llevarse el chasco de su vida cuando ambas alcanzaron la mayoría de edad.

No. Ninguna de las dos había resultado tener unos poderes *super-mega-chachi-guay*. De hecho, sus dones, más que despertar en su total plenitud, parecían haberse diluido, como si todo lo que habían conseguido hacer de niñas se hubiese desinflado al cumplir los dieciocho.

Le dio un toquecito con el dedo a la postal y se dijo a sí misma que tendría que llamar a su hermana esa semana, aunque solo fuese para asegurarse de que todavía respiraba. A pesar de ser brujas gemelas, eran totalmente independientes. Sus vidas las habían llevado por caminos distintos y no era extraño si pasaban meses sin contactar la una con la otra.

Calibri dejó escapar un profundo suspiro y volvió detrás del mostrador para ponerse a preparar algunas bandejas con galletas para el expositor. Solían ser lo que más le interesaba llevarse a la gente que estaba de paso.

Llevaba unos cuantos minutos sumida en su tarea cuando volvió a escuchar la campanilla de la puerta.

—Buenos días… —saludó al tiempo que levantaba la cabeza con una cálida sonrisa curvándole los labios. Era un gesto automático, una bienvenida en toda regla.

—Así que por eso olías a bizcocho…

La aterciopelada y profunda voz le provocó un inesperado escalofrío de puro placer, pero fue intensa mirada de esos ojos verdes sobre ella la que la dejó sin respiración una vez más.

Si con solo una toalla en torno a la cintura le había parecido un espécimen de lo más *sexy*, el verlo ahora vestido de pies a cabeza no desmerecía en absoluto su sexapil. De hecho, parecía mucho más intenso y peligroso de esta manera, como si fuese un depredador que acababa de encontrar la presa a la que esperaba devorar de un momento a otro.

—No llevas toalla.

Una pequeña sonrisa curvó los labios masculinos ante la absurda apreciación que acababa de hacer en voz alta.

—Sería un poco inconveniente pasearse por la calle principal solo con una toalla alrededor de la cintura, ¿no te parece? —aseguró con un brillo travieso en los ojos—. Por no mencionar que haría un poco de frío.

—Sí. Lo del frío no te lo discuto.

¿En serio acababa de responder eso en voz alta?

Algo similar a un resoplido de risa abandonó esa boca sensual que, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, no dejaba de mirar.

Joder, Calibri, ¡céntrate!

Claro que no llevaba una toalla. No estaba en su casa, estaba aquí, en su tienda. ¿Por qué estaba aquí?

—Me alegra saber que ambos estamos de acuerdo en algo —mencionó él, ajeno a su discurso mental. Antes de que se diese cuenta acortó la distancia y lo encontró de pie al otro lado del mostrador. Y, sí. No se lo había imaginado. Era bastante alto, no un gigante, pero lo suficiente como para hacerla sentir pequeña—. Galletas. ¿También las has hecho tú?

Siguió su mirada, la cual se posó sobre una de las bandejas que acababa de preparar.

—Sí —asintió y antes de que pudiese hilar un pensamiento coherente se encontró levantando la que tenía todavía en la mano y se la ofreció por encima del mostrador—. Avena y chocolate. ¿Quieres probar una?

Esos ojos verdes volvieron a posarse en ella y durante un instante se quedó prendada de ellos. No podía dejar de mirarle.

—El dulce nunca me resultó tan tentador como ahora mismo… —le dijo cogiendo una de las galletitas para acercarla luego a la nariz, olerla y finalmente darle un mordisco. Vio el momento exacto en el que algo cambió en sus ojos, fue fugaz, pero estuvo allí y juraría que era similar a lo que veía a veces en los propios cuando utilizaba su magia—. Deliciosa.

Lo dice por la galleta, Cali, no por ti. Aunque la forma en que habló, casi como si ronronease, le provocó mariposas en el estómago.

¿Qué coño le pasaba a su cerebro? ¡Y a ella!

Era un desconocido. Bueno, no del todo, era su vecino, pero…

—No sé cómo te llamas. —Y ahí estaba de nuevo su cerebro desconectando de su boca y dando voz a sus pensamientos—. Quiero decir…

—No me dio tiempo a presentarme adecuadamente cuando llamaste a mi puerta —admitió él y devoró, literalmente, el pedazo de galleta que le quedaba—. Me llamo Sin, Sin O’Donnell. Y espero que esta vez no salgas corriendo.

CAPÍTULO 5

Si salía corriendo era probable que acabase dándole caza, pensó Sin para sus adentros. Era demasiado tentadora. Había algo en ella que lo atraía como un imán y no pudo evitar preguntarse si las feromonas de las que le habló Nick no le estarían afectando a él también.

Ahora que la tenía delante apreció mejor esa curvilínea figura, la suave piel canela y el grupito de pecas que le salpicaban la nariz y los pómulos. Sus ojos eran grandes y marrones, del color de las hojas cuando llega el otoño, al igual que su pelo, el cual ahora presentaba distintos tonos de marrón. Era un poco más alta de lo que había pensado en un principio, lo que la dotaba de la altura perfecta para él. Y su aroma, aun con el de las galletas y el de los demás dulces perfumando la tienda, seguía siendo de bizcocho de naranja y quizá un toque de chocolate. Esa era su marca identificativa, un aroma que no olvidaría jamás y que sería capaz de encontrar en cualquier parte del mundo.

Le resultaba fascinante estar delante de una mujer a la que apenas conocía y saber que, sin embargo, era suya. El deseo, e incluso la lujuria que daba coletazos en su interior y agudizaba sus sentidos felinos, solo era una revelación más de la realidad que tenía ante sí; tenía una deliciosa pastelera como compañera.

—No salí corriendo… —murmuró ella respondiendo a su previa pregunta—. No soy de las que salen corriendo. Nunca. Se me echó el tiempo encima. Tenía que abrir… la tienda. Sin contar con los encargos que había para hoy.

Estaba nerviosa y un poco avergonzada, pero el rubor que le cubría ahora las mejillas era la cosa más bonita que había visto en su vida.

—Entiendo —respondió dando por buena su respuesta. No quería perturbarla. En realidad, deseaba hacer muchas cosas, pero incomodarla no era una de ellas.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —La inesperada pregunta lo hizo enarcar una ceja.

—¿Caminando? —Ni siquiera se había molestado en coger el coche. No era mucha la distancia que separaba la calle en la que residían del centro del pueblo y el paseo le ayudó a ordenar sus ideas.

—Has venido caminando.

—Sí.

—Hasta mi tienda.

—Me gustan los dulces —admitió y señaló las galletas que había tras la vitrina—. De hecho, creo que me llevaré una de esas bandejas.

Ella siguió su mirada y acto seguido volvió a mirarle a él.

—¿De verdad?

—Si me las vendes, sí —replicó genuinamente divertido. Su nueva compañera empezaba a resultarle más y más interesante—. He podido comprobar que son deliciosas.

Igual que ella.

—Sí, claro. Por supuesto que te las vendo —contestó tras sacudirse la sorpresa o lo que quiera que la tuviese en ese estado—. Una bandeja de galletas de avena y chocolate.

Verla moverse tras el mostrador le provocó una punzada de deseo. Cada gesto, cada movimiento de sus dedos, el aroma que la envolvía… Todo en ella lo atraía y mantenía alerta su lado felino. Se encontró teniendo que tragar saliva, porque se le estaba haciendo la boca agua ante la sola idea de darle un mordisco y no precisamente a las galletas.

Era extraña la manera en que todos sus instintos se concentraban en ella y solo en ella, en cómo su mente se había fijado una meta y cualquier otra cosa resultase superflua. Como si se supiese observada, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Le sostuvo la mirada unos instantes, la vio lamerse los labios y entonces:

—¿De verdad te llamas *Sin*?

Sonrió. Ni siquiera ocultó su satisfacción ante el hecho de que se interesara en él.

—Sí. Es el nombre que decidió ponerme mi padre. Dijo que fui uno de sus más afortunados pecados y que el nombre me iba que ni anillo al dedo —mencionó y bajó el tono de voz como si le hiciese una confidencia—. Al parecer era un bebé de lo más travieso y conquistaba a todo el mundo con tan solo una sonrisa… Así que me pusieron *Sin* de nombre.

En realidad, había sido una broma de su padre para con su madre. Él siempre bromeaba con el hecho de que su progenitora le decía que era puro *pecado,* así que en honor a ello decidieron ponerle dicho nombre a su primogénito.

—Interesante historia.

—¿Hay una detrás de un nombre como Calibri Rose?

Ella sacudió la cabeza.

—Rose es mi apellido. En cuanto a Calibri, a mi madre le gustó el nombre, supongo. —Se encogió de hombros y colocó el paquetito recién envuelto sobre el mostrador—. No tengo una anécdota tan interesante.

—Bueno, tras nuestro encuentro de esta mañana, diría que ya no es así.

Esas mejillas ganaron un poco más de rubor, pero no esquivó su mirada.

—¿Siempre atiendes a la puerta de esa… manera?

Sonrió, era imposible no hacerlo al escuchar su tono. Su rostro era una mezcla de

curiosidad y vergüenza, la cual asomó justo después de dejar salir esa pregunta. Algo le decía que estaba dando voz a sus propios pensamientos.

—No. Has tenido el privilegio de ser la primera en presenciarlo —admitió con picaresca y para su sorpresa, le devolvió la sonrisa—. Lo cierto es que acababa de salir de la ducha. Estaba hablando por teléfono con una amiga cuando sonó el timbre y… Bueno, no es que tenga muchas visitas desde que llegué aquí, así que solo actué por reflejo. Al menos tuve la fortuna de encontrarme con una encantadora señorita, mi nueva vecina, quién fue tan gentil como para darme la bienvenida con un delicioso bizcocho de naranja. Está de muerte, por cierto. —Y no lo decía por decir. Lo había probado y era evidente que la chica tenía buena mano en la cocina—. Gracias por la bienvenida.

—Es… una tradición en Brookefalls. El dar la bienvenida a nuestros nuevos vecinos, quiero decir —especificó y acabó por encogerse ligeramente de hombros—. Lo habría hecho antes, pero… es complicado encontrarte en casa.

—He estado recorriendo el territorio para familiarizarme con el enclave en el que se encuentra el pueblo —le dijo. Aquello no era una mentira—. Me gusta conocer la zona antes de decidir si es el lugar adecuado para mí.

—¿Y lo es?

—Ahora sí —admitió mirándola con toda intención—. Acabo de descubrir que tiene dos de las cosas que considero más importantes para mí: una increíble zona verde y esta pastelería.

—Sin duda el que tenga una pastelería es de lo más importante —admitió ella con tono burlón.

—No te haces una idea de cuanto —asintió con total convencimiento, lo cual pareció descolocarla—. Y tú, ¿llevas mucho tiempo aquí? Me atrevo a decir, por tu acento, que no eres del norte de Carolina.

—No, nací en Nashville, Tennessee, pero Brookefalls se ha convertido en mi hogar. —Había completa seguridad en sus palabras—. Llegué hace dos años y acabé encontrando mi sitio en este pueblo. No me veo en otro lugar, no de momento, al menos. —Admitió y acto seguido ladeó la cabeza y le preguntó—. Tú tampoco eres de este estado, aunque tu acento… No sabría…

—Virginia —la interrumpió—. He vivido gran parte de mi vida adulta en Ohio, aunque nací en Norfolk, Virginia. Mi acento va y viene.

Ella abrió los ojos y asintió al detectar ahora el deje sureño en su voz.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí desde Ohio?

—Digamos que la necesidad de dejar atrás una mala racha y la búsqueda de un cambio de aires —confesó sin dar muchos más detalles—. Una amiga me recomendó este lugar y, como siempre que abre la boca, ha acertado de pleno. Tendré que enviarle una caja de tus galletas, estoy seguro de que le gustarán.

—Cuando quieras te la preparo —concedió ella.

—Por ahora, cóbrame esta —pidió y mientras esperaba el cambio del efectivo que le entregó, aprovechó para intentar averiguar algo más sobre ella—. ¿Y tú? ¿Llegaste aquí por casualidad? ¿Te cansaste de la ciudad? ¿De algún novio entrometido?

Levantó la mirada de la caja registradora y se encontró con esos ojos marrones fijos en él.

—No hay ningún novio entrometido.

Bueno, ahora tenía uno, se dijo a sí mismo. Ya había podido constatar que no llevaba ninguna alianza ni anillo sospechoso en sus dedos.

—Es bueno saberlo —respondió en consecuencia.

—Y más que casualidad, fue por necesidad —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Y me temo que no soy una chica de ciudad, quizá por eso he encajado tan bien en esta comunidad.

—Apuesto a que tus dotes de repostera han tenido también mucho que ver.

—Eso no lo discutiré —aceptó con una sonrisa mientras le hacía entrega del cambio y bajaba el tono de voz como si le contase una confidencia—. Algunos dirían que incluso hago magia.

Correspondió a su sonrisa.

—No me sorprendería lo más mínimo, a mí prácticamente me tienes hechizado.

—Dime que esa no es una frase que uses habitualmente para ligar —se rio ella y el sonido de su risa le resultó encantador.

—Si tenemos en cuenta que nunca se me ha dado bien eso de ligar… —replicó y le guiñó el ojo. No era una mentira, después de todo no le hacía falta esforzarse demasiado para conseguir a una mujer. La clase de hembras con las que solía verse solían ir al grano, nunca había tenido especial interés en agradar a alguien o llamar su atención hasta ahora—. Es la primera vez que sale de mi boca una cursilada semejante.

Y esa era una verdad tan grande como un templo.

—Sí, claro.

—No me crees.

—Ni un poquito.

Se llevó una mano al pecho con fingida afectación.

—Acabas de herirme en lo más hondo.

—¿Quieres otra galleta para que se te pase el disgusto? —sugirió ella señalando de nuevo la bandeja.

—Te diría que sí, pero si empiezo a atiborrarme ahora de galletas, después no tendré hambre y he podido comprobar que se come muy bien en el restaurante con vistas al lago —argumentó y añadió con suavidad—. Y ya que tenía pensado invitarte para agradecerte lo del

bizcocho y la mermelada…

—Se equivocaron con tu nombre, Sin. No es *pecado*, es *«tengo un morro que me lo piso»*.

—Mi madre quería ponerme eso, pero era demasiado largo —replicó con total inocencia —. Entonces, ¿qué me dices? ¿Aceptas mi invitación?

—Una comida en el *Lake House* —repitió ella, dando nombre al restaurante y pudo ver también cierta vacilación en su voz.

—O podemos comernos un bocadillo en las mesas del merendero frente al lago —sugirió dándole otra opción menos pública y quizás un poco pretenciosa de su parte. Quería pasar tiempo con ella y a estas alturas le daba lo mismo si era dentro del jodido restaurante o sentado en un banco—. Es un lugar agradable y cuenta con unas puestas de sol bastante decentes.

—Ni siquiera es mediodía.

—No he dicho que fuésemos a presenciarlas hoy —replicó con una naturalidad que también podía ser interpretada como arrogancia. Se estaba limitando a ser sincero sin poder serlo del todo—. ¿Y bien? ¿Restaurante o picnic?

—¿Y si digo que no a ambas?

—Me llevaría una enorme decepción y me iría a casa como un tigre con la cola entre las piernas —aseguró al tiempo que se llevaba la mano al pecho.

—¿Te estás burlando de mí?

—Me encantaría reírme contigo, pero jamás me burlaría de ti —admitió—. Ninguna mujer merece que le tomen el pelo y la hagan de menos.

—Madre mía… —creyó oírla mascullar, pero el comentario pasó a un segundo plano al verla rodear el mostrador y quedarse entonces frente a él. Su aroma era tan intenso, tan dulce que se le hizo la boca agua—. Que sean unos bocadillos en el merendero del lago. A las tres.

—¿Alguna preferencia en el contenido de dichos bocadillos?

—Pásate por el *Lake House* y dile a quién esté detrás de la barra que te prepare dos especiales para llevar. Acertarás seguro —le sonrió y esa sonrisa lo hizo ronronear por dentro—. Yo me encargo del postre.

—Tú ya eres el postre.

Cuando la vio ladear la cabeza y dedicarle una mirada cargada de ironía supo que acababa de decir aquello en voz alta.

—Tu compañía será igual de dulce —aclaró.

—¿Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza?

—La verdad es que suelo pensar antes de hablar, pero contigo esa habilidad se ha ido de rositas —afirmó con total sinceridad.

—Pues ya seríamos dos —farfulló una vez más en voz baja y añadió—. ¿Tarta de chocolate de postre?

—Chocolate. Perfecto. —Empezaba a tener serios problemas para unir dos pensamientos coherentes cuando la tenía delante. Quería estirar el brazo y tocarla, acariciar ese rebelde mechón castaño de pelo que se enroscaba a un lado de su rostro, pero sabía que si cedía querría, más, mucho más. Querría probar esos labios, besar esas pecas… Sí, querría muchísimo más.

—Entonces te veré allí —respondió ella y solo se dio cuenta de lo que decía por qué la vio mover los labios. Se había quedado mirando fijamente esa apetitosa boca. Su gato ronroneaba en su interior acicateando su necesidad de ella, de reclamarla como lo que era; su compañera.

—De acuerdo… —asintió por fin, obligándose a arrancar la mirada de su boca y posarla de nuevo en sus ojos. Le observaba con una mezcla de vergüenza y hambre, una que se asemejaba a la suya. El sonrojo en sus mejillas la delataba, el nerviosismo previo había regresado y existía una corriente subyacente entre ellos de lo más reveladora. Resopló y mandó su contención a volar—. Lo he intentado.

Un paso adelante y ya estaba sobre ella. Le apartó ese mechón del rostro, hundió los dedos en su pelo y bajó a su boca para besarla. En el mismo instante en que sus labios se rozaron sintió el tirón de su vínculo, pero cuando al fin la probó y su lengua traspasó la línea y tocó la de ella descubriendo su sabor, lo sintió. Fue como si algo hiciese clic y todo encajase en su lugar. La besó con un hambre inesperada, le rodeó la cintura con el brazo libre y la pegó a él a fin de poder sentir también su cuerpo contra el suyo. Eran como dos piezas de un puzle encajando en su sitio con asombrosa naturalidad, estaba tan a gusto con ella en sus brazos que casi podía escuchar a su felino ronronear de pura alegría. Y es que Calibri era suya, completamente suya.

El murmullo en la calle, seguido de la campanilla de la puerta puso fin a ese inesperado beso. Ella se echó atrás de inmediato, sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto jamás en un ser humano y que solo se apagó tras parpadear un par de veces. Tenía el rostro encendido, las mejillas arreboladas y los labios todavía separados en busca de aire.

—¿Qué eres? —La pregunta salió de la boca de ambos, como si hubiesen tenido el mismo pensamiento.

—Calibri, querida, ¿tienes hoy esas rosquillas…?

Una mujer de mediana edad entró caminando con la ayuda de un bastón y la mirada puesta en el bolso semiabierto que se balanceaba en su brazo.

—¿Dónde he metido mi cartera? No me digas que la he dejado…

El rostro de su compañera cambió al momento, el recelo se instaló en sus ojos y dio un inmediato paso atrás. ¿Qué demonios acababa de pasar?

—Ah, no. Aquí está… —La señora levantó entonces la cabeza y se encontró con ambos—. Oh, vaya. Pero si es el señor O´Donnell.

Sin se fijó en la mujer que pronunció su apellido y la reconoció.

—Señorita Lotte —pronunció su nombre en cuanto le vino a la mente. Se había encontrado

a la dama en uno de sus primeros paseos por el pueblo. Era alguien enérgica, con unas increíbles dotes de mando y un don especial para catalogar a la gente—. Me alegro de verla tan bien.

«No eres un muerto de hambre y tienes las agallas suficientes para no replicarle a una anciana. Me caes bien, muchacho, me caes bien».

Aquello se lo había dicho después de que él se ofreciese a ayudarla a llevarle las bolsas hasta la puerta de casa al verla lidiando con ellas. No era más que un pequeño trayecto de algunos metros y la mujer se tomó su tiempo en decidir si era de confianza. Cuando se decidió y dejó las bolsas a su cargo, lo acribilló a preguntas mientras le acompañaba.

La dama asintió ante su actual comentario y tras echarle un nuevo vistazo se volvió a la chica que ya se había metido detrás del mostrador.

—Este muchacho sería un gran partido para ti, Calibri —soltó la mujer como si estuviese hablando del tiempo y él no estuviese allí delante—. Tiene más cerebro que cualquiera de los mamarrachos solteros que tenemos en el pueblo. —Dicho eso se volvió hacia él y lo miró con la misma intensidad del primer día—. Me había dicho que estaba soltero, ¿no? Pues aquí tiene una buena chica, es talentosa y trabajadora.

—Lotte… —Sin habría jurado que su compañera gimió al pronunciar el nombre de la mujer.

—Necesitas un buen chico, querida, y este hombretón no solo es más agradable a la vista que cualquiera de esos buenos para nada, también tiene un buen fondo —aseguró echándole un nuevo vistazo a pesar de estar hablando con la chica—. Te lo digo yo. No suelo equivocarme con estas cosas. —Acto seguido levantó la cabeza y lo miró—. No se corte y conquístela, tiene una oportunidad de oro.

Se rio por lo bajo, no pudo evitarlo.

—Creo que seguiré su consejo, señorita Lotte —admitió fingiendo hablar en confidencia con la mujer, aunque su tono era lo bastante alto para que se enterase Calibri—. No todos los días encuentras en tu camino una mujer tan extraordinaria como ella.

—Así se habla, muchacho, así se habla. —Desde luego sus palabras complacieron a la dama.

—No se olvide de sus galletas cuando salga por la puerta, *señor O´Connor* —señaló Calibri con un tono de voz a caballo entre la irritación y la vergüenza.

—Mis galletas —asintió y se acercó al mostrador para recoger el paquete—. Puedes seguir llamándome Sin, no se lo diré a nadie.

Entrecerró los ojos y vio una vez más ese extraño brillo. En esta ocasión su parte felina notó también la inusual corriente que parecía crepitar en torno a ella, una que tenía una base muy similar a la de su propio cambio de piel.

—Te estaré esperando. —Bajó el tono de voz de modo que solo pudiese escucharle ella—.

No me des plantón.

Le guiñó el ojo, cosa que la hizo reaccionar con un sobresalto y un poco de rubor. Tras despedirse de la recién llegada, salió a la calle y se obligó a respirar hondo y poner un pie delante de otro para alejarse de la tienda.

Su gato dejó bien claro que no le gustaba que su compañera se quedase atrás, aunque fuese a volver a verla en tan solo unas pocas horas.

CAPÍTULO 6

¿Qué rayos había pasado?

Calibri seguía dándole vueltas a todo tiempo después de que Sin hubiese salido por la puerta. La señorita Lotte se lo había pasado de lo lindo en los minutos en los que estuvo en la tienda hablándole de lo buen partido que era el *«muchacho»* y haciendo comentarios subidos de tono que no esperaba escuchar de una mujer de su generación. La abuela Sue y ella eran las damas de más edad del pueblo y también las más lenguaraces.

Sin la había besado. Así, sin más. Y disfrutó de ese beso como si lo hubiese estado pidiendo a gritos desde el momento en que él atravesó la puerta. Y entonces lo sintió, una corriente extraña entre ellos, una huella que no era humana. No era un brujo, ni un hechicero, de eso estaba completamente segura, pero ese hombre tenía algo que no era natural.

Fuese lo que fuese ese tipo, no era humano. No completamente, al menos.

Lo había sentido en su interior, un aura salvaje que la acechaba, que parecía vigilar cada uno de sus movimientos y que la atraía al mismo tiempo como un imán. Y más que sentir extrañeza o incluso miedo, que habría sido lo suyo, se encontró cómoda, como si ese fuese su lugar y él la persona correcta para ella. Su don todavía le canturreaba en las venas, era la primera vez que lo hacía desde que alcanzó la plenitud de su poder, que se manifestaba con tanta fuerza, como si quisiera traspasar su piel y aferrarse a lo que quiera que lo atraía en aquel hombre.

—No, es imposible que sea él. —Se pasó una mano por el pelo, desordenándolo, pensando en todas las implicaciones de lo que le había venido a la cabeza—. Tiene que tratarse de otra cosa.

Y aun así los indicios están ahí, ¿no? No eres tan lerda como para no darte cuenta y desde luego tampoco estás ciega, Cali.

No, no era ninguna de las dos cosas, pero la explicación que le venía a la mente era tan inesperada como ridícula.

Claro que sí, monina. ¿Tan ridícula como el hecho de que casi se te caen las bragas esta mañana cuando lo viste por primera vez? ¡Si prácticamente te las ha desintegrado con ese beso! Estabas caliente y él fue el que te puso en ese estado.

Gimió para sus adentros y se rodeó con los brazos. Aún podía sentir su contacto, su cuerpo contra el de ella, la calor que parecía emanar de él y se sumergía bajo su piel. Por Dios, se había

excitado. La humedad en sus bragas era una prueba más que fehaciente de ello. Si no los hubiesen interrumpido en ese momento no estaba segura de si hubiera podido o querido detener aquello, de conformarse tan solo con un beso.

Sin hacía honor a su nombre, no le quedaba duda alguna. La manera en que hablaron y las bromas compartidas como si fueran dos viejos conocidos la había descolocado. Si no supiese que lo había visto por primera vez esa misma mañana y que nunca intercambiaron palabra alguna antes, podría haber jurado que se conocían desde siempre. No tuvo la sensación de hablar con un extraño, sino con un amigo, con alguien con quien podía incluso tener algo más, con el que deseaba tenerlo.

Y solo había una explicación para ello, una que encajaba en la inesperada y repentina aparición de la estrella de cinco puntas que apareció sobre su piel tras visitarle; la marca que obtenía una bruja cuando encontraba a su otra mitad.

Sin O´Donnell era su *pareja*, el único capaz de canalizar y alimentar su poder y complementarla como decían que no haría ninguna otra persona.

Solo el verdadero compañero de una bruja despertaría una reacción tan intensa e inexplicable.

—Joder… —gimió una vez más—. Tiene que ser una broma, una puñetera broma.

Eran como el día y la noche. Solo había que echarle un vistazo a él y mirarla a ella.

Sin venía de una gran ciudad, su manera de hablar y de moverse era elegante, culta, no tenía nada que ver con la ratoncita de campo que era Calibri.

—Y, sin embargo, te ha mirado como si fueses un rico helado y pudiese pasarse toda la mañana dándote lametones. —Sus pensamientos acabaron tomando forma en voz alta.

No estaba acostumbrada a que la mirasen de ese modo, con esa intensidad y deseo, algo más que lujuria. No era del tipo de mujer que despertaba pasiones, ni de las que hacía que los hombres volviesen la cabeza. Su vida sexual era escasa y si bien había tenido momentos satisfactorios, no podía recordar que ninguno de sus dos únicos amantes la hubiese puesto tan caliente con tan solo un beso.

Tener sexo con él tiene que fundirte las neuronas.

Cerró los ojos y respiró hondo. Su mente tenía vida propia, daba voz a sus pensamientos, incluso a aquellos que se esforzaba por mantener en un rincón, dónde no estorbasen. Pero últimamente perdía la batalla con bastante facilidad.

—Si hasta sueltas lo que piensas en voz alta y delante de él, Cali —se recordó.

No era de las que decían lo primero que se le pasaba por la cabeza, no desde que se convirtió en una bruja adulta. En el coven había aprendido a medir sus palabras, a guardarse para sí sus opiniones, pues no parecían importarle a nadie. No conocía una comunidad más elitista que la de un aquelarre, ni más matriarcal. El feminismo existente en sus filas se estaba volviendo

cada vez más opresivo, había demasiado rencor y enconamiento hacia tiempos pasados, unos que deberían haber quedado ya atrás para dar paso a otros nuevos.

Estaba orgullosa de su herencia, de quién y qué era, por ello prefería hacer su vida fuera de la comunidad. Allí nadie la señalaría por ser una bruja deficiente, por tener poco poder y sobre todo, no la obligaría a tomar como compañero provisional a algún brujo de la elección del coven.

Los matrimonios arreglados estaban a la orden del día. Sabía de algunos que habían salido bien, de parejas que habían sido felices y a las cuales acabaron apareciéndoles la marca de vinculación tras un tiempo. Los había que incluso acababan encontrando una amistad dentro de su relación e incluso el amor, pero el precio siempre era el mismo; alimentar la magia del más poderoso de los dos miembros de los esponsales y procurar que la próxima generación tuviese un fuerte poder mágico.

Oh, sí. Emily le había dejado muy claro a su madre lo que pensaba sobre los acuerdos del coven y dónde podía metérselos. Ese día había aplaudido a su gemela hasta que le dolieron las manos. Y después ambas dejaron el aquelarre.

Si bien de niñas las dos habían fantaseado con la idea de conocer a su compañero predestinado, de imaginarse como sería, con la llegada de su mayoría de edad, todas esas ideas quedaron atrás. La adultez trajo consigo la necesidad de ser realista y dejar a un lado sus sueños de infancia.

—Empieza a dolerme la cabeza con solo pensar en las posibilidades —resopló, levantó el rostro y se quedó contemplando el techo—. Él no es un brujo, pero ¿qué es?

Suponía que la única forma que tenía de responder a esa pregunta era acudiendo a su cita.

Y esa era otra de las cosas que la había sorprendido de él. No el hecho de que la invitase a comer, sino que ella hubiese estado a punto de decirle *«sí, por favor»* incluso antes de darse cuenta de lo evidente; él era un completo desconocido.

Uno al que había etiquetado como un posible asesino en serie en primera instancia.

—Sin tiene de asesino en serie lo que tú de bailarina de ballet —resopló y puso los ojos en blanco—. No le des más vueltas. La única manera en la que puedes obtener respuestas es preguntarle directamente.

Recorrió la tienda con la mirada e hizo una mueca al ver que el reloj de la pared todavía marcaba la una del mediodía. Necesitaba hacer algo para que el tiempo pasase más deprisa, sobre todo porque no parecía que fuese a tener más clientes por el momento. Los encargos del día ya habían sido despachados, así que podía tomarse unos minutos y preparar ese postre de chocolate.

—No te compliques más la vida, Cali —se dijo a sí misma y echó un buen vistazo a los postres que todavía quedaban en la vitrina—. No te la compliques más.

Cogió las dos últimas porciones de *brownie* y se las llevó consigo a la trastienda dónde contaba con una pequeña mesa de trabajo. Aquí solía terminar las tartas o preparar algunos

nuevos postres con las sobras que quedaban del día. No creía en desperdiciar la comida, sobre todo cuando se le podía dar una segunda vida, igual de rica, a algunas de los pasteles y galletas sobrantes.

Como cada vez que se ponía manos a la obra, su don comenzó a chisporrotear y su magia acabó por pasar de sus dedos a los ingredientes en los que trabajaba.

—Chocolate… —murmuró mirando el cacao—. Sin duda no hay mayor placer para un pecador.

Sonrió y, casi sin darse cuenta, terminó canturreando mientras iniciaba la base de su nuevo postre.

CAPÍTULO 7

«¿Quién eres?».

Ambos habían hecho la misma pregunta. No era producto de la casualidad, ella era más de lo que parecía y sabía que él también.

No era *tygrain*, no poseía el aroma de una criatura cambiante sino de algo primario y poderoso que la envolvía como una segunda piel. Calibri tenía algún tipo de don, una conexión con el mundo y los elementos similar a la de… una *bruja.*

Su compañera era una *witcheria*, una humana con dones reales y un poder nacido de las energías telúricas, de la verdadera magia. Alguien tan inusual que nadie en su clan había tenido conocimiento de su existencia hasta que uno de sus hermanos *tygrain* descubrió que su propia compañera era una de ellas.

Oh, sí. La primera cumbre mundial que celebraba su raza desde hacía muchísimo tiempo había traído consigo información importante para los *tygrain*. El más joven de los príncipes Al-Hanak estaba elaborando una especie de red global para su raza, una que serviría de orientación no solo a los miembros actuales, sino también a las generaciones futuras.

Tarek había llegado a la conclusión de que su raza había estado vinculada a la humana desde el primer príncipe felino nacido y que no era solo cosa de la región de Bahir o de sus raíces en el desierto. Recientemente se había descubierto, gracias a los nuevos emparejamientos, que la humanidad conocía su existencia a través de las distintas culturas que poseían. Podían tener otros nombres, llamarlos de otra manera, pero los *tygrain* habían estado vinculados a *brujas* y *chamanes* desde hacía milenios.

Sabrina, la compañera de Kishan Devries, un *tygrain* afincado *en* Nueva York, era una bruja. La primera de la que su raza tenía constancia en la actualidad. Gracias a ella y de la información con la que contaba el coven en el que creció, descubrieron la existencia de una antigua conexión entre sus pueblos; en el pasado los *tygrain* se habían emparejado también brujas. Y el año pasado, Dereck Elis, el alfa del nuevo clan de Whistler, en la Columbia Británica canadiense, se había emparejado con una descendiente nativa americana cuyo pueblo también contaba con leyendas sobre cambiantes felinos.

Poco a poco las historias del pasado y su conexión con la humanidad estaba saliendo a la luz, lo que traía consigo nuevas esperanzas para una raza que había ido mermando en el último

siglo.

Sin no podía dejar de preguntarse si Calibri conocería la existencia de los suyos, si sabría qué era él y si era así, ¿cómo se tomaría el hecho de que fuese su compañero?

Si tenía que guiarse por el beso compartido era obvio que ella también le deseaba. Su respuesta había sido voluntaria y generosa, y su sabor el más delicioso de todos. Si tan solo n los hubiesen interrumpido…

Sin quería más de ella, necesitaba más y no podía dejar de imaginársela entre sus brazos de una y mil formas.

Incluso ahora, solo unas pocas horas después de dejarla, estaba que se subía por las paredes. No estaba acostumbrado a sentirse así de inquieto, a que su lado felino estuviese tan cerca de la superficie sin poder ofrecerle una salida. Y es que no se atrevía a cambiar de piel, no cuando deseaba volver sobre sus pasos y arrastrarla a algún rincón para terminar lo que habían comenzado.

—No volveré a burlarme de la desesperación presente en un emparejamiento —murmuró para sí.

Esto lo superaba todo, incluso se superponía a la rabia y al mal humor que seguía arrastrando dos meses después de lo ocurrido. Calibri tenía ese efecto en él, desde el mismo instante en que la vio huir, desde que charló con ella en la tienda… Solo quería saber más, conocer a la mujer que se ocultaba detrás de la pastelera.

Le gustó su espontaneidad. Era refrescante ver como decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. La hacía auténtica, sin artificios, algo que encajaba bien con él.

Tenía que admitir que se había sorprendido al verse hablando de sus padres, de la historia detrás de su nombre. Siempre era reservado con su vida y sus cosas, quizá porque necesitaba guardarse algo para sí mismo. Pero con ella quería compartirlo, del mismo modo en que deseaba saberlo todo sobre Calibri.

Se tomó unos momentos para contemplar el lago. El merendero se ubicaba al otro lado del pueblo, en una zona apartada e íntima. Las mesas y bancos de manera estaban gastados por el tiempo, pero impolutos. El césped había sido recortado hacía poco y no se veía un solo resto de basura olvidado. Sin duda era un ejemplo que debían seguir muchos otros sitios en los que no se cuidaba tanto el entorno.

El aire se levantó y supo el momento exacto en el que ella se presentó. No solo la había presentido, sino que el viento le traía su aroma.

Se giró y la vio a lo lejos. Caminaba con tranquilidad, sin prisa, disfrutando del paisaje.

—Calibri… —pronunció su nombre, pero no se movió. No quería parecer un gato ansioso.

Aprovechó para contemplarla, grabarse sus gestos y su forma caminar. La manera en que se apartaba el pelo de la cara, el movimiento de sus caderas, toda ella era pura sensualidad.

Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron a través de la distancia. Su mirada era inquisitiva y recelosa, algo que en cierto modo esperaba, pero no dejó de avanzar en su dirección con paso decidido. A juzgar por el delicioso olor a chocolate que oteó en el aire, dio por hecho que la cita para comer seguía en pie y había cumplido su promesa con el postre.

Esperó hasta que llegó a su altura y su aroma volvió a impactarle de tal manera que estuvo a punto de ponerse a ronronear.

—Has venido.

Calibri dejó la bolsa sobre la mesa del merendero, al lado de la que él mimos había depositado antes y se volvió hacia él con las manos en las caderas.

—¿Quién te envía? ¿A qué *coven* perteneces?

Esas dos frases fueron una inesperada confirmación a sus suposiciones.

—Eres una *bruja* —afirmó dando voz a sus sospechas mientras la recorría una vez más con la mirada. Cuando volvió a encontrarse con sus ojos había una especie de incomodidad y vulnerabilidad en ellos, pero desapareció de inmediato.

—¿*Quién* y *qué* eres? —insistió ella sin variar el tono de voz, aunque su lenguaje corporal mostraba una preventiva cautela—. Tengo claro que no lo que pareces.

Enarcó una ceja ante su extraña respuesta.

—¿Y qué es lo que te parezco?

Apretó los labios dejando claro que no iba a decir una sola palabra hasta que le contestase a sus previas preguntas.

—Tú tampoco eres lo que creí en un principio. Bueno, en realidad sí, solo que has resultado ser también… mucho más —admitió e hizo una mueca al escuchar sus propias palabras —. Eres usuaria de magia, una *Witcheria*, ¿no es así?

Sabrina, la esposa de Kishan, había mencionado que era el término más educado para referirse a los miembros de un coven. Algunas de ellos todavía relacionaban el término de *«bruja»* a las mujeres inocentes y sin magia real que habían sido quemadas en la hoguera a través de los siglos. El brillo en sus ojos al escucharlo se hizo más intenso.

—¿Quién eres? —siseó ahora.

—No pertenezco a tu linaje, aunque recientemente he sabido de su existencia —admitió y dio un paso adelante dejando que su gato asomase en sus ojos—. Soy un *tygrain* y tu compañero.

Bien. Sin duda el hecho de que no fuese completamente humana y supiese que él tampoco era lo que parecía lo hacía todo mucho más fácil.

—*Tygrain.…* —El susurro femenino llegó acompañado con esos ojos marrones abriéndose de manera desmesurada. Lo recorrió con la mirada de la misma manera en que lo había hecho él tan solo unos instantes antes—. Joder. No era solo un rumor del coven, existís de verdad…

—Dado que estoy aquí mismo, vivito y coleando, sí, puedo dar fe de que sí existimos —

repuso con una pequeña sonrisa curvándole los labios.

—Espera, ¿has dicho que eres *mi compañero*? —El color abandonó su rostro y durante una milésima de segundo pensó que iba a desmayarse—. No, no, no… Ay, Dios. Necesito sentarme.

Y lo habría hecho en el mismo suelo si sus instintos felinos no le advirtiesen a tiempo para sujetarla antes de que terminase justo allí.

—Mejor si lo haces en el banco —le aseguró viendo esos ojos marrones, más grandes que nunca, clavados en él—. Y respira, por favor, ninguno de los dos quiere que te desmayes.

—Habla por ti —gimió un segundo después de notar la madera bajo su trasero—. Joder, joder, joder… —Sin mediar palabra cruzó los brazos sobre la mesa y ocultó el rostro entre ellos mientras seguía recitando la misma letanía—. Joder, joder, joder…

Sin se limitó a sentarse frente a ella, su felino estaba inquieto, pero su parte humana conocía bien este tipo de reacciones. No era la primera vez que se enfrentaba a ellas en su trabajo. Como asistente social había visto todo tipo de cosas, sabía que las personas necesitaban tiempo y espacio para pactar con sus asuntos y encontrar el momento adecuado de hablar. Y aun cuando se le hacía muy difícil no estirar la mano e intentar confortar a la mujer que estaba ante él, a su compañera, se limitó a permanecer a su lado sin decir una sola palabra.

—Un *tygrain*… —La escuchó murmurar tras unos minutos—. No un brujo, ni un hechicero, ni siquiera un simple humano… Tenías que ser un *tygrain.*

—Bueno, tú eres una bruja, no es como si me hubiese tocado precisamente la lotería —replicó sin más.

Ella se incorporó entonces de golpe y se lo quedó mirando. Le sorprendió encontrarse con ese bonito rostro húmedo por las lágrimas.

—No tenías que existir, ni siquiera deberías estar ahí sentado y menos aún ser… *así.*

¿Y por qué demonios parecía estar ahora tan cabreada?

—¿Así cómo?

—¡*Así*! —Lo señaló entero e hizo una mueca—. Tenías que ser normal, no… No estar tan bueno.

Su réplica fue tan inesperada como confusa.

—¿Perdona?

Se levantó con un resoplido y sin mediar palabra cruzó el trozo de césped que separaba el merendero del área pedregosa que se introducía en el lago. Se detuvo justo en el borde del agua, se llenó los pulmones de aire y gritó como si le fuese la vida en ello.

Sin fue consciente en ese momento de dos cosas; el cosquilleo del poder que empezó a crepitar en torno a la chica y de la inesperada y absurda satisfacción de lado felino, el cual quería plantarse junto a ella y rugir también.

No tuvo tiempo más que de levantarse cuando Calibri giró de nuevo sobre sus pies y

emprendió el camino de regreso hacia él.

—¿Mejor?

Había un par de rosetones en sus mejillas, tenía los labios ligeramente apretados y sus ojos brillaban de poder, aunque no con la misma intensidad de antes. Era como si se hubiese liberado de él y ahora solo fuese una fina película sobre su piel.

—Gritar a veces ayuda —replicó y su voz sonó algo ronca a causa del repentino esfuerzo al que la sometió.

—¿Y te ha ayudado? —inquirió con total tranquilidad.

—Cualquier otra persona estaría preguntándose si me falta un tornillo, pero tú ni te inmutas.

—Me habría preocupado mucho más si te hubieses lanzado al agua, la verdad —afirmó con un ligero encogimiento de hombros—. Gritar es sano. Desestresa un montón. Deberías probarlo en las montañas… Es liberador.

Los ojos de su compañera volaron más allá del lago, hacia la línea del horizonte.

—Por eso tu coche nunca estaba en la entrada… —murmuró. Sin duda era otro pensamiento al que daba voz.

—Suelo dejarlo en el aparcamiento del parque natural de *Smoky Mountains* en las inmediaciones de Brookesfalls —le informó y cuando se volvió hacia él señaló con un gesto—. Como mencioné esta mañana, he estado recorriendo el territorio y familiarizándome con este lugar.

—Y no te estás refiriendo a hacer senderismo, con mochila y esas cosas.

—Sí, suelo *hacer senderismo con mochila y esas cosas* —admitió y dio un paso más hacia ella. Calibri no se movió, tan solo levantó un poco la cabeza para seguir sosteniéndole la mirada —. Me gusta la acampada, el sonido del bosque por la noche, las estrellas que ves en el cielo lejos de la contaminación lumínica… Es un buen lugar para disfrutar de todo eso y dejar salir a mi gato.

—Tu gato… —repitió la palabra y bajó la mirada para clavarla en su pecho—. Eso era lo que no encajaba, lo que sentí en ti cuando…

—¿Cuándo nos besamos?

—Tú me besaste a mí.

—Y tú me respondiste.

El rostro de Calibri recuperó de nuevo ese coqueto rubor bajo sus palabras.

—¿Te das cuenta de que no nos conocemos?

—Eso no es verdad —chasqueó la lengua y señaló la mesa a su lado—. Tú ya sabes mi nombre y yo sé el tuyo, eso ya hace que no seamos dos desconocidos.

Abrió la boca y volvió a cerrarla en el acto.

—Y eres mi compañera, puede que no sepa… cuál es tu color favorito, pero sé cómo hueles, que dices lo primero que se te viene a la cabeza, incluyo poniendo en voz alta tus propios pensamientos y que eres una magnífica repostera —enumeró con sencillez—. Y sobre todo sé que me muero por besarte otra vez…

Los ojos marrones volvieron a él en una mirada soslayada y juraría que se pasearon por sus labios.

—Mi color favorito es el morado —mencionó en voz baja, casi con cierta renuencia o quizá solo era timidez—, y quítate los besos de la cabeza. Esto es serio, no tienes idea del lío en el que me has metido.

—¿Yo te he metido en un lío?

—Por supuesto que sí —asintió volviéndose ahora por completo hacia él—. No sabría que hacer contigo… ni aunque quisiera intentar algo.

—Vale, ahora sí que estoy confundido —admitió con total sinceridad—. ¿Qué quieres decir?

Se echó el pelo a un lado y se llevó los dedos bajo la oreja y se frotó la piel como si le picase, entonces lo fulminó con la mirada.

—Dime que ves. —Señaló y ladeó la cabeza de forma que dejó su cuello expuesto y esa visión le provocó una inesperada punzada en la entrepierna. Ese gesto era tan revelador para su gato, uno que ella no tenía la menor idea de lo que en realidad evocaba en su felino y en su naturaleza *tygrain*. Se obligó a respirar hondo y mantener su lado felino bajo control antes de acercarse a ella y echarle un vistazo al lugar que tocaban sus dedos—. Está justo ahí.

De un suave color marrón claro, casi como si le hubiesen manchado la piel con un tono algo más oscuro que el propio, una perfecta estrella de cinco puntas destacaba justo debajo de su oreja. No lo pensó, la acarició con la yema del dedo y experimentó una inesperada reacción a través del vínculo que lo unía a ella.

Calibri se estremeció y se apartó como si la hubiese quemado. Sus ojos se encontraron de nuevo con los suyos, ahora cara a cara. Estaba incómoda, azorada y ese brillo volvía a chisporrotear en torno a sus irises.

—Una estrella de cinco puntas —le dijo ella—. El que esté ahí significa que estoy jodida.

—Es la manifestación de tu vínculo conmigo, ¿no es así? —Eso era lo que había sentido. Era como su propia marca de reclamación, una que todavía no estaba sobre ella, pero que los unía incluso ahora.

—Es lo que indica a una bruja que tiene una pareja potencial, la única capaz de equilibrar su poder, por decirlo de alguna manera. —Arrastraba las palabras de tal forma que parecía estar obligándose a pronunciarlas—. Nuestra magia lo manifiesta cuando aparece una persona compatible contigo y te lo hace saber de maneras… muy diversas.

—¿Cómo por ejemplo?

El sonrojo que le cubrió el rostro fue una respuesta de lo más reveladora.

—Nuestro beso… —Calibri casi le gruñe, lo que le provocó una sonrisa.

—Atracción, deseo, una necesidad irrefrenable de…

—Lo has pillado, déjalo ahí —la interrumpió ella con un mohín.

—Quizá quieras saber que esas *«manifestaciones»* también tienen que ver con que tú seas mi compañera, que es la forma en la que los *tygrain* conectamos con nuestras parejas —ignoró su interrupción y procuró actuar con naturalidad—. Tu aroma despertó mi lado felino, me tomó por sorpresa, pero sabía que eras tú y que eres la única para mí. Así es como funcionan las cosas en mi mundo, lo cual no se diferencia mucho de cómo lo hacen en el tuyo. Parece que ambos estamos destinados el uno al otro, lo cual para mí es perfecto.

—¿Perfecto? Es un jodido marrón.

—Podría ser peor, Calibri, podría haberte tocado alguien que esté menos bueno que yo. —La mirada fulminante que le dedicó su compañera lo hizo sonreír—. Míralo de esta manera, no tendrás que explicarme por qué estallan las bombillas cada vez que estemos juntos.

—Como no me lo expliques tú a mí la llevamos clara, ¿por qué habrían de estallar las bombillas?

—No lo sé, es solo algo que he oído. —Y que a juzgar por la expresión de la chica debía de ocurrirle únicamente a ciertas brujas—. La esposa de uno de los míos es *witcheria*, al igual que tú.

A juzgar por la mirada en su rostro debía de saber a quién se refería o al menos haber oído sobre ella.

—Así que ese rumor también era verdad… —Sus palabras volvieron a confirmar aquella nueva suposición.

—¿Hay más rumores sobre los míos que conozcas? Quizá pueda decirte que es verdad y que invención.

Esos bonitos ojos marrones volvieron a cruzarse con los suyos.

—Has hablado de un lado felino…

—Mi encarnación felina, sí.

—Encarnación como… ¿qué te sale pelo y rayas?

Se habría sentido ofendido de no ser por la expresión en su rostro.

—Encarnación como la que ves y la que todavía no conoces —respondió divertido—. Puedo ser una mascota realmente adorable y también una disuasión perfecta para los vendedores coñazo. —Señaló el asiento que había ocupado tan solo unos momentos antes—. Que te parece si nos sentamos y hablamos de todo esto mientras comemos. No sé tú, pero yo tengo hambre. Y lo que sea que hayas hecho de postre, huele demasiado bien como para que me concentre en algo

que no sea ese aroma a chocolate.

Sin decidió que había conseguido una pequeña victoria al verla ocupar su lugar en la mesa.

CAPÍTULO 8

Calibri llevaba un buen rato sentada en aquella mesa de merendero, con un bocadillo que apenas había mordisqueado ante ella y un hombre, que decía ser un *tygrain*, sentado delante. Si no fuese por la marca de bruja que llevaba en su propia piel y proclamaba a los cuatro vientos que acababa de encontrar a su pareja, se habría levantado de allí, dado media vuelta y huido sin echar la vista atrás. Pero la verdad es que no podía despegar el culo del asiento, no cuando escucharle era lo único que empezaba a serenarla. Sin tenía una voz de lo más sensual, hablaba sin prisas, con frases concisas y sin dar demasiados rodeos para llegar a decir lo que deseaba. Se encontró disfrutando de su tono, como si la arrullase y le otorgase la tranquilidad que necesitaba en esos momentos de pura irracionalidad.

Lo más extraño de todo es que él parecía aceptar con total naturalidad que ella fuese su pareja. No le preocupaba que ni siquiera se conociesen, que se hubiesen visto por primera vez esa misma mañana, a su juicio aquello no era más que un pequeño escollo que se podía solventar con el simple hecho de hablar y pasar tiempo juntos.

Tygrain. La palabra no le era tan ajena como quería hacerle creer. Desde que era una niña había escuchado historias y leyendas sobre ellos, una raza de cambiantes extinta hacía mucho tiempo. Se hablaba de ellos como las parejas elegidas de algunas antiguas matriarcas, poderosísimas brujas que habrían desplegado todo su potencial gracias a estos sobrenaturales consortes. Y entonces, hacía tan solo unos cuantos meses, empezaron a llegar ciertos rumores sobre la reaparición de estos individuos, de su existencia en nuestros días y la posibilidad de que volviesen a crear lazos con los suyos.

Emily había sido la que le habló de la noticia o cotilleo que circulaba en el coven sobre la presunta existencia de una bruja de otro aquelarre y su reciente unión con uno de los desaparecidos *tygrain*. Su hermana no sabía a ciencia cierta si era solo un rumor, pero decía que sonaba con demasiada fuerza como para que fuesen habladurías.

Y Sin acababa de confirmar con sus propias palabras, que no era solo un rumor, sino que él conocía a esa presunta pareja. Por no mencionar que semejante situación acaba de producirse de nuevo con ellos dos como protagonistas.

Ojalá pudiese decir que se equivocaba, que se trataba de una confusión, pero era difícil

engañarse a sí misma cuando todo en ella gritaba lo contrario. La atracción seguía siendo palpable, aun cuando se hubiese hecho momentáneamente a un lado para dejar paso al raciocinio. Se sentía impelida hacia él, encontraba que le gustaba más de lo que quería admitir para consigo misma, pero aceptarlo… eso ya eran palabras mayores, sobre todo cuando el objeto de su creciente deseo era un hombre como este. No podía negar que era de clase de persona que le atraía sexualmente, aunque nunca se habría planteado tener nada con alguien como él. Era de esos tíos a los que mirabas desde la distancia, con los que fantaseabas, pero con los que jamás te atrevías a dar el paso para evitarte decepciones.

Y si interpretaba bien lo que veía en sus ojos, la manera en que estos la recorrían y cómo se recolocaba de vez en cuando en su asiento, no era la única que se sentía así. Él también la deseaba, el anhelo estaba presente en cada uno de sus movimientos, parecía un cazador al acecho y, sin embargo, no había vuelto a tomar la iniciativa, como lo hizo con aquel beso.

Calibri se llevó la mano al cuello y deslizó los dedos sobre el punto exacto en el que tenía su marca.

—Estás incómoda, ¿es por mí?

Levantó la cabeza y se encontró con esa mirada verde clavada en él.

—No. Sí. No lo sé. —Dio todas las opciones posibles y acto seguido resopló—. Esta cosa me está volviendo loca.

Y con *«esta cosa»* se refería a la marca en su piel, la cual no dejaba de picarle y hormiguearle, como si tuviese vida propia.

Le escuchó reír en voz baja y cuando levantó la cabeza con intención de fulminarle con la mirada, lo encontró dejando su asiento para luego cernirse sobre ella desde atrás. Le apartó la mano con suavidad y escuchó de nuevo ese tono seductor y tranquilizador acariciándole el oído.

—Déjame a mí.

No tuvo tiempo siquiera de negarse o de preguntar qué pretendía, pues sus labios presionaron el punto exacto que la estaba enloqueciendo y cuando la punta de su lengua le humedeció la piel consiguiendo que se derritiese al momento.

Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Un brazo rodeó su torso por delante pegándola a él y Calibri se dejó hacer, ladeando incluso el cuello para darle mayor acceso a esa pecaminosa lengua que le lamía la piel.

Cerró los ojos y suspiró de puro alivio. Si bien su corazón ahora latía más rápido que nunca, el incómodo picor que la había enloquecido los últimos minutos apaciguó por completo bajo la humedad de su caricia.

—¿Mejor? —¿Acababa de escuchar un ronroneo felino acompañando aquella palabra?

—*Um*… —Ni siquiera podía articular, tanto su cerebro como su cuerpo parecían haberse licuado del todo.

Una ronca risa y el aire acarició su piel mientras se apartaba de ella.

—No. —Le retuvo el brazo, obligándole a mantener la postura—. No te vayas.

—No tengo intención de irme, *brujita* —le aseguró y cuando levantó la cabeza se encontró con una mirada totalmente felina. Sus ojos se habían vuelto un poco menos humanos, su color ahora era casi dorado y sus pupilas se habían reducido considerablemente—. Ni siquiera hemos probado el postre.

Calibri le miró los labios y no pudo evitar desear que la besara de nuevo, que la sacudiese como ya había hecho en la tienda.

—A la porra… —gimió y sin dudarlo un solo segundo, cerró los dedos en torno al cuello de su camisa y tiró de él hacia abajo para besarlo ella misma.

La risa masculina que emergió de su garganta quedó ahogada por la unión de sus bocas. Sin parecía saber con exactitud lo que anhelaba, porque enlazó su lengua a la de ella en un caliente y húmedo beso que la dejó temblando de necesidad. Se tomó su tiempo en seducirla de esa manera, en recorrer cada centímetro de su boca y saborearla, separándose de ella tan solo para permitirle respirar.

—¿Mejor? —ronroneó otra vez. Ahora estaba convencida de que lo había hecho.

—Mucho mejor. —Se lamió los labios y abrió los ojos para encontrarse con esa mirada ardiente—. Gracias.

—Un placer, cariño —ronroneó de nuevo y esta vez no le quedó la menor duda de que lo había hecho. En vez de incorporarse, Sin maniobró para sentarse a su lado en sentido contrario al suyo, mantuvo el brazo rodeándola por delante y se inclinó sobre ella. Incluso en esa posición él era mucho más alto, lo que la hacía sentirse pequeñita en comparación—. Me gusta lo que veo, Calibri, me gusta lo suficiente como para fantasear con lo que puede haber debajo tu ropa y en la forma en la que puedo quitártela y averiguarlo.

Abrió un poco los ojos y acto seguido resopló y se encogió.

—Dime que no me has leído el pensamiento.

—Has sido tú la que le has dado voz —le dijo acariciándole la punta de la nariz con un dedo—. Y te aseguro que no eres la única que se siente de esa manera…

Le cogió la mano y se la llevó a la parte delantera del pantalón, donde pudo notar una evidente y dura erección bajo su palma.

—Puedes meter la mano y comprobarlo por ti misma —le dijo ahora al oído. Sus dientes le pellizcaron el lóbulo de la oreja antes de rematar—. De hecho, te invito a que lo hagas, porque no puedo esperar a hacer lo mismo contigo.

El brazo que la rodeaba se retiró lentamente y notó los dedos masculinos arrastrándose sobre sus leggins, tocándola por fuera. Era una caricia sensual y atrevida, un juego de pura tentación que se acercaba a dónde deseaba sin tocarla, como si la estuviese desafiando a dar el

primer paso.

—No puedes estar hablando en serio… —consiguió articular al tiempo que giraba la cabeza para encontrarse con su mirada.

—En cualquier otro momento y en otras circunstancias, te daría la razón, pero aquí y ahora, solo te veo a ti, a mi compañera —declaró con total sinceridad y abierto descaro—. Y te deseo tanto que me importa una mierda todo excepto tu consentimiento. Si deseas que pare, lo haré, pero si prefieres que siga… —Se inclinó una vez más y volvió a besarla en ese punto, a arrastrar la lengua sobre su piel—, lo haré hasta que te corras bajo mis dedos.

—¿Siempre eres tan… directo?

—Solo contigo —admitió contra su piel—, privilegio de ser mi pareja… y yo la tuya.

El siguiente lametón llegó acompañado de un pequeño mordisco que la hizo respingar en el asiento. Fue lo que necesitó para derretirse y hacer que su mente se cortocircuitara por completo. Un segundo después sus dedos soltaban el botón del pantalón masculino, bajaban la cremallera y arrastraban hacia abajo la tela elástica del slip para liberar el duro y caliente miembro que acabó bajo su palma.

—¿En serio? —Jadeó al notar el tamaño de aquella polla en contacto con su mano.

—Soy un *tygrain*, cariño —se rio ahora en su oído. Sus duros y callosos dedos se colaron debajo de sus leggins y por dentro de la ropa interior hasta notar como le cubría el sexo con la mano—, me viene de serie.

Calibri dejó escapar un bufido de risa que pronto se convirtió en un gemido, pues él no se había cortado un pelo e introducía un dedo ya en su interior.

—Sin… —jadeó y cerró los suyos en torno al duro miembro en represalia.

—Joder, sí… —gruñó él en respuesta. Sus labios encontraron entonces los suyos y se dedicó a besarla en profundidad, jugando con su lengua e imitando por momentos el movimiento de su dedo dentro del húmedo canal—. Sigue… No pares…

—Lo mismo… te digo… —jadeó en su boca antes de entregarse por completo al beso y a la creciente lujuria del momento, en el lugar más inesperado de todos.

Jamás se le pasó por la cabeza que acabaría haciendo algo semejante en un lugar como este y a plena luz del día. Había perdido la cordura, no podía explicarlo de otra manera, el deseo se apoderó de ella y le frio el cerebro, era la única forma en la que podía atreverse a masturbarle y dejar que la follase con sus dedos como lo estaba haciendo.

Sus caderas empezaron a moverse por sí solas, su cuerpo reaccionó a la pura necesidad y se meció contra la falange que se hundía en su coño. Quería montarle, quería más de él y solo de él.

—Sin —jadeó su nombre en la boca masculina, la única que conseguía acallar los gemidos que escapaban de su propia garganta—. Oh, joder…

Lo escuchó reír contra sus labios antes de retirarse por completo de su sexo solo para volver ahora a introducir un segundo dedo. Empujó en su interior y ejecutó un movimiento de tijera que la hizo jadear y apretar aún más la dura polla. El gruñido que emergió de su garganta no era humano, pero sí lo bastante erótico como para que quisiera oírlo de nuevo.

—Mierda… Calibri… sigue… más…

Su voz era puramente animal y le provocó un escalofrío, pero sus palabras la envalentonaron a darle lo que le pedía. Bajó los dedos hasta sus testículos y los acunó, jugueteó con ellos y ascendió una vez más hacia la punta que acabó engullendo en su puño. Jugó con él, disfrutó de cada uno de los roncos sonidos que emergían de su garganta y sofocaba su boca de la cual salían sus propios gemidos. No sabía cómo ambos terminaron pegados, uno encima del otro, comiéndose la boca mientras sus manos trabajaban en sus respectivos sexos, buscando más, rogando por más y ansiando una liberación que casi podían acariciar.

Se apremiaron con la mirada, sus bocas se separaron lo justo para dejarles coger aire y se concentraron en el rostro del otro, en las expresiones de pura pasión que había en ellos a fin de contemplar el momento exacto en el que sus cuerpos encontraban el orgasmo.

Se buscaron con la mirada, sus bocas se separaron lo justo para dejarles coger aire y se concentraron en la mirada del otro, en las expresiones de pura pasión en sus rostros a fin de contemplar el momento exacto en el que sus cuerpos encontraban el orgasmo.

Llegó de manera imprevista y al unísono, se tensó en torno a esos codiciosos dedos y apretó los labios para evitar gritar cuando la sacudió su propia liberación. Sin no se contuvo, reclamó su boca y rugió al alcanzar su propio orgasmo al tiempo que se derramaba en su puño, marcándola de forma primitiva.

—Eso… eso ha sido… ha sido… —Calibri estaba intentando encontrar las palabras, pero no acudían a ella.

—El principio… —escuchó la voz ronca de su *tygrain*—, solo el principio, brujita. —La miró a los ojos y acto seguido apoyó la frente contra la suya—. Y ahora que ambos estamos un poco más centrados, ¿crees que podríamos hincarle el diente a ese postre de chocolate?

Se lo quedó mirando durante unos segundo y entonces rompió a reír.

—Esto es de locos, de locos —aseguró ella sofocando a duras penas la risa.

Lo que acababa de pasar entre ellos era una auténtica locura, pero no podía encontrar un solo gramo de remordimiento en ella, tan solo una inesperada y caliente satisfacción.

CAPÍTULO 9

Quería más de ella, lo quería todo. Sin tenía muy claro que ya nada evitaría que terminase reclamándola. La intimidad que habían compartido no era más que el principio, la constatación de que estaban hechos el uno para el otro.

Calibri era pasional, tenía el punto justo de lujuria que le hacía perder la cabeza, pero era sobre todo el sonrojo que no había dejado sus mejillas después de su interludio el que lo fascinaba. Su compañera era una mezcla de sensualidad e inocencia, en un momento se comportaba como una gata en busca de satisfacción y al siguiente daba la impresión de querer ocultarse debajo de la mesa. La manera en que le esquivaba la mirada era casi cómica, el ahínco con el que se había lavado las manos bajo el grifo le pareció tan dulce que quiso darle un mordisco en ese largo y precioso cuello.

Su bruja. Había sentido su poder envolviéndolos a ambos, pero era algo muy sutil, nada que ver como los *«estallidos de bombillas»* a los que había hecho alusión Kishan. No, su don no se manifestaba de esa manera, su sabor era más sutil y apostaría su vida a que nadie que no fuese como ella o tuviese una especial sensibilidad hacia los cambios de energía detectaría jamás que esa magia era uno de los condimentos de sus postres.

Había notado un sabor particular en el bizcocho y las galletas, pero no fue hasta que probó la deliciosa tarta de chocolate que comprendió que el regusto que dejaba en él no tenía nada que ver con los ingredientes utilizados en la masa. Era su magia, una especie de energía que dotaba a sus creaciones de esa sensación de plenitud y bienestar que acabaría haciendo efecto en quién probase los dulces. Su gato había ronroneado al sentirla, su esencia se envolvió en torno a ella como si de esa manera pudiese conectarse con Calibri, algo que su parte humana también sintió y contribuyó a aplacar en gran medida la primitiva necesidad de marcarla como suya.

Fuese lo que fuese que había vertido en esa tarta de chocolate hablaba de ella, de quién era, de su pasión y la necesidad de hacer feliz a la gente que probaba sus postres.

La conversación se había reducido al final de la comida. Los silencios empezaban a llenar el espacio entre ellos, pero no le resultaba tan incómodo como había esperado. Esos momentos le permitían observarla, aprenderse cada uno de sus gestos y elucubrar sobre qué cosas le estarían pasando por la cabeza.

—No deberías fustigarte por algo que iba a pasar antes o después —mencionó él sin dejar de mirarla—. Es parte de nuestro vínculo, de lo que significa ser compañeros o pareja.

—No me estoy fustigando.

—Arrepintiéndote, entonces.

—¿Tengo aspecto de estar arrepentida?

—Tienes aspecto de haber disfrutado de nuestro interludio —replicó con naturalidad—, y al mismo tiempo pareces atormentada por ello.

—No estoy atormen…

—Ven aquí. —Le dio una palmada al tronco que usaba de asiento—. Vamos.

—Estoy muy bien aquí sentada —rezongó y se revolvió en su asiento como si quisiera pegarse aún más a él.

—No lo pongo en duda, pero me gustaría que te sentases a mi lado —insistió—. Solo quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Que ese nerviosismo se esfuma en el momento en que estamos piel con piel —admitió con toda la intención y su mirada fulminante lo llevó a poner los ojos en blanco—. Y no, no estoy hablando del sexo. Aunque sería la solución definitiva. Ahora, ¿puedes venir y sentarte a mi lado, por favor?

Vio como luchaba consigo misma antes de levantarse con suma lentitud, pasar una pierna sobre el banco y girarse para ponerse en pie. Rodeó la mesa y se acercó a él. Su rostro había adquirido un poco más de color y su incomodidad era más que palpable. El aroma de su excitación estaba presente y lo aspiró con sumo placer.

Cuando por fin se sentó, lo hizo en la esquina del banco, tan lejos como le permitía su posición, y eso lo llevó a reírse por lo bajo.

—Cariño, no muerdo, te lo prometo —dijo burlón—. Puedes acercarte más.

Salió un resoplido de esos bonitos y apetitosos labios, pero acabó acercándose más a él hasta que la distancia entre ambos fue mínima. Sin le cogió entonces la mano, manteniéndola en medio de las suyas. Fue algo casi instantáneo, pensó, la manera en que ella se relajó y en la que él mismo sintió que su ansiedad disminuía de forma considerable.

—A esto me refería… —mencionó acariciándole la mano con suavidad, disfrutando de su contacto y de su aroma tan cerca de él—. Es como si el mundo se aplacase de repente y volvieses a poder respirar sin temor a ahogarte.

Para su sorpresa, la chica se inclinó hacia él hasta apoyar la cabeza contra su brazo. Era un contacto mínimo, pero una pequeña victoria más que añadir a su conquista.

—No digas una sola palabra… —advirtió ella en voz baja.

No lo hizo, se limitó a saborear el momento y disfrutar de esa pequeña conexión entre

ambos.

Volvieron al silencio el cual fue roto tan solo unos minutos después por ella.

—¿Es así para ti también? —murmuró—. Siento que estoy en medio del lago, en una barca sin remos que me lleva a la deriva. Mis pensamientos chocan con lo que quiera que sea esto que me empuja hacia ti, que me llama como si fuese el canto de una jodida sirena.

—Estoy aprendiendo sobre la marcha, no me había emparejado antes, así que confieso que voy a ciegas y me muevo por instinto —admitió con total sinceridad—. Por supuesto, me siento atraído hacia ti, te deseo más y más con cada momento que pasa, pero también noto en mi interior que es lo correcto. Esa parte primitiva, la *tygrain*, sabe que eres mía y que has venido a este mundo para que pueda encontrarte. En cierto modo eres una parte que me falta y que he estado buscando incluso sin saberlo. Y ahora que te tengo al alcance de la mano, solo deseo unirme a ti.

—A las brujas nos inculcan desde niñas que cuando nacemos, perdemos una mitad, que por eso nuestra magia nunca estará completa del todo. No hasta que encontramos esa parte que nos falta y nos unamos de nuevo con ella —mencionó en tono bajo—. Nos dicen que cuando esa otra mitad aparezca, será esa misma magia quien la reconozca y nos marque la piel, un sello tanto de identidad como de pertenencia a otra persona. Dos mitades que al fin se reúnen después de tanto tiempo desean volver a ser una sola, por ello surge la atracción y la necesidad, aunque el tipo que tengas delante sea un completo desconocido del que no sabes nada.

Su voz se apagó y el silencio cobró vida una vez más.

—Mi magia es débil. Nunca he tenido un don especialmente intenso, pero en el momento en que abriste la puerta de tu casa y escuché tu voz… En ese mismo instante sentí su verdadero alcance, la plenitud de mi poder y como de algún modo me unía a ti. —Calibri habló una vez más, ya no de manera abatida o cansada, sino con creciente fuerza—. Y volví a sentir lo mismo… cuando me tocaste.

Ladeó la cabeza y esos ojos marrones se encontraron con los suyos.

—No sé cómo gestionar esto, Sin, no sé si puedo hacerlo.

—¿Tu magia o a mí? —replicó sosteniéndole la mirada.

—¿Ambos? —Fue más una pregunta que una respuesta.

—A mí ya me tienes en la palma de la mano —admitió con una pequeña sonrisa—, solo necesitas menear el culo para ponerme de rodillas.

—O ponerte un trozo de tarta de chocolate delante.

—Eso también —admitió con una risita—. Y en lo que se refiere a tu magia… mi gato parece nutrirse de ella, quiero decir… Has conseguido que tenga las manos quietas y no dentro de tus bragas. Me apaciguas. Incluso ahora, mientras te cojo de la mano, la siento en mi interior y de estar en forma felina estaría ronroneando de puro placer.

—También ronroneas en forma humana, lo he… escuchado, creo.

No le sorprendía lo más mínimo, sentía a su gato todavía rondando en la superficie.

—Sí, puedo hacerlo cuando mi felino está cerca de mi piel. Es como si mis dos naturalezas se unieran en una sola —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Así que no creo que tengas que preocuparte de cómo gestionarla, pues parece que yo soy capaz de… er… ¿recolectar ese exceso de energía?

—Sería una manera de verlo —admitió pensativa, entonces dejó escapar un resoplido y admitió—. Estoy cansada y no recuerdo haber corrido una maratón.

—¿Tienes que volver a la tienda?

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada sobre el horizonte.

—Solo abro por las mañanas. Es un pueblo pequeño y la mayoría de mis clientes hacen sus compras en horario matinal, así que suelo aprovechar las tardes para preparar los postres del día siguiente y hacer mis cosas —le explicó y acto seguido apuntó—. Y creo que hoy, lo que haré, será echarme una larga siesta.

—¿Quieres compañía?

—¿No vas a seguir explorando el territorio? —Había curiosidad tanto en su voz como en su mirada cuando se volvió hacia él—. Es curioso, pero al no ver nunca tu coche en la entrada, pensé que trabajarías fuera y por eso no solías estar en casa.

—Dejé mi trabajo antes de venir aquí. —Las palabras salieron solas de su boca—. O más bien, debería decir que me invitaron a dejar mi puesto. Eso sería lo más correcto.

—¿Por qué? —Lo miró con interés—. ¿Qué ocurrió?

Vaciló un instante y aquello pareció suficiente para que Calibri añadiese de manera rápida y con cierto tono avergonzado.

—Perdón. No es asunto mío. No tienes que…

—Me acusaron de agresión —respondió sin más—. Una de las mujeres a las que intentaba ayudar me denunció y me señaló como el único responsable de la paliza que le habían dado.

Los ojos marrones se abrieron de par en par mientras lo miraba sorprendida.

—Me hicieron la cama, por decirlo vulgarmente, y caí en ella. —Se encogió de hombros —. Si bien se demostró mi inocencia y salió a la luz la verdadera cara de esa… mujer, mi nombre ya había quedado en entredicho y… Bueno, cuando trabajas como asistente social en un centro comunitario, hay cosas que no se ven bien en el currículum, supongo.

—¿Por eso has acabado en *Brookefalls*?

Asintió.

—Me pasé dos meses dando vueltas como un gato enjaulado, cabreado con todo el mundo y más que nadie conmigo mismo por ser tan… tan crédulo —admitió con un resoplido—. Mint me dijo que ni yo me soportaba a mí mismo y que era mejor que pusiera tierra de por medio

antes de que hiciese alguna estupidez. Ella fue quien me envió a *Brookefalls*, es la chamana de mi clan, una mujer… excéntrica, pero que siempre parece saber el lugar exacto en el que debe estar cada *tygrain* para encontrarse con su destino.

—Tenéis una chamana. —Su sorpresa aumentó, pero ahora también había curiosidad en su voz—. ¿Es bruja?

Negó con la cabeza.

—Hasta dónde yo sé, Mint es una hembra *tygrain* con unos inquietantes dones de clarividencia o algo por el estilo. No sé si eso entra en el rango de bruja.

—Hay *witcheria* con ese tipo de dones. No suele ser lo más habitual y que yo sepa la mayoría son bastante ancianas, pero las hay —afirmó—. Es posible que Emily sepa con exactitud en qué coven se encuentran.

—Es la segunda vez que mencionas a esa tal Emily.

—Es mi hermana gemela.

—¿Tienes una gemela? —Ahora fue su turno de sorprenderse.

Asintió con la cabeza.

—Sí, pero no es tan agradable como yo.

Sin se rio y actuó por instinto, guiado por la pura necesidad de tocarla.

—Te prometo que solo tendré ojos para ti —le dijo cogiéndole la barbilla y acariciándole el labio inferior con el pulgar.

—¿Siempre eres tan zalamero?

—Solo contigo, compañera, solo contigo —admitió y la besó. Fue tan solo un roce de labios. No fue más allá y no porque no tuviese ganas, sino porque no quería aprovecharse de su actual vulnerabilidad.

Calibri suspiró y se echó hacia atrás poniendo un poco de distancia entre ellos.

—Necesito algo de tiempo para digerir todo esto —mencionó entonces y su mirada corroboraba sus palabras.

—De acuerdo.

Ella lo miró a los ojos y a juzgar por su expresión parecía estar buscando la manera de decir algo.

—¿Vas a volver a marcharte?

—Creo haberte dicho hace un rato que no tenía intención de alejarme de ti, pero si se da el caso y no estoy a tu lado en ese momento, puedes llamarme —le sonrió y sacó su teléfono del interior de la chaqueta—. Dame tu número. Te haré una llamada perdida y tendrás registrado el mío.

Calibri asintió y se lo dictó. Un momento después escuchó la cancioncilla del móvil de la chica recibiendo la llamada.

—Y por supuesto, siempre puedes hacerme una visita, estoy justo en la puerta de al lado —añadió devolviendo el teléfono a su sitio.

—Y si te visito con un pastel o una tarta, mucho mejor, ¿no?

—Tú eres todo el aliciente del que requiero para abrir la puerta, Calibri, sin importar la hora que sea —le aseguró y lo decía de verdad—. Si me necesitas, solo tienes que venir a mí. Soy tu pareja y compañero *tygrain*. No hay nada que no hiciese por ti.

—Voy a tener las manos llenas contigo, ¿no es así?

—Sí, las tendrás —afirmó con un premeditado ronroneo—. Y yo contigo, no me cabe la menor duda.

Acompañarla a casa y ver como cerraba la puerta mientras él se quedaba del otro lado fue la cosa más dura que le tocó hacer ese día. Pero estaba tranquilo, al menos de momento, pues sabía dónde iba a encontrar a su compañera en el preciso instante en que la necesitara.

CAPÍTULO 10

«Necesito un poco de tiempo».

Dicha necesidad no le duró más que unas cuantas horas. Calibri no había dejado de dar vueltas en la cama, era incapaz de dormir o mejor dicho, cuando lo conseguía se despertaba a los pocos minutos sofocada y empapada en sudor. Hacia las cuatro o cinco de la mañana tiró la toalla, se levantó y acabó en la puerta de la calle, con la mano en las llaves y lista para quitar el cerrojo. Solo su fuerza de voluntad y su medio despierto cerebro impidieron que cediese a la desquiciante necesidad de buscar a Sin.

Se fue a la cocina, se preparó un chocolate caliente y se dedicó a terminar con la tarea que había dejado a medias la noche anterior.

Lo ocurrido ayer la había trastocado completamente, no sabía cómo abordar las emociones y el deseo que ese hombre había despertado en ella. Y por si eso no fuese lo bastante desquiciante, la marca que tenía detrás de la oreja le picaba como si tuviese urticaria.

Una bruja vinculada. Tenía una pareja y esta era nada más y nada menos que un *tygrain.*

¿En qué universo alternativo había ido a caer para que le tocasen semejantes cartas? Esta no era la forma en la que solían salirle las cosas, no era una bruja a la que le sonriese la fortuna y sin embargo, ahora parecía haberlo hecho.

Sin era encantador. Tenía esa facilidad natural para darle réplica de forma burlona, manteniendo siempre un tono educado y un claro respeto hacia ella.

Y, Dios. Era sexy, desinhibido y un auténtico desvergonzado.

—El burro hablando de orejas, ¿eh, Cali? —se dijo y notó como se le encendía de nuevo la cara.

«¿Te arrepientes?».

Dios, no. Ni un poco. Y eso era lo que más la preocupaba. Si le hubiese pedido más o querido seguir le habría dicho que sí sin dudar, pues su cuerpo parecía estar esperando sus caricias. Más aún, era ella la que las ansiaba, la que deseaba estar con él aunque su cerebro insistía en recordarle que apenas se conocían.

—Mierda. Estas cosas deberían de venir con un jodido manual de instrucciones —resopló y echó un vistazo al reloj de la cocina.

Pasaban dos minutos de las siete de la mañana y ya tenía listos los *cupcakes*, dos tartas y un bizcocho en el horno. Solo necesitaba terminar con la decoración y envasar todo para llevárselo a primera hora a la tienda.

Al no poder conciliar el sueño y andar con los nervios a flor de piel se había puesto las pilas, pero ahora que la tarea estaba hecha volvía a tener la imperiosa necesidad de ver a Sin.

—Estás loca, Cali, todo esto te ha desquiciado.

Resopló y se pasó la mano por la frente notándola una vez más caliente. Empezaba a pensar que quizá todo esto no fuese tanto cosa de su repentino emparejamiento como el que hubiese pillado algún inoportuno virus.

—Que yo sepa, la fiebre no era uno de los efectos secundarios de las brujas que encuentran a su pareja —farfulló—. Aunque tampoco sé si lo del escozor en la marca es algo usual. Joder, sé muy poco o nada de todo esto.

Y no es como si quisiera preguntárselo a la única persona que podía darle información al respecto. Su madre le había dejado muy clara su opinión al respecto, así como a quien consideraba responsable de que su hermana decidiese dejar el coven.

Como si pudiese obligar a Emily a hacer algo.

—Sin ha dicho que uno de los suyos se había emparejado con una bruja, quizá no sería tan mala idea hablar con ella al respecto —murmuró para sí, pero en cuanto la posibilidad cruzó por su mente la desechó al momento—. Nop. Mala idea, Cali. Ya no eres parte del coven de Nashville.

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada sobre la pequeña isla en medio de la cocina. La superficie estaba llena de boles, ingredientes y moldes usados o desechados. Por norma general solía ir recogiendo a medida que cocinaba, pero en estas horas no había ni tenido ánimo para ello. Su teléfono sobresalía en medio de dos bandejas, lo rescató y vaciló una vez más con los dedos ya sobre la pantalla.

—Joder, Cali. Si le llamas a estas horas pensará que estás desesperada —se recordó a sí misma—. Vuelve a tu ser. Espera a una hora más prudente…

Pero ¿y si después no le cogía el teléfono? ¿Y si no estaba en casa? ¿Seguía allí su coche?

Sin le había hablado del motivo de su ausencia, de cómo solía dejar el coche en el parquin de la reserva para hacer caminatas, senderismo o vete tú a saber qué.

Correr, Cali, él dijo que salía a correr.

Y obviamente no debía estarse refiriendo a una carrera a dos piernas, sino a una con cuatro patas, cola y piel a rayas.

Es un tygrain. Un jodido tigre. O al menos eso es lo que dicen las historias del aquelarre. Que no son historias, ni leyendas, porque él existe. Vaya que existe.

Estupendo, ya volvía a hablar consigo misma.

—Echa el freno y compórtate como una bruja adulta, anda —se dijo—. Tienes más de treinta y no eres una adolescente calenturienta.

Como si alguna vez lo hubiese sido…

—Pero quiero verlo… —gimoteó y se dio el lujo de dar un par de pataditas en el suelo—. Necesito saber que sigue en casa, al menos eso.

Y como si sus piernas hubiesen decidido por ella, se encontró dirigiéndose ya hacia la puerta de la entrada.

—No. Detente. Te estás desquiciando. Vas a parecer una acosadora.

Dejó escapar un nuevo resoplido, sus ojos miraban ahora las llaves en la cerradura y los dedos empezaron a hormiguearle ante la irrefrenable necesidad de sucumbir a algo que no tenía el menor sentido.

—Joder, joder, joder, joder —siseó e incluso se dio un golpecito en la mano para amonestarse a sí misma—. Mala idea, Cali, muy mala idea. Vuelve a la cocina, termina con los encargos de la tienda, que ayer no diste palo al agua en toda la tarde y céntrate.

No. No había hecho nada de lo programado. Nada más llegar se había dejado caer en el sofá y acabó durmiéndose a raíz del inesperado cansancio que no tenía la menor idea de dónde le venía. Se había despertado cerca de la hora de la cena, pero fue incapaz de concentrarse en lo que tenía delante, así que no le quedó más remedio que aprovechar el insomnio.

Sacudió la cabeza, le dio la espalda a la entrada y no dio ni dos pasos cuando escuchó el timbre reverberando en el pasillo.

Nunca se había dado tanta prisa en girar la llave y abrir la puerta como en ese momento. El nombre de su vecino estaba a punto de abandonarle los labios cuando vio quién se encontraba en su porche.

—Vaya, eso sí que ha sido rápido.

Una sonrisa de suficiencia curvaba la sensual boca del último tipo al que tenía ganas de ver esa mañana o cualquier otra, en realidad. ¿Sería muy maleducada si le cerraba la puerta en las narices?

Nah.

Dio un paso atrás e hizo eso mismo.

—¿En serio? —Escuchó la incredulidad en el tono de la indeseada visita.

No prestó más atención al murmullo que siguió, se concentró en respirar hondo y empezar a contar lentamente hasta diez. No había llegado ni al número tres cuando el timbre volvió a sonar.

—Al final tendré que darle la razón a la señora Clinton —masculló en voz baja. Se giró de nuevo hacia la puerta y se obligó a abrirla una vez más. Esta vez estaba preparada para enfrentarse a la petulante sonrisa y la postura de *«soy el más chulo del pueblo»* que tenía el

imbécil al que había rechazado en… ¿Seis ocasiones? Y eso solo en el último año.

—Vaya, Calibri, ¿pensaste que era uno de esos vendedores de seguros? —No se molestó en responder a esa absurda pregunta—. Tienes que disculpar la hora, pero supuse que estarías despierta y en plena faena, como siempre.

—Lo estaba hasta que tuve que abrir la puerta —replicó con sequedad. Levantó la cabeza y miró más allá de él. El coche más hortera de todo el pueblo estaba aparcado en frente a su casa, al otro lado de la acera. No tenía duda de que había venido a propósito. Sin planearlo, dio un paso hacia delante y ladeó la cabeza para mirar hacia la parcela contigua, dónde encontró el todoterreno negro que pertenecía a Sin.

¡Está en casa! Ya puedes volver a respirar, Cali, tu atractivo y sexy vecino está en casa.

—Inquietante tu nuevo vecino, ¿no? —mencionó el tipo que seguía de pie en su porche—. ¿Le has visto ya? Nadie parece saber gran cosa de él. Apenas se deja ver por la calle principal. Deberías tener cuidado, uno nunca sabe la clase de gente que decide mudarse a un pueblo tan pequeño. Podría estar huyendo de la justicia. Quién sabe.

Calibri vio por el rabillo del ojo como él daba un paso hacia delante y su mirada caía sobre ella con una obvia interpretación.

—Podría pasarme por aquí de vez en cuando si…

Se volvió hacia él y lo frenó con una mirada helada.

—¿Qué diablos quieres, Steven? —preguntó y señaló con un gesto su coche—. Hasta dónde yo sé, estás un poquito lejos de tu radio de acción.

Él chasqueó la lengua y su mirada se volvió tan incómoda que Calibri acabó envolviéndose bien en su chaqueta para ocultarse de ella.

—Laurel me ha pedido que te entregase el pago por los encargos de la fiesta de la abuela —le dijo llevándose la mano al interior de la chaqueta de piel que llevaba y de la que extrajo un sobre—. Quería que lo tuvieses a primera hora de la mañana, ya que ayer no tuvo tiempo para liquidar la cuenta.

Miró el sobre y luego a él.

—Le dije que no corría prisa, que podía abonarlo hoy en la pastelería —mencionó y pellizcó la esquina del sobre con dos dedos a fin de cogerlo, pero él no lo soltó. De hecho dio un nuevo paso adelante, lo cual lo llevó a invadir su espacio personal.

—Ya sabes cómo es mi hermana —respondió en tono seductor—. Prefiere no tener deudas con nadie y dado que yo estaba libre, se me ocurrió que podía traértelo antes de que abrieses e invitarte a desayunar, ¿qué me dices?

Tiró del sobre hasta arrancárselo y dio un paso atrás para recuperar su terreno.

—Te digo lo mismo que te he dicho cada vez que me lo has preguntado. No, gracias. —Fue tajante—. Adiós, Steve.

—Vamos, Cali, solo es un desayuno… —insistió recuperando la distancia que ella había vuelto a interponer entre ellos—. Te estoy invitando al *Lake House*, estarás a tiro de piedra de la tienda cuando tengas que irte al trabajo…

—¿Cuántas veces tengo que rechazarte para que entiendas que no estoy interesada ni en ti ni en tus invitaciones? —resopló y sacudió la cabeza—. No voy a salir contigo, Steve, ni ahora ni nunca. No me…

—Solo te estás haciendo la difícil… —Las palabras que salieron de su boca la dejaron pasmada—. Vamos, Calibri, solo es un desayuno…

—Lárgate. —No lo pensó dos veces—. Fuera de mi vista.

—Joder, Cali…

—Acaba de decirte que salgas de su vista, amigo, algo que yo haría si fuese tú.

Calibri dio un respingo al escuchar la fría y mortal voz que inundó sus oídos. Un segundo después su cuerpo se calentó y sintió que la irritación que sentía en ese momento se esfumaba al ver a Sin caminando en su dirección e interponer, acto seguido, su enorme cuerpo entre ella y su indeseada visita. A su lado, el chulo del pueblo parecía un crío y no el hombre que se las daba de ser a pesar de estar cerca de los treinta.

Los ojos verdes de Sin cayeron entonces sobre ella, su expresión cambió y le dedicó una sensual sonrisa que la calentó desde los pies a la cabeza.

—Madrugas demasiado.

—No podía dormir. —*Adivina de quién es la culpa*, pensó y añadió en voz alta mirando al chico del pueblo—. Dale las gracias a Laurel. Espero que la tarta haya sido del gusto de la abuela Sue.

El tipo la miró y acto seguido le echó un vistazo a Sin. No se movió un solo centímetro, al parecer no estaba por la labor de largarse tan fácilmente.

—¿Y tú eres…? —Inquirió mirando a su compañero con su típica actitud chulesca.

—Sin O´Donnell —se presentó e incluso le tendió la mano con toda cordialidad, como si no lo hubiese amenazado hace un segundo con sus palabras—. Y soy *su* pareja.

Calibri se derritió nada más escuchar aquello.

—Y tú eres el nieto de la señorita Carmichael, ¿no? —mencionó y se dio el lujo de mirarlo de la cabeza a los pies con total desinterés. Joder, como le ponía este *tygrain*—. *El bueno para nada que se pasea por el pueblo en el coche más hortera que existe*. Palabras de esa formidable dama, no mías.

El aludido enrojeció hasta la punta del pelo, pero en vez de envalentonarse, como solía hacer frente a los hombres del pueblo, mantuvo una distancia prudencial y podía entender el motivo; Sin poseía un aura de pura peligrosidad.

Lo dicho. Tu pareja es sexy a morir, guapa. Dale ya un mordisquito.

—Acabo de mudarme —continuó Sin bajando la mano que el niñato había despreciado y señaló con el pulgar la casa de al lado—. Conocí a tu abuela en el *Lake House* hace unos días. Es una mujer formidable, sin pelos en la lengua.

—Cali, este tío…

No lo pensó, se pegó a Sin y él le rodeó la cintura con el brazo con total naturalidad.

—Es mi *novio* —sentenció—. Y no me importará mirar a otro lado y hacerme la loca mientras te explica lo que son los…

Sus palabras quedaron en el aire cuando un ligero olorcillo le acarició la nariz.

—Cariño, ¿se está quemando algo?

—¡Mierda! ¡El bizcocho!

No perdió más tiempo allí fuera, se escabulló del brazo de Sin y corrió de vuelta a la cocina dónde el aroma a quemado era incluso más intenso.

—Mierda, mierda, mierda, mierda.

El bizcocho que tenía en el horno se había quemado.

CAPÍTULO 11

Sin se tomó su tiempo en dejarle claro a ese cachorro que si volvía a verle rondando a su mujer, tendrían que recogerle con una pala. Nunca había sido del tipo amenazador, pero verle junto a Calibri, asediándola e irritándola, había despertado su instinto territorial y unas ansias homicidas un tanto perturbadoras.

El chico se había salvado porque no era un macho tygrain y apestaba a miedo. La valentía se le acabó en el momento en que se topó con él y se dio cuenta de que estaba meando fuera del tiesto. Al menos fue lo bastante inteligente como para no provocarlo y dar media vuelta.

Arrugó la nariz ante el olor a quemado que llegaba desde el interior de la vivienda y cerró la puerta tras él. Esta no era la manera en la que esperaba entrar en el hogar de su compañera, pero dadas las circunstancias, autoinvitarse parecía la mejor opción. Pese a ello, la llamó para que fuese consciente de su presencia.

—¿Calibri?

—¡En la cocina! —Escuchó su voz al fondo de la casa. La distribución del edificio era prácticamente la misma que en el suyo, así que suponía que dicha estancia estaría en la parte posterior—. Esto no hay por dónde cogerlo. Incluso el interior sabe a quemado. Limón y bizcocho churruscado.

Nada más llegar al umbral se encontró con las ventanas de la habitación abiertas a fin de ventilar. El dulce que mencionaba era una masa negruzca que apestaba a quemado con un toque cítrico. Lo había troceado y el interior tenía un bonito color amarillo, pero la expresión en la cara de la chica lo decía todo.

Echó un vistazo rápido en torno a ella y se preguntó cómo era capaz de trabajar así. La pequeña isla estaba llena de todo tipo de utensilios usados y descartados, al igual que el seno del fregadero y la encimera del otro lado.

—¿Cuánto tiempo llevas en la cocina?

—Desde las cuatro o cinco de la mañana —resopló llevándose la mano detrás de la oreja y ladeando la cabeza con incomodidad—. Esto no hay quien lo salve. Está para tirar. ¡Joder!

Su irritación no tenía nada que ver con que le hubiese salido mal el postre, su frustración venía dada por otra cosa, la misma que sin duda lo había mantenido a él en vela buena parte de la noche.

—Ven aquí, anda.

—No. Mantén la lengua dentro de la boca y lejos de mí —le soltó sin más y solo tuvo que ver cómo le enrojecía la cara para darse cuenta de que acababa de poner otro de sus pensamientos en voz alta—. Tú tienes la culpa de todo.

—¿Yo?

—Sí, *tú* —afirmó apuntándole con el dedo—. Si no te hubieses cruzado en mi camino, habría dormido mis siete horas de rigor y no tendría que tirar con el maldito bizcocho.

—No sé qué puedo tener que ver yo con que se te haya quemado el bizcocho, pero la que se presentó ayer por la mañana en mi puerta fuiste tú. —No tenía problema en poner en recordarle lo evidente—. Así que, en realidad, eres tú la que se cruzó en el mío. Y no me estoy quejando, estoy encantado de que así fuese.

—Mentiroso —resopló ella—. A ti esto te ha pillado tan bien como a mí. Vamos, de puta pena.

—Bueno, es verdad que no tenía pensado encontrar a mi compañera en la puerta de al lado, pero aquí estás. —La señaló entera y no dudó en caminar hacia ella—. No tienes por qué pasarlo mal cuando estoy justo aquí.

—Nada de lametones, Sin —volvió a apuntarle con el dedo, el cual acabó incrustándose contra su pecho—. Luego las cosas se vuelven raras y acabamos… como acabamos ayer.

—¿Y cómo acabamos, según tú? —preguntó manteniendo la distancia que le obligaba ese pequeño dedo que de repente se imaginó llevándose a la boca.

—Perdiendo la cabeza —asintió con rotundidad.

—Pues deberíamos perderla más a menudo de esa manera y si es juntos, mejor —concluyó con tono suave y amable. Podía notar su nerviosismo y ver el rubor en sus mejillas. Estaba incómoda, pero a pesar de ello, no había dado un solo paso atrás—. ¿Me permites? —Deslizó un dedo por su barbilla hasta el punto en el que se encontraban los suyos y no pudo evitar fruncir el ceño al notar que tenía la piel más caliente que ayer—. ¿Tienes…?

—¿Fiebre? —sugirió y confirmó al mismo tiempo con la cabeza—. Es probable, pero no es nada grave. Lo más seguro es que sea de no dormir bien.

Inspiró el aire en torno a ella y su gato se agitó en respuesta, seducido una vez más por el aroma de su compañera, uno que superponía por encima incluso de la masa quemada. Desplazó la mano a la frente de la chica y notó el calor a través de su piel. Dado que no olía a enfermedad, tuvo clara la procedencia de dicho incremento de temperatura.

—No se trata de un virus, sino de… mí, por simplificarlo de alguna manera —chasqueó él al tiempo que recorría una vez más su cuello con los dedos y rozaba la marca en forma de estrella que tenía detrás de la oreja—. Es una reacción natural a mi vínculo de pareja contigo, un efecto del distanciamiento físico. Tendría que haberme quedado. Lo siento.

Su disculpa se transformó en un beso justo en aquel punto que ahora veía ligeramente más oscuro, quizá porque no había dejado de frotarse tal y como mostraba el enrojecimiento a su alrededor. Deslizó la lengua sobre su piel y a duras penas contuvo un ronroneo de puro placer.

—Sin, te dije que no… —Su protesta murió con la segunda pasada de su lengua. Calibri ladeó la cabeza dándole acceso y suspiró de puro alivio—. Olvida lo que dije. No pares.

Se rio contra su piel, cerró los labios sobre la marca y la succionó arrancándole un jadeo de puro deseo.

—¿Mejor?

—Me tiemblan las piernas, ¿sigo de pie? —preguntó.

—Por el momento, sí.

Esos bonitos ojos se abrieron, pues los había cerrado, para encontrarse con los suyos.

—¿Va a ser siempre así?

Negó con la cabeza.

—Todo esto quedará atrás en cuanto lleves mi marca.

—¿Otra más? —Se llevó la mano a la señal en su piel.

—Solo una más, la mía —le aseguró bajando el dedo por su cuello y deslizándolo por la depresión del hombro—. Una que sella el vínculo que ha surgido entre nosotros y te identifica como mi compañera ante los míos.

—Eso es muy territorial.

—Soy un *tygrain*, *territorial* es mi segundo nombre —ronroneó y añadió—. Pero no temas, puedo ser un paradigma de buenos modales cuando es necesario.

—No parecías considerarlo necesario con Steven.

Escucharle decir el nombre del mocoso lo hizo gruñir.

—Se fue por su propio pie y sin gritar como una niña, eso para mí es ser civilizado —aseguró con total convicción.

—¿Te puedes creer que lo rechacé seis veces tan solo este año? —bufó ella—. Seis veces. Eso tiene que ser alguna clase de récord o algo.

Sin duda uno que llevaba la palabra «estupidez» grabada en letras grandes y que le correspondía al imbécil, no a su deliciosa compañera.

—Algunos no saben que están haciendo el ridículo hasta que alguien más inteligente, sexy y atractivo se lo dice —chasqueó con tono burlón—. Por suerte para ti, tienes un compañero que reúne todas esas cualidades aquí mismo.

—De ego vamos bien, ¿no? —resopló ella.

—Sobrados.

Calibri sacudió la cabeza. Su mirada marrón parecía algo más despejada que antes, aunque todavía podía notar el calor a través de su piel.

—No sé cómo lo haces, pero empiezo a sentirme de nuevo yo.

—Debería haberme quedado…

—Te pedí que te marchases —le recordó con voz suave.

—Y tendría que haberme quedado —insistió acunándole la mejilla con una mano. Le levantó el mentón con el pulgar y disfrutó de esa cálida mirada sobre él—. No eres la única que ha pasado la noche en vela.

—Bien. Eso hace que me sienta mejor.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Qué cruel —murmuró sobre sus labios—. Mierda, Calibri, quiero besarte.

—¿Ahora vas a pedirme permiso?

Sin le rozó la mejilla con el pulgar y hundió los dedos en su pelo.

—Si solo fuese un beso, no, no lo haría, pero… —Hizo una pausa y se relamió como el felino que era—. Empiezo a ser consciente de que si lo hago, querré más, lo querré absolutamente todo contigo… hasta el final.

—No deberías decir esas cosas, estoy intentando ser sensata —resopló ella—. ¿Te das cuenta de que nos conocimos ayer por la mañana?

—Sí, me doy cuenta y de algún modo siento que ha pasado mucho más, que te conozco de siempre de una manera que nada tiene que ver con si te gusta el color morado o se te da bien la repostería —se sinceró—. Sé que eres mía, que eres para mí… y todo lo demás me importa una mierda, la verdad. Solo quiero estar contigo, reclamarte como un *tygrain* reclama a su compañera. Quizá de ese modo pueda volver a pensar de nuevo con claridad, porque ahora mismo todo lo que sé es que hueles jodidamente bien.

—Sin, ¿estás gruñendo?

—Es muy posible —afirmó y comprobó que su voz se había vuelto espesa, felina—. Se me está yendo de las manos…

Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para desenredar sus dedos y dar un paso atrás. Su felino gruñó, casi podía verse a sí mismo enseñando los dientes y agitando la cola de puro mosqueo ante esa maldita retirada.

No quería aprovecharse de ella, de la irremediable atracción que existía entre ellos y que no hizo más que aumentar desde el momento en que se separaron la tarde anterior. Tras dejarla en casa se había ido a correr. Nada más aparcar el coche en el lugar de siempre se internó en el bosque y deambuló en su forma felina hasta casi el anochecer. Estaba cabreado y excitado, todo al mismo tiempo, algo que no llevaba muy bien su gato.

—¿Quieres que te ayude a recoger todo esto? —Se ofreció buscando un cambio de tema seguro lejos de la lujuria que le palpitaba en las venas—. Puedes darte una ducha o lo que sea que hagas por las mañanas antes de irte a la tienda.

Ella se le quedó mirando. La había acorralado contra la encimera y permaneció allí como si no fuese capaz de soltarla.

—¿No me crees capaz de fregar unos cuantos cacharros? ¿Es eso? —procuró sonar burlón, aunque le estaba costando un mundo no mirar esos labios entreabiertos.

—Te creo capaz de muchas cosas, Sin, pero no tienes que demostrarme cada una de ellas —murmuró en voz baja.

—Soy tu compañero, Calibri, vivo para lucirme delante de ti.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios mientras ladeaba la cabeza.

—Mira por dónde, eso también me lo creo. —La chica dejó por fin su apoyo y empezó a recoger algunas de las cosas y utensilios que había sobre la isla—. Y gracias por acudir en mi rescate, me estaba viendo a mí misma dándole un buen bofetón.

—*Tsh.* ¿Por qué no lo dijiste antes? Habría esperado a que se lo dieses solo para disfrutar de tal glorioso momento.

Le dedicó una de esas miradas de pura ironía y acto seguido señaló la cafetera.

—¿Quieres un café? Está recién hecho. Y también hay magdalenas. Imagino que ya estarán frías.

—¿Es una invitación formal? —preguntó inocente.

—Es lo mínimo que puedo hacer por el noble caballero que ha salido en mi ayuda —aseguró con su mismo tono. Estaba lo bastante cómoda con él como para coquetear de esa manera—. La verdad es que las hice pensando en llevártelas después, pero entonces recordé la forma en la que me abriste la puerta y… No quería pillarte de nuevo nada más salir de la ducha.

—Si eres tú la que llama a mi puerta, puedes hacerlo a la hora que te dé la gana —afirmó y añadió pícaro—. Después de todo, ahora soy *tu novio*.

Vio lo que esas dos palabras provocaron en su mirada y en su rostro. Empezaba a gustarle y mucho verla enrojecer.

—Mierda. Le dije eso, ¿no?

—Alto y claro.

—Joder. Estoy segura de que no se quedará callado. Y si se entera la señora Clinton, será como si lo hubiese publicado en el bando municipal. ¡Mierda!

—No es como si no fuesen a enterarse antes o después, ¿no te parece? —señaló con naturalidad—. Somos pareja. Quizá no una al uso, pero… lo somos.

—Lo sé. No es como si pudiese olvidarlo. No contigo aquí, no con esta maldita marca en mi piel y mis hormonas totalmente revolucionadas —respondió de carrerilla—. Pero una cosa es saberlo y otra interiorizarlo, para luego darlo a conocer… Joder. ¿A quién pretendo engañar? Se me caen las bragas cada vez que te miro.

—Pues no hace falta que las recojas, cariño —le guiñó el ojo y ella se rio.

—Esto es una jodida locura, lo sabes ¿no?

—Estamos en el mismo barco, pequeña, estamos en el mismo barco.

Calibri asintió, terminó de colocar un par de paquetes de vuelta en uno de los armarios y se volvió hacia él.

—Creo que me daré esa ducha —mencionó. Miró la superficie de la isla en la que todavía quedaban cosas por recoger y luego el fregadero—. Después terminaré con esto.

—No te preocupes, puedo hacerlo yo —aseguró tranquilo y señaló la puerta de la cocina con un gesto—. Vete. Estaré justo aquí cuando termines.

Asintió en respuesta, pero al pasar por su lado se detuvo y esos bonitos ojos marrones volvieron a mirarle. Había un sinfín de emociones girando en ellos, pero sin duda lo que más lo impactó fue la vulnerabilidad que asomaba tras todas ellas.

—No soy gran cosa como bruja, pero creo que puedo llegar a ser una buena compañera —le dijo al tiempo que sus dedos rozaban los suyos—. Solo… deja que me vaya haciendo a la idea.

—Ya eres una buena compañera —le aseguró envolviendo los dedos con los suyos—. La única que necesito y que tendré. Eso te hace única a mis ojos, brujita, también puedes ir haciéndote a la idea de eso.

Se lamió los labios y un segundo después susurró.

—¿Qué tal se te da frotar la espalda?

—Si es la tuya, se me dará de puta madre, cariño, de puta madre.

Y esa debía de ser la respuesta correcta, pensó Sin mientras su compañera lo guiaba de la mano a través de la casa hacia el cuarto de baño.

CAPÍTULO 12

Lujuria. No podía llamársele de otra manera a la ardiente necesidad que palpitaba por todo su cuerpo y la empujaba a hacer cosas como esta; compartir la ducha con un hombre al que acababa de conocer.

Y, sin embargo, Sin había dado en el clavo con sus previas palabras. A pesar de que acababan de encontrarse, de algún modo sentía que le conocía de siempre. Como bruja criada en el seno de un coven debería creer en el destino y todas esas parafernalias, pero este le había sido tan esquivo a lo largo de su vida que acabó por dejar de creer en él.

Sin embargo, el hombre que estaba con ella, cuyas manos y boca la recorrían sin piedad bajo el agua caliente, le había devuelto la fe en los hados. ¿Cómo si no podía explicar la irresistible atracción que la empujaba hacia él? ¿O la marca de bruja que había aparecido sobre su piel? Por no hablar del caliente deseo que arrasaba con todo a su paso y le impedía pensar con claridad.

Suspiró de puro deleite cuando los labios masculinos encontraron de nuevo los suyos y correspondió al ardiente beso de su pareja. La ropa de ambos había volado en algún momento entre la cocina y el cuarto de baño, fue fugazmente consciente de sus caricias, de esa intensa y sobrenatural mirada recorriéndola de la cabeza a los pies, del ronroneo puramente felino que emergió de su garganta y la satisfacción que brillaban en sus ojos. Era increíble como podía reducirla a un charco con tan solo un vistazo, el corazón se le aceleraba con cada caricia y su cuerpo despertaba a un hambre que no había sentido jamás.

Casi da un salto cuando notó el agua caliente sobre su piel. Posiblemente lo hubiese dado, ya que Sin rio entre dientes y le murmuró algo al oído que le hizo apretar los muslos de forma inconsciente. No tardaron en acabar empapados bajo el chorro, sus cuerpos se volvieron más resbaladizos y en algún momento de aquel caliente y tórrido encuentro Calibri terminó justo como estaba ahora, con la espalda y el culo pegado a los húmedos azulejos.

Ladeó la cabeza y cerró los ojos para disfrutar de esa pecaminosa boca sobre su cuello, de las manos grandes amasándole los senos y acariciándole los pezones. No había un solo centímetro de su cuerpo que no estuviese en llamas y él era el único responsable.

—Sin… —gimió su nombre.

—Estás hecha para el placer, gatita —ronroneó en su oído—, estás hecha para mí.

No podía negar eso, sobre todo cuando él la moldeaba como si fuese arcilla entre sus dedos. Y por Dios que le encantaba. Cada caricia aumentaba su deseo, la hacía más y más

consciente de su propio cuerpo y también de él. Sus manos se perdieron sobre los duros músculos, lo recorrió con los dedos, aprendiéndose cada recoveco de su cuerpo hasta el que podía llegar. Se retorció contra él buscando una mayor proximidad, pues la que tenían no parecía ser suficiente.

Resbaló la mano entre sus cuerpos y acarició con los dedos la dura longitud de su verga en un efectivo toque de atención.

—Te necesito ahora, Sin, por favor.

—No hay nada que desee más que hundirme en ti —ronroneó en su oído, su voz ronca y profunda a causa del deseo—, pero si lo hago querré más, Cali, lo querré todo de ti. No pararé hasta que seas completamente mía, hasta que me pertenezcas por completo.

—Sí, por favor —jadeó acariciándole todavía—. Sí a todo.

Lo escuchó reír por lo bajo.

—Mi dulce, Calibri… —le acarició el oído con el aliento y le trazó el contorno de la oreja con la lengua—. Si lo hago, ya no habrá vuelta atrás. Nuestro vínculo se asentará completamente. Serás mi compañera en la más profunda extensión de la palabra.

—No es cómo si alguno pudiese escapar, ¿no? —jadeó ante el juego que sus dedos se traían sobre sus pezones.

—No te dejaría hacerlo, cariño.

—Entonces no hay más que hablar —declaró y buscó su rostro, aferrándolo para buscar sus labios y perderse en un húmedo beso que prometía no hacer prisioneros.

Sin gruñó en su boca y un momento después la tuvo de cara a la pared. Su cuerpo la cubría por entero, el ancho pecho le rozaba la espalda mientras sus manos volvían a resbalar sobre su húmeda piel. Notó un pellizco en uno de sus pezones, pero fueron los dedos que se arrastraron por su sexo la que la hicieron jadear y ponerse de puntillas.

—Dónde comienzas tú, termino yo. Seremos uno y como uno transitaremos por el mundo —escuchó su voz una vez más al oído, pero había algo peligroso y salvaje en ella, puramente animal—. Mi pequeña, dulce y voluptuosa compañera. Mía, Calibri, solo mía.

Su mano la abandono para ser sustituida por el duro y caliente miembro que empujaba contra su abertura y se iba introduciendo poco a poco en su interior.

—Cristo, Sin… —jadeó al notar como la llenaba—. Oh… joder.

Su amante ronroneó. ¡El muy hijo de puta ronroneó como un gato en su oído!

—Sí, justo eso —jadeó él pellizcándole al mismo tiempo el pezón, lo que envió un inesperado relámpago de placer a su sexo humedeciéndola aún más—. No podía ser más perfecto…

Cualquier pensamiento medianamente coherente se esfumó de su mente en el mismo instante en que se retiró y volvió a empujar en su interior. Se movió con lentitud, como si

estuviese saboreando cada centímetro que ganaba en cada nueva incursión y eso la estaba volviendo loca. Empujó contra él y lo escuchó gruñir. Una de sus manos acabó entonces anclada a su cadera y la sujetó de tal manera que todo lo que podía hacer era disfrutar de lo que él le daba.

—No separes las manos de la pared. —Su voz fue una ronca caricia que la estremeció de puro placer. Afianzó las palmas contra la húmeda superficie y gimió una vez más cuando él resbaló la lengua sobre su cuello, lamiéndola a placer.

El sonido del agua ahogaba a duras penas sus jadeos, el chorro ahora caía lejos de ambos, creando una nube de vapor que lo envolvía todo. Cali no podía dejar de jadear con cada embestida, los delicados mordisquitos sobre su piel la estaban enloqueciendo casi tanto como los dedos en su pezón. Todo su cuerpo vibraba de lujuria y pura necesidad. Nada tenía sentido, nada excepto el hecho de que él estuviese allí con ella, tocándola, acariciándola, haciéndola suya como había prometido; algo que se encontró deseando por encima de todas las cosas.

La boca masculina cambió de curso y los labios de Sin resbalaron desde la base del cuello al punto en el que se unía con la curvatura del hombro. Se recreó en esa zona, la lamió como lo haría un jodido gato, como si estuviese saboreándola y entonces, sin previo aviso, sintió un aguijonazo de caliente dolor cuando hundió los dientes en su piel.

Habría gritado de haber podido, pero el aire se le quedó atascado en la garganta, al igual que cualquier posible sonido. Durante un breve instante se sintió indefensa, perdida e incluso asustada, quiso huir, pero tan rápido como llegó, el dolor se fue y dejó en su lugar un creciente calor que empezaba a extenderse por todo su cuerpo.

Él empezó a follarla con golpes más profundos, con mayor rudeza y Calibri se encontró disfrutando aún más de ello. De repente, todo lo que deseaba era perderse en la lujuria y en él, quería que la poseyese con fiereza, que la llenase completamente y la hiciese perder la cabeza; si es que no la había perdido ya.

Se entregó al desenfreno y disfrutó de cada segundo de ello, del hombre que la había puesto en ese estado con el que se sentía bien, libre en muchos sentidos. No sabía de dónde venía esa sensación, pero era como si algo hubiese encajado en su sitio y todo lo que había padecido hasta ahora se convirtiese en humo. Se sintió ligera y también plena, llena de una energía que pedía a gritos salir, dejar de estar encapsulada. La excitación se mezcló con esa creciente necesidad de liberación y con la que ansiaba su propio cuerpo. Antes de que pudiese analizar cualquier posible relación, el orgasmo la arrasó.

—¡Sin! —Gritó su nombre mientras se corría, vertiendo en tan solo una palabra todo lo que había acumulado en su interior y dándole salida a su placer mientras él seguía cabalgándola en busca del suyo propio. Y este llegó apenas unos momentos después con un rugido medio humano, medio animal que la hizo temblar una vez más de puro placer.

—Dios, Cali… —creyó oírlo murmurar, pero tampoco estaba segura, pues todo lo que podía escuchar era el latido de su propio corazón tronándole en los oídos. El pecho masculino cayó contra su espalda, pegándola a la pared que los sujetaba a ambos de puro milagro. Mantuvo los ojos cerrados y la frente apoyada en los azulejos mientras intentaba recuperar el aliento. Podía sentir a Sin todavía en su interior, su erección aún lo bastante dura como para ser consciente de ella.

¡Joder con el gato! Pensó y se habría reído de no estar tan agotada.

—Cali…

—¿Hum?

—Creo que deberías ver esto.

La sorpresa en su voz la acicateó lo suficiente para que abriese los ojos y ladease la cabeza para mirarle, pero sus miradas ni siquiera llegaron a encontrarse, ya que una inesperada visión se interpuso entre ellos.

—¿Qué…? —Se quedó sin palabras.

Sin se movió, abandonando su interior y permitiéndole al mismo tiempo a ella darse la vuelta a fin de ver lo que había causado la sorpresa en la voz del *tygrain.* En torno a ellos, agitando sus pequeñas alas en medio del vapor del agua de la ducha, había un sinfín de pequeñas mariposas de luz.

—Qué coño… —Abrió la boca y volvió a cerrarla cuando una de esas pequeñas mariposas agitó las alas delante de sus narices y acto seguido se desvaneció como si fuese una pompa de jabón que acabase de explotar. Las delicadas chispas que quedaron detrás le dijeron con absoluta certeza que se trataba de su magia, pues era su huella la que estaba impresa en la energía que quedó momentáneamente en el aire—. He… ¿He sido yo?

—Eso parece y me gusta mucho más que todo eso de explotar bombillas —aseguró Sin levantando la mano para tocar una de esas mariposas con el dedo y esta también estalló—. Mucho más.

Y antes de que pudiese decir alguna cosa al respecto, los brazos de su amante la rodearon y la atrajeron de nuevo contra su cuerpo. Sus miradas se encontraron y vio un brillo intenso en los ojos casi dorados de su compañero.

—Me alegra tenerte en mi vida, Calibri Rose, sin duda vas a hacer que todo sea mucho más interesante —aseguró y se inclinó para besarla. O eso fue lo que pensó, ya que en el último segundo cambió sus labios por la tierna carne de su hombro—. Mía, compañera, desde ahora y hasta que el ocaso nos encuentre.

El contacto de su lengua con su piel la estremeció y también calmó el inesperado ardor que había debajo; el de la herida que le produjo su mordisco.

—Me mordiste —murmuró incrédula. Su mente parecía empezar a despejarse poco a poco.

—Esta es la manera en la que los *tygrain* reclamamos a nuestras compañeras —le dijo y acarició el punto enrojecido con un dedo.

—Podrías haberme avisado, *gato malo.*

—¿*Gato malo*? —Sin estaba conteniendo una sonrisa.

—Más te vale no contagiarme la rabia o algo, porque…

No le dejó terminar, la empujó de nuevo contra la húmeda pared y la besó hasta dejarla sin aliento.

—Te voy a enseñar ahora mismo lo *malo* que puede llegar a ser este *gato,* compañera —ronroneó él contra su boca. Un segundo después lo vio bajar sobre su cuerpo hasta quedar de rodillas ante ella, sus ojos, todavía dorados, brillaron con perturbadora malicia y un momento después su lengua resbalaba sobre su sexo haciéndola gemir de puro placer.

CAPÍTULO 13

—Y esta es la última. —Sin dejó la caja con los *cupcakes* que había ayudado a empaquetar después del interludio que compartió con su compañera y que culminó con su propio reclamo sobre ella. No estaba en sus planes, pero había sido incapaz de detenerse cuando al fin la tuvo para sí. Su naturaleza *tygrain* le exigía completar el vínculo, era algo intrínseco en él y que le aportó una paz instantánea—. Tengo curiosidad, ¿preparas todo esto cada día?

Calibri parecía vibrar con otra cadencia esa mañana. Sin duda el sexo le había sentado tan bien como a él. La fiebre que le encendía la piel ya no era un problema y parecía estar más relajada, sin el estrés que solía acompañar el vínculo de emparejamiento, pero sobre todo era la particular luz que chisporroteaba en sus ojos lo que le llamaba la atención.

Algo había cambiado en ella y creía saber qué era, pues podía olerlo y casi saborearlo en su piel; su magia se había liberado.

—Suelo hacerlo la tarde o noche anterior —respondió a su pregunta y lo señaló con un dedo—. Que conste que no soy de levantarme en plena madrugada y ponerme a cocinar. Este ha sido un caso aislado.

—Prometo dejarte dormir esta noche —respondió con naturalidad mientras se apoyaba en el mostrador—. Bueno, *«intentaré dejarte dormir»* sería lo más cercano a la realidad que puedo prometerte en estos momentos.

—Oh, por favor, deja de ronronear —rezongó ella, sus mejillas ya se habían sonrojado de nuevo. Era fácil ponerla en ese estado y le encantaba.

—No puedo evitarlo, me sale de forma natural —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Y eso me recuerda que todavía no te he presentado a tu *marido peludo*.

—No tengo un marido.

—¿Y yo qué soy? ¿Tu nueva manta térmica?

—Tú y yo no estamos casados, solo… follamos. Una vez.

—Fue más de una vez, cariño, pero sí, lo estamos. Quizá no de la manera en que lo veis los humanos, pero tienes mi anillo justo aquí. —Ladeó su propio cuello y señaló el punto exacto en el que la había mordido—. Aunque no me importará repetir mis votos delante de un sacerdote o un juez de paz, si necesitas que lo hagamos oficial.

—Vas demasiado rápido, Sin, demasiado rápido.

—Entonces, ¿cómo interpretáis *witcheria* la marca de pareja cuando aparece? —Se interesó—. ¿No es lo equivalente a un vínculo matrimonial?

Abrió la boca como si estuviese dispuesta a negarlo o decir algo que lo contradijese, pero se encontró con que no podía hacerlo.

—La marca habría desaparecido si tú me hubieses rechazado y entonces mi vida podría haber seguido como si nada.

—¿Perdona?

Calibri se encogió de hombros.

—Una bruja puede… rechazar a su pareja o esta rechazarla a ella, no es algo que suceda, pero existe la posibilidad —mencionó—. El coven tiene unas normas distintas, a veces prima el interés por encima de todo lo demás. Si yo hubiese estado ya comprometida o casada con otro, si lo hubiese amado y ese amor fuese real, sin importar que hubiese una marca sobre mi piel, podría haberte rechazado, así como también podrías haberme rechazado tú a mí. Si se hubiese dado ese caso, la marca de bruja habría acabado desvaneciéndose con el tiempo y yo seguiría con mi vida.

—¿Renunciarías a la pareja que el destino había elegido para ti?

—El destino no siempre acierta —murmuró encogiéndose de hombros—. Mis padres son la prueba viviente de ello.

Arrugó la nariz y la observó detenidamente.

—Yo he crecido escuchando cómo te cambia la vida cuando te emparejas, cuando aparece tu otra mitad, la mujer o el hombre que te complementa —replicó—. No todos los *tygrain* tienen la oportunidad de encontrar a su pareja. Muchos se pasan toda la vida buscándola, otros se conforman con la persona que han elegido por sí mismos y siguen adelante con sus vidas. Y hay incluso quién no quiere ni oír hablar de un vínculo de emparejamiento, pero solo cuando pasas por ello comprendes por qué es tan importante. —Sacudió la cabeza totalmente en contra de romper un vínculo semejante—. Para mí no existe algo como el «divorcio» y el «matrimonio» es lo que tendré a partir de ahora contigo. No soy un experto en el tema, ni mucho menos, pero eres mi compañera y una mujer que me causa una gran curiosidad.

—Te causo curiosidad.

—Sí —admitió sincero—. Me llamaste la atención desde el mismo momento en que te presentaste con un bizcocho delante de mi puerta. Y me gusta lo que voy descubriendo de ti, Calibri, la mujer a la que estoy conociendo. Sí, es posible que mucho de lo que despiertas en mí lo intensifique el vínculo, pero me gustas, me gustas de verdad.

—Tú también a mí —respondió sin pensar. Era evidente que había sido así, pues se le encendió la cara con un bonito rubor—. Bueno. Ya sabes lo que opino al respecto.

—Sí, que estoy *de toma pan y moja* —afirmó y fingió abanicarse con la mano—. Es un problema ser tan *sexy*, en serio.

—Mira que eres payaso… —resopló. Sin embargo, sus ojos brillaron de pura diversión. Al igual que él, disfrutaba de ese coqueteo que se traían entre los dos. Calibri echó un vistazo entonces hacia el escaparate e hizo una mueca—. Me da que voy a tener una mañana movidita por aquí. No me sorprendería nada que la gente empiece a pasarse para cotillear en vez de comprar. Los rumores correrán como la pólvora, sobre todo si Steven abre la boca, cosa que hará, sin duda.

—Que hablen, cariño, no es como si no fuese hacerse evidente con el paso de los días —admitió rodeando el mostrador para quedarse frente a ella y cogerle el rostro entre las manos—. Y si alguien tiene algo que decir al respecto, puedes enviarlos a hablar conmigo. Estaré encantado de explicarles que mi novia es la propietaria de la pastelería del pueblo, que sus postres son deliciosos y que ella es toda mía.

La besó fugazmente en los labios y dio un paso atrás. Necesitaba mantener las distancias, aunque solo fuese para no arrastrarla a la trastienda y follarla contra la pared.

Señor, iban a ser unos días de lo más interesantes, pensó.

—Será mejor que te deje con tu trabajo y me vaya antes de que no puedas sacarme de aquí ni a escobazos —le dijo con gesto divertido—. Si terminas a la misma hora que ayer, vendré a por ti y comemos juntos.

—Tienes el horario de la tienda en el cartelito de la puerta. —Señaló con un gesto hacia dicho lugar.

—Esperaba algo como *«me muero de ganas»*, la verdad. —No pudo evitar soltar una risa ante la brusca respuesta de su compañera—. Hazlo por mi ego.

—*¡Oh, chispas! ¡Me muero de ganas!*

Sin rompió a reír a carcajadas al escuchar el acento que imprimió a su burlona voz.

—Sí, me gustas, Calibri, me gustas muchísimo —admitió inclinándose de nuevo sobre ella y esta vez, su beso fue lo bastante profundo e intenso para que no pudiese olvidarlo en el día—. No es un mal comienzo para empezar una relación, ¿no te parece?

—Es un buen punto de partida —admitió ella mientras se despegaba de él—. Ahora, por favor, sal de aquí. Necesito trabajar y tú me distraes.

La besó de nuevo, esta vez en la mejilla y rodeó el mostrado dispuesto a marcharse, pero entonces miró hacia la vitrina y suspiró.

—Me voy, pero primero ponme uno de esos para llevarme —señaló los brownie—. Necesitaré un sustituto si tengo que pasar la mañana sin ti.

La chica sacudió la cabeza, pero le sirvió lo que había pedido.

—Tienes una seria adicción al chocolate, gatito.

—No tan seria como la que le tengo a mi compañera —aseguró llevándose la mano al bolsillo para sacar un billete con el que abonar su compra—. Toma. Así quedan cubiertos los del

resto de la semana.

Calibri miró el billete y luego a él. Un segundo después se había cruzado de brazos y lo miraba de tal manera que Sin no tenía la menor idea de qué estaba mal.

—¿En serio?

—En este momento soy un cliente más, cariño.

Entrecerró los ojos sobre él y señaló un bote de cristal que había en un mueble adyacente con una etiqueta que ponía *«donativos»*.

—*Novios* y *maridos* ahí —le dijo con una suavidad que le provocó un escalofrío de puro placer—. No voy a cobrarle a *mi pareja*.

Sin sonrió, dobló el billete, se lo mostró y acto seguido lo introdujo en la ranura de la tapa del bote.

—Tú mandas. —Miró por última vez el local y luego a ella—. Tengo unas cuantas gestiones que hacer durante la mañana, pero tendré el teléfono conmigo. Si me necesitas, llámame. Lo digo en serio. Volveré a por ti a la hora de cierre.

—¿Vas a volver a… correr o lo que sea que hagas en la reserva?

—En realidad tengo una entrevista de trabajo con un tal Fredy Osborn.

—¿El del NPS[1]?

—Sí. He trabajado antes como agente de conservación de espacios naturales y dado que contáis con dos importantes reservas en la zona, supuse que sería más fácil encontrar algo que hacer en ese campo que en mi anterior empleo —admitió con un ligero encogimiento de hombros. Si bien había disfrutado de su labor como asistente social, lo ocurrido a raíz de la falsa denuncia de Leila y el modo en el que lo habían obligado a abandonar su trabajo, todavía le escocía. Y *Brookefalls* tampoco era una gran ciudad, con lo que suponía que cualquier puesto similar ya estaría ocupado y no habría demanda para tales servicios—. Tenía pensado quedarme aquí un tiempo incluso antes de que el destino moviese sus fichas y te pusiera en mi camino, así que no es una decisión que haya tomado a la ligera ni en el último momento.

—Entiendo —asintió con un gesto de la cabeza—. Fredy es un hombretón al más puro estilo leñador, con camisa de cuadros, vaqueros gastados, botas de montaña… Se mueve en uno de esos vehículos que parecen una moto ancha…

—Un *quad*.

—Sí. Uno de esos. Puede sonar algo rudo cuando habla, pero es un buen tipo. Su familia es de aquí. Edna, su esposa, tiene una pequeña tienda de costura al final de la calle. Me hizo las cortinas para la pastelería. Tienen dos hijos, ambos casados y que viven en Bryson City. —Su compañera parecía estar bien informada de la gente del pueblo—. Me ha ayudado con la caldera este pasado invierno más veces de las que puedo contar.

—¿Acabas de hacerme un resumen completo de la vida de uno de tus vecinos, cariño?

Calibri cerró la boca de golpe y vio un tinte de vergüenza en sus ojos.

—Fueron los primeros que me echaron una mano cuando llegué al pueblo —se justificó—. Lo que quería decirte es que se trata de un hombre que ve más allá de lo que está a simple vista, sabe calar a la gente y si no le gusta lo que ve, te mandará a paseo más rápido de lo que puedas pronunciar tu propio nombre. Se toma muy en serio su trabajo, ama este lugar y ama el bosque.

—En ese caso nos llevaremos bien —le aseguró con total confianza antes de dirigirse hacia la puerta y ver a la señora Clinton Rose cruzando la calle con paso decidido en aquella dirección —. Te dejo con tus clientes, cariño, nos vemos después.

Sin abrió la puerta y saludó a la mujer antes de que esta pudiese detenerle.

—Buenos días, Ágata —la llamó por su nombre, lo que hizo que la dama se atusase las plumas como un pavo real—. Una mañana encantadora, ¿no es así?

No la dejó ni hablar, le echó un último vistazo a la tienda y levantó la mano para despedirse de Calibri, quien empezó a agacharse detrás del mostrador como si no quisiera que nadie la viese. Se rio entre dientes y continuó andando, tenía que hacer un par de llamadas antes de asistir a su entrevista.

—¿Nick? Necesito que me hagas un favor… —pidió nada más escuchar la voz de su amigo al otro lado del teléfono.

Si quería hacer esto bien, necesitaría saber en qué se estaba metiendo.

CAPÍTULO 14

Si recibía una sola pregunta más con respecto a su presunta relación con el recién llegado al pueblo, Calibri se pondría a gritar. Sabía que las noticias en Brookefalls corrían como la pólvora, pero esto era inaudito. No había parado de entrar gente en la tienda durante toda la mañana, la gran mayoría tenía al menos la picardía de comprar alguna cosa aunque solo fuese para justificar allí su presencia, pero otros no pasaban de la puerta mientras le lanzaban sus *«he oído»* o *«me han dicho»* como si tal cosa.

La primera en sacar a colación el tema fue la señora Clinton Rose. Ágata entró después de cruzarse con Sin en la puerta y no se molestó en disimular su interés; fue directa al grano. Tal y como había supuesto, al imbécil de Steven le faltó poco para irle a su hermana con el cuento, la cual se encontraba causalmente en compañía de la mayor cotilla del pueblo. El problema no fue que largase por esa boca todo y más, sino la manera en la que lo hizo, dejando a Sin como un tipo peligroso y agresivo que lo había amenazado de muerte.

Le llevó unos cuantos minutos desmentir las palabras de ese niñato y poner en conocimiento de Ágata la verdad de lo ocurrido. Y no porque quisiera hacerlo, sino porque sabía que se encargaría de desmentir el rumor difundido con tanta rapidez como propagaba los propios.

Lo peor había sido soportar las sonrisas burlonas de algunos de los clientes y sus poco sutiles indagaciones en referencia a lo que circulaba por el pueblo. A mediodía todo el mundo que la conocía o sabía de ella estaba al tanto del incipiente romance y los más osados incluso sugerían fechas de boda y lugares para celebrar la ceremonia.

Aquella gente quería casarla cuando hacía menos de cuarenta y ocho horas que conocía al novio. Algo que, por supuesto, nadie sabía.

Al menos esa mañana había agotado el género en un tiempo récord. Después de las primeras visitas por puro cotilleo empezó a avisar a cualquiera que cruzase su puerta que si no venían a comprar algo, podían dar media vuelta. Ya fuese por vergüenza o porque la vieron realmente cabreada, todos acaban llevándose algo.

Dejó escapar un resoplido y se arrastró hasta la puerta de la tienda para girar el cartel de *«abierto»* a *«cerrado»* y echar la llave. Estaba agotada, tratar con la gente del pueblo y sus incómodas preguntas había sido mucho más cansado que salir a correr por las mañanas.

—Quizá deba retomar el hábito… —se dijo dándole la espalda al cartel para volver tras el mostrador y ponerse con la caja del día.

¿Cuándo había dejado de salir a correr por las mañanas? Sí, bien, llamarlo correr era ser muy generosa. Lo suyo era dar un largo paseo a buen ritmo, pero había dejado de hacerlo cuando se hizo cargo de la tienda y empezó a necesitar cada minuto de su tiempo para cocinar.

«Es un pueblo pequeño, Cali, con tener abierta la tienda durante la mañana es más que suficiente. La repostería tiene que ser un disfrute y no un trabajo».

Las palabras de Mirta solían acudir a su mente cuando más las necesitaba. Su experiencia y el tiempo que le había dedicado a la tienda eran toda una lección para ella, una guía que no dudó en aprovechar y adaptar a sus propias necesidades.

A pesar de que la mujer se había mudado con su hija a Canadá, solía llamarla de vez en cuando para charlar y que le contase cualquier nuevo cotilleo del pueblo. Podía pasarse casi una hora al teléfono oyéndola quejarse del barullo de la ciudad y al mismo tiempo notar su felicidad cuando hablaba sobre sus nietos. Eran estos últimos sin duda la mayor de sus alegrías y el hecho de que hubiese aceptado de buen grado dejar Brookefalls y mudarse con su hija.

Calibri comprobó con satisfacción que había tenido un buen día de ventas. Con toda probabilidad el mejor de la quincena. Tras cuadrar las cuentas, introdujo el efectivo en la cartera que llevaría al banco y se puso a recoger el género sobrante, el cual cogió todo en una pequeña caja.

—Sin está de suerte… —Sonrió al ver que había sobrado una porción de tarta de chocolate. Darse cuenta de que estaba pensando en él de esa manera la sorprendió y le provocó un involuntario cosquilleo por dentro.

¿A quién pretendes engañar, ricura? No has dejado de pensar en él en todo el jodido día.

Tampoco es que hubiese tenido la oportunidad de hacerle a un lado de sus pensamientos cuando sus vecinos se interesaba de repente en un hombre que llevaba ya dos semanas viviendo entre ellos. No era el gran desconocido que pensó que sería, de hecho, era probable que alguno de sus clientes conociese más a su pareja de lo que lo hacía ella misma. Si bien coincidían en que no solía alternar demasiado con los lugareños, algunos admitían haber hablado con él e incluso compartido una bebida en el *Lake House*. Las damas del pueblo, que recibieron su ayuda o intercambiaron algunas palabras con él, lo tenían por un hombre educado y amable y por un buen partido para alguien como ella.

Se preguntaba si él se habría dado cuenta de ello, de que la gente de Brookefalls no lo veía como un «forastero» más, sino un nuevo habitante del pueblo; el chico que había seducido a la repostera del *Mirta´s Bakery*.

No tienes ni que jurarlo. Hizo que se te cayesen las bragas con solo abrir la puerta de su casa con tan una toalla en torno a sus caderas. Y qué caderas, hay que ver qué bien las mueve.

Sacudió la cabeza y se quitó de la mente semejante idea.

—Sin en pelotas, no es una imagen que puedas tener mientras trabajas, Cali —se dijo a sí misma al tiempo que se abanicaba con la mano—. Ay, madre, qué calor.

Sí. Su pareja era todo lo que una mujer podía soñar y mucho más. No solo era atractivo y con un físico más que apetecible, poseía un aura muy sexual y era dueño de una picardía que lo hacía incluso más *sexy* a sus ojos. Pero no se trataba únicamente de su físico, el cual solo sería un envase más si en su interior no hubiese un buen fondo, si no fuese el hombre que empezaba a conocer.

Las mujeres del pueblo no se equivocaban al decir que era educado y amable. Se conducía con total naturalidad, decía las cosas que se le pasaban por la cabeza y añadiría también que poseía una inesperada paciencia.

—Y todo eso lo has deducido después de estar menos de cuarenta y ocho horas en su compañía —se dijo a sí misma—. Se te ha olvidado lo de intenso, en la cama y fuera de ella.

No había palabra que lo definiese mejor, pensó y volvió a abanicarse.

—Señor, necesito un polvo —gimió y acto seguido se cubrió el rostro con las manos—. ¿Pero qué demonios digo?

La verdad. El hecho de pensar en él había despertado su libido y el deseo empezaba a hacer de las suyas.

—Como si no te hubiese dado un tremendo meneo esta mañana, Cali —resopló y se llevó la mano a la línea del hombro de manera inconsciente. Cuando vio la marca que le había dejado en la ducha casi lo ahorca. No se trataba de un chupetón, ni siquiera de una marquita, no, ese minino la mordió a conciencia y tenía la marca de sus colmillos en la piel.

Colmillos. El recuerdo la estremeció. Sin no tenía *colmillos,* sus caninos ni siquiera estaban tan desarrollados, no hasta que su lado *tygrain* tomaba el mando dispuesto a reclamar lo que era suyo por derecho. Esa fue la explicación que le había dado justo antes de deslizar la lengua sobre la tierna herida calmando su piel.

Se cubrió el pequeño apósito que la cubría con los dedos. No le dolía, era tan solo una ligera molestia que no dejaba de recordarle lo ocurrido.

—La compañera de un *tygrain.* —Se recordó, como si el decirlo en voz alta pudiese darle más sentido—. Y él es mi pareja, mi verdadera pareja.

Él había sido el responsable de aquellas mariposas. De manera indirecta, sí, pero su magia parecía ahora más cerca de la superficie, más presente y sabía que eso era gracias a él.

—Mariposas. —Calibri se miró las manos preguntándose cómo había sido capaz de hacer aquello—. Mariposas de luz.

Movió los dedos de la manera en que le habían enseñado de niña, cuando todavía podía tejer los débiles hilos de la magia que poseía por aquel entonces. Podía sentir ese cosquilleo bajo

sus yemas, sentir los filamentos conectando desde la tierra por debajo del suelo a sus dedos, pero cuando intentaba darles forma solo obtenía unas chispas de luz tan débiles que resultaban vergonzosas.

—Bueno, no es cómo si fueses a dedicarte a la pirotecnia, ¿no? —rezongó para sus adentros y sacudió las manos rompiendo su concentración—. No. Nada de pirotecnia.

Obligándose a pensar en cualquier otra cosa que no fuese su presunto novio, se dedicó a darle el último repaso a la tienda antes de irse al banco. Estaba a punto de apagar las luces y salir por la puerta cuando empezó a sonar el teléfono desde el interior del bolso. Calibri se quedó mirando la pantalla nada más recuperarlo, descolgó y se lo llevó a la oreja con un gesto casi mecánico.

—¿Emily? —Pronunció el nombre de su hermana—. ¿Va todo bien?

Su gemela dejó escapar un pequeño suspiro de lo que solo podía ser alivio.

—Eso es lo que quisiera saber yo, Cali —respondió al otro lado del teléfono—. ¿Qué demonios has hecho? He sentido que algo se rompía y venía de ti.

Parpadeó un par de veces ante la inesperada preocupación en la voz femenina.

—¿Estás bien? Solo dime que no te ha explotado la cabeza o…

Ahora fue su turno de suspirar, pues acababa de entender a lo que se refería su hermana.

—He encontrado a mi pareja y creo que, de alguna manera, él ha liberado o amplificado mi magia —respondió con suavidad—. Todavía no estoy muy segura.

La línea se quedó en silencio durante tanto tiempo que miró la pantalla por si se había cortado la llamada.

—¿Emily? ¿Sigues ahí? —la llamó—. ¿Emi?

—Perdón. Sí. —La voz de su gemela sonó ahora casi ahogada—. No me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No —respondió y añadió sin pensar—. Mi pareja es un *tygrain.*

A juzgar por el sonido que escuchó procedente del otro lado de la línea habría jurado que sonaba como si se hubiese caído el teléfono al suelo.

—¿Emily?

—¿Te has intoxicado con algo? ¿Has estado practicando de nuevo con ingredientes extraños? —No le sorprendió lo más mínimo la respuesta—. ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, bueno. Yo era de la misma opinión hasta que acabé con una estrella de bruja en el cuello y convocando una nube de mariposas de luz sin darme siquiera cuenta —admitió con un resoplido. No pensaba entrar en detalles—. Por supuesto que sé lo que digo. Sé lo que siento en él, lo que he visto en sus ojos, esa otra naturaleza que siempre está presente. Puedo decir con total seguridad que mi pareja no es ni humana, ni brujo y que ronronea como un gato.

Volvió a hacerse el silencio en la línea, aunque esta vez fue mucho más breve.

—Sentí que algo se rompía y esa ruptura venía de ti —musitó Emily en un tono tan bajo que le costó captar sus palabras—. Fue tan intenso que pensé que te había ocurrido alguna cosa…

En el pasado, cuando ambas eran unas niñas, solían percibir si algo iba mal con la otra, pero entonces el caudal de magia era más intenso en ellas y todavía primitivo. Como brujas gemelas no era tan extraña ese tipo de conexión, pero tras alcanzar la mayoría de edad y con la merma de su magia, ese vínculo había quedado atrás. Al menos hasta ahora.

—Estoy bien —le confirmó. O todo lo bien que podía estar dadas las circunstancias, pensó a su vez—. Sigo siendo la gemela mayor por seis minutos.

Escuchó un bufido procedente del otro lado de la línea y sonrió.

—Una grandísima diferencia —contestó ella ahora con su tono habitual ironía—. ¿Estás segura de que es quien dice ser y no te está tomando el pelo?

—Es difícil pasar por alto algo como esto —admitió pensando en todo lo ocurrido desde la mañana anterior—. Quizá no sea una experta en el tema, pero hay cosas que no se pueden simular, que están ahí y te hacen señales como un cartel con luces de neón. Cosas que nunca creí que llegaría a experimentar.

—Somos *witcherias*. Brujas. Todas nacemos con la marca, el que aparezca o no ya depende del destino —declaró con total convicción—. Está claro que los rumores que circulaban por el aquelarre son reales. Los *tygrain* no son solo cuentos de viejas, existen de verdad.

—Puedes dar los rumores por confirmados. Mi compañero conoce a la pareja en cuestión. Uno de sus congéneres está vinculado a una *witcheria.* Nuestra existencia también era un misterio para ellos, hasta que esa bruja se cruzó en el camino de ese *tygrain.*

Lo mismo que había ocurrido ahora con Sin y ella misma.

—El mundo está cambiando —la escuchó murmurar—, no van a poder seguir tapando el sol con un dedo, esos días han quedado atrás.

Entendía a qué se refería, ambas habían sido víctimas de esa inamovilidad y de la resistencia a aceptar los cambios en una comunidad como la suya.

—Me alegra que al fin hayas encontrado a alguien en tu camino, Calibri —añadió su hermana ahora en voz alta—. Solo asegúrate de que es la persona correcta.

—Lo es. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese pensar siquiera en ello—. Lo es, Emily. Es la persona correcta para mí.

Intercambió un par de comentarios más con ella antes de que su gemela diese por terminada su llamada y se despidiese con un simple «hablamos». Calibri se quedó con el teléfono en la mano incluso un buen rato después de que hubiese colgado, no podía dejar de pensar en sus propias palabras y en la verdad que encerraban.

CAPÍTULO 15

—Lo reconozco. Estoy sorprendido. No esperaba que aceptases mi invitación —mencionó Sin echándole un vistazo mientras mantenía su atención en la carretera.

—¿Negarme a una inesperada jornada de senderismo por la inmediaciones del parque nacional? ¿Dónde los únicos que pueden aparecer de entre las ramas son los pájaros y algún senderista ocasional que no tienen el más mínimo interés sobre ti o sobre mí? —replicó volviéndose hacia él desde el asiento del copiloto—. Me lo pusiste en bandeja, Sin.

Sonrió de soslayo ante la ironía que escuchaba en su voz. No podía decir nada al respecto, pues había visto por sí mismo el repentino interés que suscitaba su relación entre algunos de los miembros del pueblo. Calibri no había exagerado al decir que los rumores correrían como la pólvora, poco después del mediodía era evidente que todo aquel que conocía a su compañera tenía algo que decir al respecto.

La había interceptado al salir del banco. Ni siquiera tuvo que llamarla para preguntarle dónde estaba, el vínculo que los unía le permitía encontrarla en cualquier lugar. Con un solo vistazo supo que tenía que sacarla de allí. Conocía esa mirada, el agobio que bailaba en sus ojos y que no se aplacaría a menos que tuviese un poco de calma para procesar todo lo que tenía encima.

Podría haberle sugerido volver a comer en el merendero del lago, pero desechó la idea tan pronto como el vívido recuerdo de su interludio le pasó por la cabeza. No se conformaría solo con eso, no ahora que era suya. Así que optó por una proposición aparentemente inocente y conveniente que los sacase a ambos del radar durante unas cuantas horas al menos y a la que su compañera no pudo inconveniente alguno.

—Me he pasado toda la mañana esquivando preguntas incómodas y respondiendo con sonrisas, hasta que se me agotó la paciencia y amenacé a todo el que traspasase la puerta de la tienda que más les valía comprar algo si entraban, sino, podían quedarse fuera —resopló y se

hundió un poco más en el asiento—. Al menos he hecho caja. He vendido todo el género de hoy. Solo ha quedado lo que traje.

—Bueno, te ha salido bien la jugada —admitió intentando no reírse—. Tus ventas se han incrementado el día de hoy.

—Espero no tener que repetirlo, pero me da que no va a ser tan sencillo. —Dejó escapar un suspiro y se volvió hacia él—. ¿Ha ido bien la entrevista con Fredy?

Le echó un nuevo vistazo y asintió.

—Tenías razón al decir que es un tipo peculiar, aunque confío haberle caído en gracia —respondió con naturalidad—. Diría que he ganado puntos con él cuando le he puesto a punto el *quad*. Es un milagro que no se quedara tirado antes en medio de la reserva con esa cosa, un jodido milagro.

—Espera, ¿cómo que le has puesto a punto el *quad*? ¿Es que también eres mecánico?

—No, pero tengo un buen amigo que sí lo es y no es la primera vez que le echo una mano, sobre todo con ese tipo de vehículos —le dijo y se encogió de hombros—. Al final aprendes una cosa o dos y para este trabajo ha resultado ser de lo más útil.

—¿Hay algo que no se te dé bien?

—Cantar. Canto fatal, pero ronroneo de lujo.

La risa suave y cálida de su compañera llenó el vehículo de forma inesperada. No había visto reír a Calibri, no de esta manera y la experiencia enterneció incluso a su gato. Parecía vibrar con una sintonía propia, una que su lado tygrain empezaba a asimilar también como parte de él.

—Menos mal, porque me habría empezado a preocupar si me hubieses dicho que ladras —aseguró Calibri entre carcajadas.

—Mi lado felino se siente ofendido por tus palabras, que lo sepas. Y no se contentará a menos que le des mimitos.

—*Misi-misi-misi… Ea, ea, ea, gatito. Venga, ya está* —empezó a canturrear, lo que acabó por hacerlo reír a él también.

—Este gatito te va a dar un mordisquito en el culo, avisada estás —señaló al tiempo que reducía para tomar el desvío—. Y voy a disfrutarlo como nunca.

—Pero mira que eres pervertido.

—No puedes ponerle un filete a un tigre delante y pedirle que solo le dé un par de lametones, cariño —replicó él—. Este tigre quiere el menú completo.

—Hablando de menús. Dijiste que ya habías cogido algo para comer, ¿dónde está? —le preguntó girándose.

—¿Ya tienes hambre?

La mirada que captó de soslayo le dio la respuesta, aunque posiblemente no fuese la que ella tenía en mente.

—Mi estómago empezará a rugir de un momento a otro, solo dale tiempo —mencionó antes de volver a sentarse bien.

—Ya estamos llegando. Aparco el coche y solo tendremos que caminar unos diez minutos, lo prometo.

—¿Diez minutos caminando por dónde exactamente?

—No seas melindrosa.

—No lo soy, pero convendrás conmigo en que no traigo precisamente ropa o calzado para pasear por el medio de la montaña. —Se señaló a sí misma con ese vestido ligero y unas *Converse* a juego—. Si hubiésemos pasado por mi casa, tal y como te pedí, ni me plantearía la pregunta.

—Ya habrá tiempo para que salgamos de acampada, Calibri, por ahora solo vamos a comer y disfrutar juntos de unas cuantas horas lejos del mundanal ruido y de preguntas incómodas —le dijo y enfiló el último tramo que conducía a uno de los parkings del extenso parque nacional—. He estado viniendo por aquí casi cada día desde que me mudé. Es una zona tranquila, sin mucha afluencia y alejada de las típicas áreas en las que recalan los turistas. Perfecta para estirar las patas.

Detuvo el coche en el área de parking y maniobró hasta dejarlo listo para salir a su vuelta. Como había supuesto, no se veía ningún vehículo más en aparcado.

—Así que aquí es a dónde vienes a *estirar las patas* —repitió sus palabras con una pizca de curiosidad en la voz.

—Si te portas bien, luego te presento a yo felino —le dijo tras apagar el motor, quitarse el cinturón de seguridad y bajar del coche—. Me encanta que me rasquen detrás de las orejas, por cierto.

Ella no se movió de su asiento. Se quedó allí, mirándole a través del vehículo como si estuviese esperando que se echase a reír o le dijese que era una broma.

—¿Bajas? —preguntó inocente.

—No pienso rascarte las orejas —rezongó un segundo antes de quitarse el cinturón y bajar del coche—. No hasta que… te conozca mejor.

—Nena, ya me has visto desnudo y has tenido mi polla en tus manos, si eso no es conocerme mejor, no sé qué puede serlo —admitió dirigiéndose a la parte de atrás para sacar del maletero una pequeña nevera portátil y una mochila—. Por no hablar del delicioso momento de esta misma mañana en la ducha…

La vio llevarse la mano al lugar exacto en el que la había mordido, dejándole su marca, mientras el rostro se le volvía de color rojo.

—No te he preguntado antes, ¿te molesta? —Gesticuló hacia su mano.

—Me pica… —admitió en un hilillo de voz que a Sin le pareció de lo más tierno—. De

vez en cuando.

Se mojó los labios ante la necesidad que creció en su interior con tan solo imaginarse acariciándola de nuevo con la lengua, saboreando su piel. Su mentado sexo palpitó haciéndole consciente de su deseo, uno que no había dejado de torturarle durante toda la jodida mañana.

Se obligó a respirar hondo, pero hacerlo trajo consigo un aroma inesperado y picante, el de la propia excitación femenina.

—¿Puedes cerrar la puerta del maletero por mí? —pidió y notó su voz ronca mientras daba un paso atrás—. Y quédate con las llaves.

Si tan siquiera la rozaba ahora, se olvidaría de la comida, del paseo y la devoraría a ella en el asiento de atrás del puñetero vehículo. Y aunque la idea le parecía de lo más apetecible, no quería comportarse de esa manera con ella. No era un polvo cualquiera, era su compañera, la única para él, alguien a quien ardía en deseos de conocer también fuera de la cama.

Calibri no hizo comentario alguno sobre su petición. Cerró y dejó caer las llaves en el bolso de bandolera que llevaba cruzado sobre su cadera y empezó a caminar junto a él.

Tal y como había prometido, tras diez minutos de caminata, a través de uno de los senderos y un pequeño desvío en el último momento, terminaron en el lugar al que quería traerla desde que la dejó esa misma mañana en la pastelería. El sonido del agua del arroyo que discurría paralelo al sitio en el que habían recalado proporcionaba un ambiente agradable, un par de troncos caídos les sirvieron como improvisados bancos y el mullido suelo hizo a la vez de mesa.

—¿Y bien? ¿Era necesario cambiarse de ropa? —preguntó inocente mientras ella terminaba de disponer la improvisada mesa con lo que había dentro de la nevera portátil y la mochila. Calibri levantó la cabeza y le dedicó una de esas miradas que, aun cuando pretendían mandarlo a la mierda, le encendían como una jodida cerilla—. Este es uno de los rincones más próximos al camino central. Lo encontré de pura casualidad cuando me desvié del sendero, el sonido del agua me atrajo hasta aquí.

—Te concedo un mini punto por el tema de la ropa. —Calibri levantó la cabeza y los rayos de sol que se colaban entre las copas de los árboles le acariciaron el rostro—. Y otro por la tranquilidad que se respira aquí y por el inesperado pícnic que has conseguido preparar en tan poco tiempo.

—Así que dos mini puntos —replicó fingiéndose pensativo—. ¿Cuántos de esos tengo que juntar para obtener el premio?

—¿Quién ha hablado de un premio? —Se eludió con fingida inocencia.

—Tus mini puntos deberían traer consigo algún aliente, cariño —chasqueó la lengua—, haría que me esforzase un poco más en conquistarte.

—¿Estás intentando conquistarme?

—Por supuesto que sí, eres mi compañera, es un requisito indispensable, como el de

meterme en tus bragas.

—Ahí ya te has metido —le soltó ella de forma tan directa que no pudo evitar sonreír. Cristo, Calibri era la horma de su zapato.

—En realidad soy de los que prefiere sacártelas.

—Cosa que también has hecho —añadió llevándose una vez más la mano a la curvatura entre el cuello y el hombro.

Sin abandonó su improvisado asiento y se acercó a ella desde atrás, se arrodilló para quedar a su altura y le retiró la mano. Se había cubierto la piel de su marca con una tirita con muñequitos, lo cual no estaba muy seguro de cómo le hacía sentirse.

—Como no va a picarte si le pegas estas cosas… —murmuró bajándole la manga del vestido y retirando el apósito antes de que ella pudiese decir algo al respecto. La piel en torno a su marca estaba enrojecida por el adhesivo y las heridas de su mordisco seguían frescas—. Quédate quieta.

—Ni se te… ocurra. —La última palabra salió de la boca femenina como un suspiro de puro alivio tras la primera pasada de su lengua—. Esto no es precisamente higiénico, ¿sabes?

—Me llevaría mucho tiempo explicarlo, así que, quédate con que soy un *tygrain* y no transmito enfermedades —replicó contra su piel, la cual había quedado expuesta a su contacto—. Y que esta es la única manera en que mi mordisco cicatrice pronto y no te frotes la piel como si tuvieses una urticaria.

—Tú eres el que me produce dicha urticaria.

—Mentirosa —replicó presionando un beso sobre la herida para luego recolocarle la ropa —. Te produzco de todo, pero eso no precisamente.

—¿Solo porque eres un *tygrain* ya crees saberlo todo?

—No, ni mucho menos —negó y le apartó un mechón de pelo de la cara—. De ti todavía no sé muchas cosas, pero me gustaría. Cuanto más tiempo paso contigo y más te conozco, más quiero saber sobre ti, Calibri. Así de interesante eres para mí.

—¿Qué te gustaría saber?

«Todo».

Ella abrió los ojos de golpe y dio un respingo.

—¿Qué has…?

Sin frunció el ceño y ladeó la cabeza.

«¿Puedes oírme de esta manera?».

El nuevo respingo que pegó y la forma en la que se llevó los dedos a la sien le dieron la respuesta.

—Ah, no. Eso sí que no —Sacudió la cabeza con energía—. Nada de meterte en mi cerebro.

—No se trata de tu cerebro, es parte de nuestro vínculo como compañeros —le informó en voz alta.

—Es una intrusión en mi intimidad —sentenció y se habría levantado de golpe si él no la hubiese detenido.

—Calibri, no puedo leer tus pensamientos, no funciona así —la tranquilizó—. Piensa en ello como una línea privada entre nosotros, solo para los dos. Si quieres que escuche algo, tienes que dirigirlo a esa línea.

Vio que la desconfianza seguía presente en sus ojos, entonces le soltó.

—Dime que estoy pensando ahora.

—No tengo ni idea, no practico la telepatía, aunque ahora que te conozco un poco diría que o me estás insultando o recitando alguna estupidez.

—Lo segundo… —admitió ella.

«Si puedes oírme así, también puedes responderme». Proyectó a través del vínculo que los unía y en el cual podía percibir ahora una mezcla de emociones femeninas que iban desde la incomprensión a la sorpresa y de esta a la desconfianza. *«Solo piensa lo que quieres decirme, concéntrate en mí y lo escucharé».*

«Probando. Uno, dos, tres. Probando».

Sin rio entre dientes y asintió sin pronunciar una sola palabra en voz alta.

«Recibido alto y claro, compañera».

—¿Es siempre así? ¿Para tu gente?

—Entre *tygrain*, sí, podemos comunicarnos los unos con los otros de esa manera. Es parte de nuestra naturaleza sobrenatural —afirmó y añadió—. Entre compañeros es más privado, solo entre nosotros, ya que procede del vínculo que forjamos al emparejarnos.

—Pero no leéis la mente.

—A día de hoy no he conocido ningún *tygrain* que lo haga.

Fue consciente del momento en que se relajó por completo, así como de la chispa de curiosidad que bailaba ahora en sus ojos, unos que brillaban de nuevo con el eco de la magia que chisporroteaba en su interior.

«Me gusta la tarta de manzana casera, no me cuesta madrugar y a veces me quedo mirando las nubes intentando imaginarme lo que parecen». Escuchó ahora en su mente con meridiana claridad y también notó el esfuerzo y la confianza que requería para la chica compartir todo aquello con él. *«Últimamente mi boca va más rápida que mi cerebro, digo lo primero que se me pasa por la cabeza y cuando me doy cuenta me muero de la vergüenza. Y por cierto, odio la ensalada de cebolla».*

Y aquello último lo dijo señalando el bol que no se había molestado ni en desprecintar.

—Lo siento. No puedo con ella.

—Nada de ensalada de cebolla —confirmó y apartó el bol de su vista—. Listo. ¿Alguna cosa más?

—Solo una —admitió y la manera en que se revolvió y se lamió los labios lo llevó a enarcar una ceja de pura curiosidad—. ¿Podemos comer ya?

Antes de que pudiese contestar con una de sus preguntas duales, el estómago de su compañera gruñó a modo de advertencia y no pudo hacer más que sonreír en respuesta.

—*Bon apetite*, cariño.

La sonrisa que curvó los labios de la chica le provocó una punzada, pero no era de deseo, se dio cuenta, sino de algo más profundo, algo que empezaba a germinar en su interior con una rapidez que solo podía entender un *tygrain* que acabase de reclamar a su pareja de vida.

CAPÍTULO 16

—Esta mañana he recibido una llamada de Emily. Le he hablado de ti o más bien, de que he encontrado a mi pareja y es un *tygrain*.

Calibri dejó que las palabras saliesen de su boca con total naturalidad. No le costó hacerlo, en el último par de horas habían hablado de todo, de sus respectivas familias, de sus gustos y aficiones, de las comidas que adoraban u odiaban. En cuanto empezó a dejar salir las primeras palabras todo fue más sencillo, compartió con Sin no solo aquello que la agradaba, que la hacía sonreír, sino también lo que la disgustaba y le arrancaba lágrimas. Y él hizo lo mismo por ella, se abrió por completo y respondió sin dudar a sus preguntas, se mostró tal cual era permitiéndole conocer al hombre que se ocultaba detrás del *sexy tygrain.*

Su conversación había estado acompañada por la comida y la botella de vino que casi habían terminado entre los dos. Sin duda era esta última la que le estaba soltando la lengua, pero en cierto modo también era un alivio poder compartirlo todo con alguien de esa manera.

—Emily y yo somos gemelas. Una rareza entre las *witcheria*. Dos hijas nacidas brujas significa una mayor cantidad de poder, pero en nuestro caso la cosa no salió bien. Digamos que las cosas no se dieron como había previsto nuestra madre. —Hizo una pausa y se lamió los labios —. Nuestra magia, el don primigenio con el que nacimos, debería haberse incrementado al alcanzar la mayoría de edad, pero no fue así. Más bien todo lo contrario, en un abrir y cerrar de ojos pasamos de ser capaces de entretejer nuestra magia a perder gran parte de esa capacidad. Dejamos de ser el orgullo del coven y nos convertimos en un rotundo fracaso en un abrir y cerrar de ojos. Si me pides mi opinión, eso no fue tan malo, pues nos permitió dejar atrás la encorsetada educación del coven y tomar las riendas de nuestras respectivas vidas.

Giró la copa que tenía en la mano y en la que ya solo quedaba un culín de vino y optó por dejarla a un lado.

—La cosa es, de algún modo, el haberme vinculado contigo le ha hecho algo a mi magia —admitió echando la cabeza atrás y mirando el cielo azul entre las copas de los árboles—. Es posible que el que compartamos un vínculo haya desbloqueado mi magia. Emily me lo sugirió y no lo encuentro tan descabellado. —Estiró el brazo y se concentró en el cosquilleo que notaba bajo la yema de los dedos, un momento después, esas chispas de luz volvieron a cobrar vida

durante unos segundos—. Aunque esto es lo máximo que consigo hacer ahora.

—Tu magia ha cambiado, puedo olerla y sentirla también a través de nuestro vínculo —mencionó Sin—. Es una parte más de ti, como si fuese un perfume que siempre ha estado, pero que se ha hecho de repente más intenso. Y huele bien, muy bien.

—¿La magia huele?

—La tuya huele a ti —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. A bizcocho.

—Huelo a bizcocho.

—Uno delicioso.

—Creo que nadie me había dicho jamás algo semejante —aseguró divertida—. Ahora entiendo por qué me miras como si fuese un sabroso filete. No, un filete no, un bizcocho.

—Te miro de esa manera porque me muero de ganas de arrancarte la maldita ropa y follarte —replicó alzando su copa en un burlón brindis—. Y sé que lo conseguiré antes o después.

—¿Eso ha sido un gruñido?

—Mi gato opina lo mismo que yo.

—Hablas de tu gato como si fuese una parte de ti y no tú.

—Es una parte de mí y soy yo —respondió, le dio un sorbo al vino y dejó su copa también a un lado—. Es mi yo más instintivo y salvaje. Cuando cambio de piel no tengo que pensar como un ser humano, mi mente se libera de alguna manera del encorsetamiento propio de los hombres y todo se simplifica. Sigo siendo consciente de quién soy, de lo que está bien y lo que está mal, de lo que hay a mi alrededor, pero no tengo que perder el tiempo en discusiones, ni en pensamientos que no me llevan a ningún lado. Es liberador. Por eso he estado viniendo aquí estas últimas dos semanas, para deshacerme de la rabia acumulada y de un rencor que no deseo sentir hacia alguien que ni siquiera merece que la recuerde.

—No entiendo como una mujer puede caer tan bajo —admitió y no pudo evitar escuchar su propia rabia al respecto. Sin había vuelto a mencionar el motivo de su llegada a Brookefalls y esta vez le habló de esa tal Leila Griffin, de su falsa acusación y de cómo había terminado en comisaría bajo unas acusaciones fraudulentas. De cómo, a pesar de haberse aclarado todo, de confirmarse su inocencia y destapar la pantomima de esa mujer, prácticamente le invitaron a abandonar su puesto de trabajo para ahorrarle así el despido. Había llegado al pueblo para darle la espalda a todo aquello y dejar atrás un par de meses realmente malos—. Vivimos en un mundo de mierda si nos permitimos llegar a semejantes extremos.

—La mayor parte del tiempo lo hacemos, Calibri, por eso acabamos huyendo —admitió él encogiéndose de hombros—. Buscamos escapar de él y encontrar un lugar mejor, uno en el que ser libres, en el que encajemos por fin.

—Supongo que yo lo he encontrado en Brookefalls —asintió pensativa.

—Parece que ambos lo hemos hecho —confirmó poniéndose en pie y desperezándose a continuación—. Y al mismo tiempo no encontramos encontrado el uno al otro, así que salimos ganando.

Sí, de alguna forma, aquello era verdad.

Calibri se quedó mirando esa figura alta y musculosa que se estiraba y contoneaba igual que un enorme felino. Había algo en él que mostraba la dualidad de la que estaba hablando, una que si bien no era visible en esta encarnación, parecía envolverle igual que una especie de aura pegada a su piel.

Y entonces lo vio. Solo fue un instante, un fogonazo que le atravesó la mente, pero vio esa otra naturaleza. Era algo primitivo y salvaje, la mismísima esencia de la que había nacido ese hombre, una que no podía ser enjaulada y que la llamaba como si ella le perteneciese.

—¿Sin?

—¿Huh? —Giró la cabeza en su dirección.

—¿Podrías presentarme a tu gato? —Tan pronto como las palabras salieron de su boca se estremeció. Esta vez no era un pensamiento que escapase a su control, era algo más profundo que canturreaba en su interior y que reconoció como parte de ella. Él se volvió entonces por completo y los ojos que la miraron, los que se encontraron con los suyos ya no eran solo humanos, había algo más, algo animal—. ¿Me enseñarías esa otra parte de ti?

—¿Estás segura? —Su voz sonó ronca y a la vez oscura.

—Sí —asintió con la cabeza.

—En ese caso…

Su figura pareció desdibujarse, como si quien estuviese delante de ella fuese una especie de holograma y no un hombre de carne y hueso. Se creó una densa neblina en torno al cuerpo masculino hasta que este quedó engullido por ella, entonces esa misma neblina empezó a deshacerse y lo que emergió de su interior le heló la sangre y le cortó la respiración.

Calibri sintió sobre su piel el cosquilleo de un poder sobrenatural, una huella similar a su magia que procedía del enorme tigre de bengala que ahora se alzaba sobre sus cuatro patas ante ella. El bosque a su alrededor pareció enmudecer de repente o quizá fueron sus oídos los que se quedaron sordos a todo, excepto el latido de su propio corazón.

«¿Todavía recuerdas como se respira, compañera mía?».

La voz sonó en su cabeza, igual que había hecho antes, pero era más profunda y densa que la de Sin, aun cuando no tenía la menor duda de que era suya.

—Ay, madre —jadeó y acabó tosiendo en un intentó tomar una bocanada de aire.

El gran felino se sacudió de la cabeza a la cola. Era un ejemplar bellísimo y enorme, puro salvajismo concentrado en una bestia de al menos doscientos kilos que podría acabar con su vida con solo saltarle encima.

«Exagerada».

—Dijiste… Dijiste que no podías leerme la mente —acabó contestando en voz alta a lo que había escuchado en su cabeza.

«No necesito leerte la mente. Lo has dicho en voz alta».

—Mierda.

Volvió a contener el aliento cuando el tigre continuó su avance hasta ella. La rosada lengua abandonó una boca llena de dientes para darse un paseo por la húmeda nariz, los ojos dorados seguían fijos en ella con una inteligencia que no era propia de un animal.

—Grande. Enorme. Una jodida mole. —Enumeró con cada paso que el felino dio hacia ella—. No me comas.

Resopló. El tigre de verdad resopló y acabó sentándose sobre sus cuartos traseros. La larga cola anillada barrió el suelo de un lado a otro, pero fueron esos ojos y la forma en que posicionó las orejas lo que le aportó expresión a su peludo rostro.

«No me llegarías ni para un tentempié».

—Ay, madre —gimió al mismo tiempo que se daba cuenta de que no podía moverse. No sabía si era porque estaba petrificada por el miedo o por todo el vino que había tomado y que impedía que coordinase bien—. Vale. Ya me ha quedado claro. Eres grande y precioso. Un pedazo tigre de cojones. Ya puedes volver a tu encarnación de dos patas. ¡Piernas! ¡Quería decir piern…!

No terminó la frase porque esa enorme y rasposa lengua le pegó tal lametón en la cara que la dejó sin habla.

«Tranquila, compañera. Sigo siendo yo». Escuchó de nuevo en su mente, pero todo lo que podía hacer a estas alturas era ver como esa mole de pelo naranja y rayas negras empujaba la enorme cabeza hacia ella y se restregaba contra su cuerpo. *«Levanta esas preciosas manitas y ráscame detrás de las orejas, anda».*

Ronroneos. El puñetero tigre estaba ronroneando, se dio cuenta al escuchar ese característico sonido.

«Ya te dije que se me daba de lujo». Aseguró y acto seguido lo escuchó suspirar en su mente. *«Oh, Dios. Estoy en la gloria».*

Le estaba acariciando. Tenía los jodidos dedos hundidos en ese suave y cálido pelo, aunque no sabía cuándo los había llevado allí. No importaba, la verdad es que ya le daba exactamente igual todo, la experiencia era indescriptible.

Calibri dejó escapar una risita y ni se lo pensó, abrazó esa enorme cabeza y pegó su rostro a ese pelo. Su aroma le era familiar y eso también igual de absurdo que la temeridad que estaba cometiendo. Pero este era Sin, *su Sin*, su pareja y ese conocimiento parecía anular todo lo demás.

Cerró los ojos y respiró hondo dentro de ese pelaje, sus dedos se movieron y encontraron

las duras y cálidas orejas y le acarició allí, en ese punto exacto que hacía que los ronroneos se hiciesen incluso más fuertes.

«Tenía que encontrarte para sentir que estoy en el paraíso, es un hecho». Escuchó de nuevo en su mente. *«Mi compañera, mi preciosa y dulce compañera»*.

—Un tigre, tengo un jodido tigre en mi regazo —Se echó a reír, pero aquella era la descripción más acertada de la situación. Ese enorme felino se había recostado contra ella como si fuese un gato doméstico—. Y pesas un montón, que lo sepas.

«¿Me estás llamando gordo?».

—Bueno, debes de pesar, ¿qué? ¿Dos toneladas?

«La última vez que me pesó Dana estaba cerca de las tres».

Dana era su mejor amiga, recordó, una veterinaria a la que había conocido dos años atrás, después de que esta le atropellase. Una historia de lo más rocambolesca, sobre todo porque la chica se encontró con que el felino al que había golpeado con su coche acabó convirtiéndose en hombre delante de sus narices.

—Vale. Estás gordo.

No sabía si los tigres podían resoplar, pero desde luego, este lo hizo justo antes de ponerse en pie y sacudirse de nuevo de la cabeza a la cola.

«Ahora sí que me has ofendido».

Se volvió como una estrella de cine ofendida y le pasó la larga cola anillada por el rostro con una suavidad controlada.

Las carcajadas emergieron de su garganta y acabó riéndose de pura alegría hasta el punto de saltarle las lágrimas.

—Ay, Sin, eres todo un *Drama Queen.*

Del mismo modo en que se había iniciado antes la transformación, volvió a ver desaparecer la figura felina para reaparecer el hombre en toda su *sexy* y masculina gloria.

—Sí, tú ríete, compañera, ríete mientras puedas —le dijo caminando de nuevo hacia ella, esta vez sobre sus dos piernas, pero todavía con el acechar de su tigre—, porque vas a acabar suplicando piedad en un momento.

La risa se le atascó en la garganta, pero no porque sus palabras le causasen miedo o preocupación, sino por su tono, ya que prometía el mismo calor que veía ahora en esos ojos felinos.

—¿Perdón? —sugirió inocente mientras él se acuclillaba delante de ella y le ceñía el mentón entre el índice y el pulgar.

—Demasiado tarde —aseguró bajando sobre su boca sin llegar a rozarle siquiera los labios —. Ahora vas a ser toda mía.

El ardiente beso que le obsequió ahogó cualquier posible respuesta en el momento.

CAPÍTULO 17

Sin no estaba muy seguro de quién iba a hacer suplicar a quién. En el momento que la tuvo atrapada contra el tronco de un árbol, con el canesú del vestido dejando a la vista sus cremosos pechos fuera del sujetador y la falda en torno a la cintura desnudando sus caderas y esas preciosas y largas piernas, supo que estaba perdido.

Tenía ganas de ronronear. Se sentía pletórico, su parte felina estaba calmada y tan satisfecha como si se hubiese zampado un enorme filete. Sentir las manos femeninas sobre él, la cara enterrada en su espeso pelaje, su cuerpo pegado al de su tigre era algo que no olvidaría en la vida. De un modo primitivo y salvaje se sentía parte de ella, reclamado por Calibri de la misma forma en que él lo había hecho. No era necesario que pusiera una marca en su piel, pues ya la había dejado en su alma.

¿Existía algo así como el amor instantáneo? Quizá fuese una exageración, con toda probabilidad se trataba del deseo y la lujuria que agitaba su cuerpo, pero no podía dejar de verla como lo más bonito que tenía. Ella era suya, tanto como podía serlo una parte de él y eso lo llenaba por completo.

Resbaló una de las manos sobre la suave y caliente piel del muslo que sostenía a la altura de su cadera y se abrió paso entre sus piernas. Podía oler la excitación femenina, notar la humedad que brotaba de su sexo y que actuaba como un puñetero afrodisíaco para sus sentidos. Las braguitas se habían esfumado hacía ya un rato. Fue todo un espectáculo ver como Calibri se las quitaba entre calientes insinuaciones que lo mantuvieron en todo momento al filo de la navaja. La idea de arrancarle el maldito vestido, introducirse en su interior y follarla sin contemplaciones le había pasado unas cuantas veces por la cabeza en los últimos minutos, solo su parte racional, la que aún mantenía un hilo de cordura, impidió que llegase tan lejos.

—Me tienes al borde, cariño, lo juro.

Su deseo por ella no hacía más que aumentar. Durante la comida no pudo quitarle los ojos de encima, saboreándola incluso sin tocarla, solo con la mirada y ya no podía más. Necesitaba hacerla suya una vez más, perderse en su cuerpo hasta que ninguno supiese dónde empezaba uno y acababa el otro.

—Tus ojos… —murmuró ella y sus manos estuvieron entonces allí, acunándole el rostro —. Puedo ver también a tu tigre en ellos.

No le sorprendía lo más mínimo, le sentía bajo la piel, tan cerca de la superficie que sus dos naturalezas se fundían en una sola.

—¿Eso te asusta?

Sacudió la cabeza y su pelo, ahora suelto a causa de las veces en que introdujo los dedos en él mientras la besaba, se agitó en torno al dulce rostro.

—Me excita. —Parecía sorprendida al decir aquello—. Eres tú… sois uno solo.

—Lo somos —admitió y ladeó la cabeza para besar la palma de la mano que encontró en el proceso—. Y somos tuyos del mismo modo que tú eres nuestra. Mía, pues somos uno y el mismo.

Los ojos marrones se encontraron con los suyos. Había deseo, uno intenso y puramente carnal, tan desesperado como el suyo propio, pero también había algo más, un brillo de poder que daba nombre a la mujer que tenía bajo él. La magia de Calibri burbujeaba en su interior, podía sentirla como una corriente de luz subyacente, una ola de energía cruda y primitiva que se extendía bajo su piel lista para salir a la superficie y envolverse en torno a él. De algún modo le reconocía como un igual, como si ambos fuesen parte de lo mismo y a la vez uno solo. Era difícil ponerlo en palabras, pero ese era el razonamiento más claro que podía extraer al respecto.

—Mi gato te desea tanto como yo —le dijo contra la palma de la mano antes de besársela —. Desea follarte tanto como yo, no hay nada que desee más en estos momentos.

—Tu voz… —murmuró ella y sus dedos resbalaron hacia su garganta, acariciándole la nuez con las yemas—. Le escucho en ti.

—Mi naturaleza felina está muy cerca de la superficie —admitió buscando ahora su mirada —, esto es lo que soy, lo que somos los *tygrain*. Ni completamente humano, ni completamente tigre, sino ambos y uno solo.

—*Mi tygrain*… —musitó. Los dedos femeninos se deslizaron sobre su clavícula y ascendieron hacia sus hombros. Le acariciaba como lo haría alguien que quiere tranquilizar a una fiera salvaje, con mimo y cuidado y una infinita ternura—. Mío. —Se lamió los labios y se pegó a él en busca de su boca—. Fóllame, Sin. —Su voz sonó tan sensual y erótica que se derritió por completo—. Quiero sentirte dentro de mí y ser parte de ti, de todo tú.

Su miembro palpitó ante el significado de esas palabras y lo puso aún más duro si es que era posible. Su gato ronroneó a través de su garganta, se acopló a su piel y esta manifestó su presencia en la forma de tenues líneas negras sobre un fondo canela. Nunca le había sentido de esa manera, pero era asombroso y correcto, no existía dualidad alguna, solo una unidad que no admitía calificativos de ningún tipo.

—¿Sin?

—Te he esperado toda mi vida y aquí estás. —Su voz sonó espesa, mucho más gruesa y profunda—. Mía. Mi compañera, mi mujer, la única capaz de completar mi alma. —La empujó

contra el tronco del árbol y se abrió paso en su interior, hundiéndose en ella poco a poco—. Mía, Calibri, eres toda mía.

Poseyó su boca con hambre, se bebió sus gemidos y disfrutó de esa pecaminosa lengua que se unió de inmediato a la suya mientras los mantenía a ambos completamente unidos.

—Sin… —jadeó ella en su boca—. Hazlo, solo hazlo, por favor. Te necesito. Fóllame.

—Hasta que supliques, Cali, hasta que supliques.

Se entregó por completo a la lujuria y a ella. La montó fuerte y rápido, se dejó llevar por la pura necesidad y el instinto primitivo que manchaba su piel para reclamar a su compañera una vez más. La folló como quiso, con plena cooperación y entrega por parte de Calibri. Su bruja ni siquiera era consciente de que su magia estaba en el aire en torno a ellos, envolviéndolos como una lluvia de oro. Podía notar el chisporroteo sobre su piel, la energía filtrándose en su cuerpo y alimentándole como si siempre estuviese destinada a hacerlo. Gruñó de puro deleite, su excitación aumentó y soltó las riendas de su autocontrol para entregarse por completo a la lujuria del momento.

—Oh, Dios, Sin… —jadeaba ella en sus brazos—. Sin… oh, Sin…

Su nombre se convirtió en una súplica en sus labios, uno que no dejó de corear entre gemidos y desperados jadeos. Se aferró a él, le clavó las uñas en la espalda y juraría que incluso le mordió, pero en medio del frenesí en el que estaba inmerso no se paró a analizar tal gesto.

Dejó que su cuerpo hablase por él, que impusiese el ritmo y las limitaciones. Se entregó por completo a ella y a su placer hasta que la sintió apretarse en torno a su miembro y de su boca brotó su nombre en un grito estrangulado. Disfrutó del orgasmo femenino, pero no había terminado con ella, ni mucho menos.

—Uno más, brujita, dame uno más… —ronroneó, su voz gruesa por el deseo y la lujuria. La levantó del suelo y la instó a rodearle la cintura con ambas piernas—. Eres mía, Cali, toda mía…

La sujetó por las nalgas y presionando de nuevo la espalda femenina contra el bendito tronco que había aguantado hasta ahora su asalto, volvió a penetrarla.

—Oh, joder —jadeó ella envolviendo los brazos en torno a su cuello—. Prometo no llamarle nunca más gordo a tu tigre. Lo prometo, Sin, lo prometo.

Él se rio entre dientes.

—Me aseguraré de que así sea, cariño —ronroneó junto a su boca—. Ahora, dame otro orgasmo, solo para que sepa que has entendido la lección.

En aquella posición podía profundizar sus acometidas y la tenía completamente a su merced. El cuerpo femenino era suyo, para su placer y al mismo tiempo para hacerla disfrutar a ella sin que pudiese hacer otra cosa que recibir lo que le daba.

Capturó una vez más su boca y la besó a conciencia, se deleitó en su sabor y en su aroma,

el cual ya formaba parte de él. La amó con todo lo que era y se entregó en cada una de sus acometidas. Se dio a ella del mismo modo en que su compañera se había entregado a él y esta vez los condujo a ambos al orgasmo, queriendo que lo alcanzaran juntos.

Calibri gritó en su boca y se aferró a él con desesperación mientras su cuerpo convulsionaba y su sexo exprimía su polla. Sin se vació en su interior, las piernas le temblaban tanto que acabó cediendo su peso y el de ella contra el tronco del árbol hasta que fue capaz de recuperar de nuevo el aliento y su propia cordura.

—¿Sigues pensando que mi gato está gordo? —Se las ingenió para preguntarle minutos después.

—Um, ¿volverás a follarme de la misma manera si digo que sí? —musitó ella en apenas un hilito de voz.

Sin se apartó para mirarla a los ojos y se encontró esa tierna picaresca en el rostro de su compañera.

—Eres incorregible —resopló de risa—. Y una bruja.

—Sí, bueno, eso último no hay quien te lo discuta —admitió ella con un suspiro y se pegó aún más a él, su cabeza acabó apoyada sobre su hombro y eso le dio una ligera idea de lo que iba a pasar a continuación—. Aunque esta vez no ha habido mariposas.

Apenas había terminado la frase cuando una pequeña mariposa de luz agitó sus alas delante de sus narices, pero Calibri no la vio. No, no vio esa pequeña mariposa ni tampoco el enjambre que revoloteaban en torno a ellos creando una escena de cuento. Su compañera acababa de quedarse dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 18

—Sé que tendría que levantarme, que deberíamos recoger todo y volver a la civilización, pero no encuentro un solo gramo de fuerza para hacerlo.

Calibri dejó escapar un suspiro y permaneció tumbada encima del mantel que Sin había extendido en el suelo. El cuerpo cálido de su amante alejaba el frescor de la tarde que empezaba ya su descenso para dar paso a la noche. El sol había ido cambiando de lugar y ahora el bosque poseía un tono apagado, con más sombras que luces, pero todavía resultaba agradable estar allí.

Después del lujurioso encuentro que ambos habían protagonizado, uno del que jamás se olvidaría en su vida, cayó en los brazos de Morfeo. Cuando había vuelto en sí, estaba justo como ahora, pegada a Sin, quién ya tenía recogido todo lo que habían usado a excepción de la improvisada manta a cuadros.

—¿Me estás diciendo que tendré que cargar contigo de vuelta al coche? —Había risa en la voz de su compañero, la cual también estaba presente en sus ojos, cosa que comprobó al levantar la cabeza y encontrarse con ellos.

—Tengo suficiente amor propio como para impedir que eso suceda —admitió con rotundidad. Por no hablar de que le daría una vergüenza espantosa—. Dame diez minutos para que mi cerebro se convenza de que tiene que enviar de nuevo señales a mis piernas y haré el esfuerzo de ponerme en marcha.

—No hay prisa. En estos días todavía tenemos un par de horas más de sol antes de que la luz se vaya por completo —mencionó mirando a su alrededor.

Cierto. Él solía pasar los días vagando por estos parajes en su forma de tigre.

Arrugó la nariz nada más recordar a dicho tigre y lo que había propiciado un inocente comentario sobre su peso. Tenía que admitir que le sorprendió y divirtió su indignación, la cual resultó ser una treta para conseguir lo que deseaba de ella; un tremendo señor polvo.

El recuerdo de aquel momento la llevó a mirar el brazo que la rodeaba. Si bien ambos habían vuelto a vestirse, Sin se quedó en camiseta, lo que le permitía apreciar el oscuro bronceado. Deslizó los dedos sin pensar sobre su piel, recordando como la había visto surcada por las líneas negras típicas de su pelaje atigrado.

—Tenías las rayas de tu gato en la piel… —mencionó en voz alta y vio como los músculos del miembro masculino se tensaban y relajaban en cuestión de un parpadeo—. Durante un

instante os sentí a ambos como uno.

—Es la pureza del *tygrain*, lo que soy en realidad —admitió levantando el brazo y lo examinó—. Nunca antes la había experimentado. Fue extraño y revelador, es como si me encontrase a mí mismo después de mucho tiempo. —Bajó el brazo y la ciñó contra él—. Lamento si te asusté, no sabía que…

Sacudió la cabeza de inmediato y le cubrió los labios con un dedo.

—No me das miedo en ninguna de tus encarnaciones —le dijo y supo que era verdad—. Y fue… bueno, fue muy caliente. —Más que caliente, en realidad. Jamás se había sentido tan lujuriosa en su vida, no hasta él y que la poseyera de esa forma fue un momento único y exquisito—. Me gustó cada minuto de ese bendito momento.

—A mí también me gustó y mucho. —Su mirada se suavizó y bajó la cabeza a fin de besarla en los labios—. Aunque reconozco que me ha sorprendido que me devolvieses el mordisco.

No tenía que mirarse al espejo para ver que su cara se había puesto roja como un tomate.

—Eso no fue… —¿Qué podía decir? ¿Qué no tenía idea de lo que hacía? ¿Qué estaba tan sumida en la lujuria que actuó sin pensar?—. No fue a propósito.

Sin se rio por lo bajo y se llevó la mano al lugar en el que le había dejado la marca de sus dientes; un mordisco en toda regla.

—No me estoy quejando, cariño, creo que soy el primer tygrain al que su compañera reclama de esta manera —admitió genuinamente divertido—. Entre el mordisco y la lluvia mágica dorada afrodisíaca… Uf.

—Soy de lo peor —gimió y enterró la cara en su pecho. No quería ni mirarle, no cuando sabía que tenía razón y no tenía ninguna justificación a mano—. Ahora resulta que soy una bruja con poderes afrodisíacos.

Su amante se echó a reír a carcajadas y sus brazos la envolvieron al mismo tiempo.

—No sé si *afrodisíaco* sería la palabra correcta, Calibri, tus mariposas no hicieron acto de presencia hasta el final —mencionó burlón.

—Sin, no lo estás arreglando.

—Lo que quiero decir es que esa llovizna de luz parecía una extensión de ti misma, como un eco de tus propias emociones —continuó sin inmutarse—. Sentí tu calor y tu alegría. Y sí, vale, también tu lujuria. Pero mi naturaleza tygrain la asimiló como si fuese parte de mí, como si me fortaleciese de alguna forma.

—Ese es el vínculo que tenemos las *witcheria* con nuestras parejas —admitió levantando el rostro para encontrarse con sus ojos fijos en ella—. Se supone que tú eres el receptor de mi magia, el único que puede hacerla suya y al mismo tiempo fortalecerla. Y dado que eres un tygrain, el efecto que tienes sobre mi don es… bueno, al parecer hace que cree mariposas y lluvia

de luz… en momentos inesperados.

—Durante el sexo —asintió, pues no podía rebatir lo que había sido evidente—, al menos por ahora. —Se miró las manos e intentó canalizar su poder y una vez más solo obtuvo un pequeño chisporroteo—. Esto es todo lo que consigo hacer.

Sin le cogió la mano y la envolvió con la suya.

—Intentándolo una vez más —sugirió y no pudo evitar mirarle—. Has dicho que soy tu receptor, el único que puede fortalecer tu magia. Usa nuestro vínculo, busca en tu interior esa línea que nos une y conéctate a ella.

«Búscame de este modo e inténtalo».

Escucharlo de nuevo en su mente la estremeció, pero era una sensación agradable, cálida y que sentía ahora incluso con más intensidad que antes. De hecho, era casi como si pudiese sentirle a él del otro lado, su calma, la paz interior que había encontrado e incluso ese peligroso salvajismo que correspondía a su parte felina.

«Te siento dentro de mí. Eso es nuevo».

«Perdón». Sin darse cuenta, respondió a través de la misma línea y a juzgar por el placer y el orgullo que sintió procedente de él, lo había complacido.

«Inténtalo». Ronroneó y el sonido fue casi una caricia física. *«Me gustan tus mariposas y fue espectacular verlas en el bosque».*

Calibri respiró hondo y dejó que esa calidez y la presencia de Sin la envolviese. Al momento sintió el cosquilleo de su magia en su interior mucho más intenso que antes. Le hormigueaban los dedos, una sensación a la que estaba acostumbrada y se guio una vez más por ella y por los antiguos conocimientos que tenía.

Un segundo después había creado una mariposa de luz de un considerable tamaño que batía las alas mientras hacía equilibrismos en sus patitas sobre su dedo.

—Nunca dejarás de asombrarme, compañera —escuchó a su amante, el cual se había enderezado para admirar su obra.

La mariposa echó a volar y con cada batida de sus alas iba dejando tras de sí una estela de polvo de luz que caía como pequeñas luciérnagas sobre el bosque.

—Lo hice. —Alegría, satisfacción y alivio, todo se mezcló en su interior—. Mi magia. He podido tejer los hilos de nuevo.

—Bien hecho, brujita —escuchó la voz de su amante en su oído—. Bien hecho.

Se volvió hacia él y sonrió.

—Eres un buen profesor, Sin O´Donnell —admitió—. Gracias.

—¿Significa eso que me he ganado un nuevo pastel? —sugirió inocente.

—Sabes que el chocolate engorda, ¿no? —replicó con la misma inocencia.

—No hay problema, cariño, tú conseguirás que guarde la línea —aseguró empujándola de

espaldas—. Sigamos quemando calorías un ratito más.

—Al final vas a tener que llevarme en brazos —resopló, pero ya estaba metiendo las manos por debajo de la camiseta de su amante.

—No me importará lo más mínimo si con ello puedo seguir poniéndote las manos encima —aseguró cubriéndola con su cuerpo—. Ahora, ¿dónde nos habíamos quedado?

—Mariposas, teníamos que llenar el bosque de mis mariposas.

—Sí, me gusta la idea.

CAPÍTULO 19

Dos semanas después…

—Vale. Ahora entiendo por qué has decidido quedarte en este lugar. —Dana Cullin dejó escapar un largo silbido mientras miraba a su alrededor—. Si no tuviese la consulta en Ohio, hasta yo me mudaría. Es todo tan bucólico.

Sin sonrió de soslayo a su amiga. La chica le había llamado hacía tan solo media hora para decirle que estaba en *Bryson City* y no pensaba moverse de allí hasta que le enviase su localización vía wasap. El *GPS* ya se la había jugado dos veces haciéndola pasar de largo el desvío que llevaba a *Brookefalls.* Su amiga era así, impulsiva. No se le daba bien planear las cosas a largo plazo, o eso es lo que decía, así que no era sorprendente que le hubiese llamado cuando estaba a poco más de media hora del pueblo.

—Es una comunidad pequeña, pero cuenta con todo lo necesario para ser autosuficiente. Y tiene dos núcleos de población importantes a poco más de una hora en cada sentido, con lo que

nunca estás del todo aislado —resumió—. Tenemos un restaurante en el que sirven unos platos muy ricos con productos de proximidad, un supermercado bien surtido, un par de tiendas pequeñas…

—Y la pastelería de tu compañera —terminó ella por él—. Casi me caigo de culo cuando me lo dijiste. Y viviendo en la puerta de al lado, nada más y menos. Desde luego tu destino te estaba esperando en este lugar, no me cabe la menor duda.

Dana se había quedado sin palabras cuando la llamó al final de la semana pasada para hablarle de Calibri. Necesitó todo ese tiempo para poder pensar con meridiana claridad y no dejarse arrastrar por el tirón del emparejamiento; algo que solía darse en los primeros días e incluso semanas entre compañeros. Su amiga lo puso a caer de un burro tan pronto como se dio cuenta de que le estaba hablando en serio, que no se había fumado nada y que estaba bien de la cabeza. Después de la impresión y la consiguiente bronca por no habérselo comunicado antes, pasó a escucharle como solía hacer, interrumpiéndole tan solo para decirle que se había *«colado hasta los huesos»* por la mujer a la que llamaba *«compañera»*. Le habló de su dulce pastelera, de cómo y cuándo la había conocido, del momento en el que entró en su tienda y la vio con la bandeja de galletas en las manos. Comprendió que necesitaba hablar de ello con alguien y se dio cuenta de que, si bien había recurrido a Nickolas cuando se enteró de la que se le venía, a la hora de buscar respuestas sobre sus propios sentimientos, prefería hablar con Dana.

La veterinaria podía no ser un miembro de su raza, pero había demostrado ser una gran amiga en todo el tiempo que la conocía. Y además, era una mujer humana, lo cual podía proporcionarle una visión más cercana a la de su propia compañera.

Los últimos quince días habían sido una auténtica montaña rusa para Calibri y él mismo. Si lidiar con la continua atracción y deseo que surgía entre ellos a la mínima ocasión no era suficiente, también estaba el hecho de tener que permanecer separados, aunque solo fuesen unas cuantas horas, durante sus respectivas jornadas de trabajo. Sin podía lidiar con ello gracias a su nuevo puesto como guardaparques, el estar en contacto con el bosque disminuía la ansiedad de su felino, pero Cali, ella mandó a la mierda a un par de clientes por *«meter sus narices dónde nadie les llama»*.

Se había enterado del suceso por la mujer de Fredy Osborn, su nuevo jefe, quién estuvo presente durante el suceso.

«Krista Anderson es una grandísima víbora». Recordaba haber escuchado a la mujer siseando al entrar por la puerta de la oficina en compañía de su marido. *«Ya ha vuelto a las andadas y con Calibri Rose, nada más y nada menos. Se ha presentado en la puerta de la pastelería y empezó a gritarle todo tipo de cosas. Oh, pero la niña los tiene bien puestos, sí señor, esa papanatas se ha marchado de allí con el rabo entre las piernas»*.

La señora Anderson era la típica mujer metomentodo que se pasaba el día espiando detrás

de visillo de su ventana. Era la propietaria de una de las casas de su propio vecindario y parecía haber convertido en deporte el tocarle las narices a sus vecinos.

Él solía saludarla en voz alta y agitando la mano cada vez que pasaba por delante de la casa de la mujer para ver cómo se retiraba con rapidez de la ventana. No había tenido todavía el placer de cruzarse con ella e intercambiar unas palabras, pero después de su encuentro con Calibri, ardía en deseos de hacerlo.

«Si vuelvo a verla espiando por la ventana o simulando cortar el césped solo para ver quién entra o sale de mi casa, me planto en su puerta y le arranco todas y cada una de las malditas azaleas de las macetas».

Su compañera echaba humo esa misma noche, cuando volvieron a casa tras cenar en el *Lake House* y empezó a contarle lo ocurrido con pelos y señales. Decidieron frecuentar el local después de su interludio en el bosque. El dejarse ver juntos por el pueblo era una manera tanto de cortar de raíz los rumores que había en torno a ellos y permitirles a ambos desempeñar sus respectivas labores sin tener que andar esquivando o respondiendo preguntas incómodas. A Sin no podía importarle menos lo que dijesen o pensasen de él, pero sabía que Calibri era una miembro más de esa comunidad, que se había hecho un sitio allí y no estaba dispuesto a permitir que la hiciesen sentirse mal. Por otro lado, era imposible ocultar el hecho de que pasaba más tiempo en casa de su compañera que en la propia o la obvia tensión sexual que solía darse entre ambos en público o en privado.

Sí, habían sido dos semanas realmente intensas en todos los sentidos, un periodo de tiempo en el que estaba descubriendo quién era su deliciosa compañera, lo que le gustaba, lo que no, lo que consideraba aceptable, lo que odiaba con todas sus fuerzas. Encontró que pensaban de manera similar en muchas cosas, que también diferían en otras y que le encantaba debatir con ella, así como hacerla enrabietar hasta conseguir lo que quería.

Cada día que pasaba le gustaba más esa mujer y quizá Dana tuviese razón después de todo y se estuviese colando por ella si es que no lo estaba ya.

—Un bizcocho de naranja y un tarro de mermelada de uva casera —mencionó mirando a su amiga—. Me he hecho adicto al bizcocho y a las galletas de avena y chocolate.

Unas galletas que ahora tenían un toque muy especial, pensó divertido.

La magia de su pequeña bruja sin duda acababa en cada una de las creaciones que hacía y de un tiempo a esta parte las dichosas galletas parecían haberse convertido en un reclamo absoluto para todo el mundo en el pueblo.

—Si es que no podías encontrar a nadie mejor —se rio Dana—. Se trata de la chica perfecta para ti, Sin.

—Lo sería si no me tuviese a dieta de dulces —respondió con un resoplido—. ¿Te lo puedes creer? Incluso me pega con la cuchara si se me ocurre asomar la nariz cuando saca algo

rico del horno.

Su amiga prorrumpió en carcajadas.

—Preséntamela, por favor, solo por eso estoy convencida de que vamos a llevarnos muy, pero que muy bien —pidió entre risas.

—¿Cuándo dices que te ibas? —preguntó inocente.

La chica siguió riendo durante un buen rato, envolviéndose incluso el estómago con los brazos.

—Por Dios, no sabes cómo me alegra verte de nuevo siendo tú, tigre —aseguró empezando a calmarse al fin—. Estaba preocupada. Llegué a pensar en tomarme un tiempo y venir solo para asegurarme de que no te convertías en un ermitaño, pero parece que tu Calibri se ha encargado de sacarte del hoyo. Te mereces esto, Sin, te mereces todo lo bueno que te pase.

La envolvió con el brazo y la apretó contra él durante un momento a modo de agradecimiento.

—Al final tendré que admitir que el que me atropellases aquella vez no fue tan malo.

Ella le pellizcó en represalia por sus palabras y puntualizó como hacía siempre.

—Fuiste tú quien se echó encima de mi coche, capullo.

—Semántica, Dana, pura semántica —le dijo y se apartó para no ser de nuevo víctima de sus pellizcos.

El escaparate de la pastelería llamó de inmediato su atención, la puerta del comercio estaba abierta y vio salir a Calibri acompañando a la nonagenaria Sue Charmichael y a su nieta Laurel afuera. La sonrisa de su compañera era pura luz, tenía las mejillas sonrojadas y asentía ante las palabras de la mujer.

—Algunas no saben lo que es un buen meneo ni aunque se lo pongan por escrito.

—¡Abuela!

—¿Qué? ¿Vas a decirme que no es verdad? —chasqueó la anciana con su habitual sequedad—. Deja de poner excusas tontas y búscate un buen mozo, como el de esta muchacha, que te dé un buen polvo y de deje mirando a la luna.

—Mucho me temo que de esos no hay por aquí, abuela.

—Pues sal a buscarlo, qué coño.

—¿Ahora entiendes lo que tengo que aguantar? —replicaba la aludida en dirección a su compañera. Calibri, sin embargo, ya no la miraba a ella, había sentido su presencia y su cabeza giró al momento en su dirección.

«Puedo dar media vuelta y volver en una hora». Sugirió divertido.

«Y una mierda». La respuesta fue alta y clara en su mente.

—Hola, Sin —alzó la voz y levantó la mano saludándole.

Todas las féminas se volvieron entonces hacia él y su acompañante.

—Eso ha sido muy interesante —susurró Dana a su lado. No tuvo que mirarla para ver que estaba aguantando de nuevo las ganas de reír.

—Oh, todavía no has visto nada —aseguró y señaló con un gesto al grupo—. Ven, te presentaré a Cali y a la lengua más rápida y sucia de todo el pueblo.

—Hola, cariño —respondió al saludo de su chica en voz alta al tiempo que sonreía a la anciana—. Señorita Sue, tiene una lengua prodigiosa.

—No me toques las narices.

—¡Abuela!

Sin se rio en respuesta y cogió la mano de la mujer para apretarla ligeramente entre las suyas a modo de saludo.

—Me alegra ver que sigue en plena forma.

La anciana chasqueó la lengua, pero el brillo en sus ojos era de pura diversión.

—¿Acaso esperabas otra cosa muchacho? —replicó la mujer y acto seguido le echó un buen vistazo a Dana, quien permanecía en silencio a su lado—. Niña. Este ya está cogido. Calibri lo tiene bien amarrado.

Dana se rio de buena gana.

—Y no sabe lo mucho que me alegro de ello, señora —aseguró su amiga y entonces le sonrió a su compañera—. Estaba deseando conocerte. Aunque ahora que estoy aquí no sé si he llegado en buen momento.

—Claro que sí —aseguró Calibri—. Lo mismo digo, Dana. Sin me ha hablado mucho sobre ti. Bienvenida a Brookefalls.

—Gracias. Es un lugar increíble —aseguró mirando una vez más en torno a ella—. Tienen un pueblo precioso.

—Tenemos sitio si quieres quedarte —anunció la anciana y miró a su nieta—. La casa de Hellen iba a ponerse en alquiler, ¿no?

—Abuela, por favor.

La mujer hizo un gesto con la mano ignorándola y se giró hacia Dana.

—Ya me enteraré —le dijo y entonces se volvió hacia él—. Dile a tu *hermana* que se quede, muchacho, ella me cae bien. —Con eso, se colgó del brazo de su nieta y señaló uno de los edificios del fondo—. Venga, mueve el culo. Quiero enterarme si el imbécil que ha contratado el sheriff sirve para algo o es un inútil más.

—Gracias por las galletas, Cali —se despidió Laurel—. Sin es un placer verte. Bienvenida de nuevo, Dana.

—Gracias.

Los tres se quedaron en la calle unos momentos más viendo cómo se alejaban las dos mujeres.

—Bueno, si preguntan, eres adoptada —le soltó a su amiga al tiempo que la miraba de reojo—. ¿Vale, *hermanita*?

—Capullo —replicó ella.

—De los grandes —añadió Calibri llevándose las manos a la cadera—. Sin postre. Por capullo.

—Ah, no. Eso sí que no, cariño, *mi* postre es sagrado —declaró acortando la distancia entre ellos para envolverla con sus brazos y susurrarle al oído—. Todavía no te he probado a ti bañada en chocolate…

—Ejem. Hermana adoptiva presente —canturreó Dana.

—¿Una galleta, Dana? —preguntó Cali escabulléndose de sus brazos—. Acabo de sacar una tanda del horno y ya deben estar bastante frías para probarlas.

—Oh, sí, sí, sí. No sé si te lo dijo Sin, pero adoro las galletas.

Su amiga se cogió al brazo de su compañera y ambas volvieron al interior de la pastelería dejándole a él atrás. Sonrió, no pudo evitarlo, pues esa imagen acababa de traer consigo una palabra a su mente, una que hacía tiempo no pronunciaba y de la que se había mantenido alejado; familia.

—Sí, mi familia —musitó, se metió las manos en el bolsillo y las siguió al interior.

CAPÍTULO 20

—Plátano y chocolate.

—Sí.

—No soy flan del plátano.

—Lo sé, por eso las hago.

—Traidora.

Calibri sonrió y continuó revolviendo el contenido del bol mientras miraba de reojo a su compañero. Sin vestía todavía los pantalones de comando y la camiseta con el logo del NPS en un lateral del pecho. Acababa de llegar del trabajo y no se había molestado ni en cambiarse de ropa, pues la encontró trajinando en la cocina.

Ese hombre estaba *sexy* se supiese lo que se pusiese, más aún si no llevaba nada encima, una visión de la que había disfrutado en numerosas ocasiones en las últimas tres semanas. No era una persona pudorosa como pudo comprobar durante los días en los que Dana se quedó en la casa de al lado. Había perdido la cuenta de las veces que oyó gritar a la chica, *«Maldito, gato. ¡Ponte algo encima que me vas a dejar ciega!»*, cada vez que entraba por la puerta y se lo encontraba saliendo del baño o de su cama. Debía admitir que la pobre mujer parecía tener un imán para pillarlos a ambos en algo que no fuese una agradable conversación junto a una taza de té o un pedazo de tarta. Después de las tres primeras veces, la veterinaria había optado por reunirse con ella en la pastelería, el único lugar en el que se aseguraba no coger al hombre en cueros.

Dana Cullin resultó ser una mujer de lo más particular. No solo era franca y muy directa, sino que no tenía problema alguno en hablarle de Sin y de todas y cada una de las anécdotas que conocía sobre él. La veterinaria era encantadora y muy amistosa, resultaba imposible no congeniar con ella. Lo mejor de todo era que sabía lo que era su pareja, con lo que resultó así mismo una fuente de información inagotable.

Y gracias a su visita también tuvo la oportunidad de conocer otra parte del hombre.

Había esperado sentir celos de la relación que parecía existir entre ambos, pero la forma en la que se trataban, en la que bromeaban y se tomaban el pelo el uno al otro le recordó, en cierta manera, a la relación que Emily y ella compartieron en el pasado. Parecían hermanos y en un momento dado, la chica le aseguró que eso era todo lo que existía entre ambos.

«No te voy a engañar. Tu novio siempre ha tenido éxito con las mujeres, solo hay que mirarle para saber el porqué, pero entre nosotros las cosas siempre han sido así, como ves. No niego que está buenísimo, vale, y que tiene un polvo tremendo, pero… Arg. Es demasiado dominante para mi gusto, demasiado capullo, incluso. Somos amigos y espero que lo sigamos siendo durante el resto de nuestras vidas, pero no lo quiero como novio ni regalado. Todo para ti. Le pongo hasta un lacito si quieres».

Dana no solo se había convertido en una buena amiga, sino que también se había se había granjeado la simpatía de varios de los granjeros de los alrededores. Nada como una guapa y talentosa veterinaria para encandilar a los habitantes de un pueblo rural.

Sí, la *hermana* de Sin se había hecho un hueco en el corazón de los habitantes de Brookefalls, con lo que no descartaba que la tuviesen de visita más a menudo.

Sonrió al recordar el inesperado encuentro ante la pastelería el día de su llegada y cómo la señorita Sue zanjó el asunto. Esa mujer era única en su especie, tenía una lengua viperina, pero cuando hablaba lo hacía con tal franqueza y rotundidad que nadie rechistaba.

Esa mañana había venido a verla para felicitarla por poner a Krista Anderson en su sitio, pero más que la satisfacción de la anciana al hablar de aquel episodio fue la rotunda afirmación que hizo después la que no dejó de darle vueltas en la cabeza.

«Hoy en día hay pocos hombres que miren a una mujer como ese muchacho te mira a ti, Calibri. Su mirada es la de un hombre enamorado, así que no seas boba y cásate con él cuanto antes. No dejes que nadie te lo quite».

¿Estaría realmente enamorado de ella? ¿Era posible que terminase queriéndola de esa manera?

Sí, sabía que le gustaba, que la encontraba atractiva y era tierno y amable, el novio ideal en muchos aspectos, pero no le había escuchado decir que la quisiera o que pudiese llegar a hacerlo con el tiempo.

¿Y tú se lo has dicho alguna vez, guapita? Porque está clarísimo que tú sí que te has colado por él. Solo te falta crear corazoncitos en vez de mariposas. Ey, quizá debieses hacerlo, Cali, a lo mejor así se daba por aludido.

Su control sobre la magia había mejorado, pero acceder a ella mediante el vínculo que compartía con el *tygrain* también significaba abrirse a las emociones, percibir lo que habitaba en su interior y dejar al mismo tiempo que él captase lo que había en el suyo.

Intentaba enfocarse tan solo en tejer las líneas de poder a fin de crear figuras y por el momento a las mariposas se le habían unido un par de conejos que solían despertar el instinto predador de su compañero.

«Primero me llamas gordo y ahora me tientas con conejos. Ya te vale, Cali, ya te vale».

Le gustaba escuchar el diminutivo de su nombre saliendo de su boca porque lo

pronunciaba como si la estuviese acariciando, algo que no conseguía nadie más. Además, de un tiempo a esta parte solía usarlo en la intimidad o cuando quería hacer hincapié en algo que sabía muy bien solo obtendría con él.

Sin se le estaba metiendo debajo de la piel, ya no se trataba del deseo o la lujuria que despertaba en ella, del hecho de que fuesen compañeros, sino que se estaba enamorando de él, de la persona que había más allá de todo el coqueteo y los comentarios eróticos.

¿Enamorándote? Estás colada por él, Cali. Asúmelo. Lo quieres. Ya está. Has caído y lo próximo que conjurarás serán corazoncitos.

—Pero qué gilipolleces estoy pensando… —murmuró bajando de golpe la mirada al bol que tenía entre las manos.

—¿Pasa algo?

Sacudió la cabeza con energía y negó.

—Nada. Solo le estaba dando vueltas a algo. Cosas sin importancia. Tonterías, en realidad.

Sin ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Y qué tonterías te han puesto roja como un tomate, cariño? —preguntó entre divertido y tierno—. Creo que son de la clase que me gustan.

—No. Estas no te iban a gustar.

O quizá sí. La verdad es que no tenía la menor idea.

¿Qué podía decirle? *Perdona, soy consciente de que no llevamos juntos ni un mes, que nos estamos conociendo y eso, pero resulta que estoy colada por tus huesos.* Sí. Y ya de paso le ponía un lazo a la declaración y se lo entregaba en la caja de regalo.

—No necesitaré la caja.

—¿Qué?

—Que no necesitaré ni el lazo ni la caja de regalo. —Su mirada se suavizó, metió una cucharita dentro del bol y acto seguido se la llevó a la boca.

Calibri se quedó momentáneamente sin respiración.

—Dime que no he dicho eso en voz alta —gimió.

—En voz alta y clara, cariño —asintió tras retirar la cuchara y lamerse los labios—. Y no eres la única que está colada por los huesos de alguien, aunque sí la primera que lo tiene claro o al menos tiene las agallas de decirlo abiertamente.

Dejó la cucharilla sobre la superficie de la encimera y rodeó la misma. Le quitó el bol, lo dejó a un lado y le acunó el rostro con las manos.

—Soy un *tygrain,* desde el momento en que te encontré y supe que tú eras la única para mí, estuve destinado a enamorarme de ti —le dijo mirándola a los ojos—. Sé que esto ha ido muy rápido, pero cada minuto y hora que he pasado contigo, cada cosa que he descubierto de ti me ha empujado a seguir conociéndote, a aprender quién es la mujer que el destino ha puesto en mi

camino para mí. Y con cada uno de esos descubrimientos, con cada pequeño detalle que me has enseñado o he vislumbrado en ti, me he ido enamorando.

—Sin…

—Y sí, soy consciente de que no llevamos juntos ni un mes, que nos estamos conociendo y eso, Calibri Rose, pero resulta que estoy colado por tus huesos —la interrumpió repitiendo sus propias palabras, uno de tantos pensamientos a los que había dado voz—. Te quiero, bruja. Y creo que podré seguir enamorándome más y más de ti con el paso de los días.

—¿Lo crees o lo sabes? —Y una vez más su boca iba por libre, pensó al tiempo que cerraba con fuerza los ojos—. Mierda. Pues sí que estoy fina hoy.

—Lo sé —confirmó Sin con gesto vehemente—. Y ahora dímelo de modo en que ambos sepamos que lo estás diciendo en voz alta y no dentro de tu cabeza. O puedes…

«Te quiero, idiota». Bufó a través de su vínculo común.

«Bien. Eso también me vale, amor». Su respuesta fue cálida, pero era la sincera alegría y la infinita ternura con la que pronunció la palabra *«amor»* lo que la derritió por dentro.

—Ahora, si quieres que probemos a crear esos corazoncitos, seguro que me gustan tanto como los conejos —añadió él bajando sobre sus labios—. O incluso mucho más.

Calibri suspiró y le devolvió el beso, uno que sabía a plátano y chocolate.

Ella se relamió y apuntó.

—¿No decías que no eras fan del plátano?

—Y no lo soy. Pero seamos sinceros, cariño, todo lo que cocinas tú está de muerte —aseguró y esta vez metió el dedo en el bol para luego llevárselo al dedo.

—Oye… —lo reprendió.

—Ya paro, ya paro —se defendió alzando las manos y dando un paso atrás—. Bueno, ¿cuándo dices que quieres empezar a hacer corazoncitos?

Iba a responder cuando el timbre de la puerta sonó cortando su réplica de raíz.

—Te ha salvado el timbre, tigre gamberro.

Él le guiñó el ojo y señaló con el pulgar hacia el pasillo más allá de la cocina.

—Vas a querer abrir la puerta —le aseguró con su habitual seguridad.

—¿Y eso por qué? —preguntó entrecerrando ligeramente los ojos sobre él.

—Porque tenemos dos nuevos invitados esperando a que les abramos —replicó y antes de que pudiese preguntar de qué demonios estaba hablando, la cogió de la mano y la arrastró hasta la entrada principal.

Calibri supo lo que había del otro lado de la puerta incluso antes de que Sin se adelantase y la abriese de par en par. Fue tan solo una sensación, una chispa inesperada que despertó al momento la magia que corría por sus venas. Y es que la mujer que acompañaba al atractivo hombre que llenaba el umbral de su puerta… *No, un hombre no, se corrigió, un tygrain*… Era

una bruja como ella.

—Hola, chicos. Gracias por venir —los saludó Sin.

—Gracias a vosotros por invitarnos —respondió el hombre y su voz sonó tan profunda como la de Sin. Entonces se volvió hacia la mujer que le acompañaba y la miró con infinita ternura y una pizca de diversión—. Sabrina tenía prisa por conocer a tu compañera.

—Calibri, ellos son Kishan y Sabrina Devries. —Su pareja hizo las presentaciones, aunque no era necesario que dijera lo que vino a continuación—. Son la pareja de la que te hablé. Brina es…

—*Bruja* —asintió sin dejar de mirar a la chica, que le devolvió la mirada y sonrió al tiempo que asentía con la cabeza.

—Y mi marido es *tygrain*, al igual que tu compañero —corroboró la chica al tiempo que le tendía la mano—. Sin sugirió que quizá pudiésemos conocernos y hablar. Y no sé tú, pero a mí me vendría muy bien tener a una hermana bruja con la que poder intercambiar impresiones de este tipo. —La manera en la que señaló de los pies a la cabeza al hombre que tenía al lado como si fuese el premio de alguna tómbola, le arrancó una sonrisa—. Tú ya me entiendes.

Calibri asintió, miró a Sin, quien le dedicó un guiño y se volvió hacia la pareja una vez más.

—Es un placer conoceros —saludó y los invitó con un gesto a pasar adentro—. Adelante, por favor. Estáis en vuestra casa.

—¿Eso que huelo es chocolate? —preguntó Kishan y su mirada alternó entre ella y Sin.

—Chocolate y plátano. Una combinación infame, pero las manos de Cali son pura magia, así que prepárate… esta noche me lo agradecerás.

Kishan enarcó una ceja en silenciosa respuesta, pero Sin se limitó a sonreír como si supiese algo que él ignoraba.

—Yo quiero probarlas —anunció Sabrina volviéndose a ella—. Si es posible, claro.

—Si no te importa esperar una hora para que termine de hacerlas y se horneen…

—En absoluto. Si quieres te echo una mano, aunque ya te aviso que la cocina no es precisamente lo mío… pero te puedo dar conversación.

—Esa es mi bruja —canturreó el *tygrain.*

—¿Decías algo, amor?

—Nada en absoluto, brujita —respondió en voz alta y clara, el brillo pícaro todavía presente en sus ojos.

—Iros a la cocina, chicas, los *tygrain* nos quedaremos bufando un rato en el salón —atajó Sin señalando con un gesto la habitación a su derecha.

—Sí, eso de bufar se os da muy bien —aseguró Sabrina lo que hizo que su marido la mirase todavía más divertido, entonces se volvió hacia ella—. Te sigo.

Calibri asintió y miró una última vez a Sin.

«Te quiero, pequeña bruja». Sus palabras fueron una tierna y dulce caricia, una que estaba llena de amor. *«Ahora, ve a jugar»*.

«Gracias por llegar a mi vida, Sin». Le contestó de la misma manera y puso en cada palabra todo lo que era. *«Yo también te quiero, mi pervertido tygrain»*.

Y cada minuto de cada día que pasase a su lado, sabía que lo querría más y más.

«Y yo a ti, brujita. Y yo a ti».

Calibri escuchó la risa de su compañero en su mente.

«Déjame adivinar. También lo he dicho en voz alta a través de nuestro vínculo».

«Sí, amor».

Ella sonrió y añadió en voz alta.

—Bien.

Lo último que Calibri escuchó mientras guiaba a Sabrina a la cocina fue a Sin partiéndose de la risa.

EPÍLOGO

Dos meses después…

—¿Estás decidido?

Sin miró a la mujer que permanecía de pie a su lado, la misma que hacía tan solo dos meses, se había presentado en ese porche con un bizcocho de naranja y un tarro de mermelada de uva. Ella le había cambiado la vida con solo tocar al timbre de su puerta. Su compañera, su otra mitad, la pequeña bruja que hacía cada uno de sus días mucho más interesantes.

Giró la llave en el cerrojo, la sacó y se volvió hacia su compañera.

—Sí. Esta casa ha cumplido su misión —admitió levantando la llave entre ellos—. Me cobijó cuando me sentía perdido y sin rumbo y te trajo a ti hasta mí. Es hora de que obre su propia magia con otro, así que se la devolveré a su dueña para que… se la juegue a alguien más.

Calibri enarcó una ceja ante su comentario, pero no le sorprendió. Ya le había hablado de la peculiar mujer que ejercía como chamana de la *Plantación Berkley* y su extraña manera de hacer que cada *tygrain* que pertenecía o alguna vez hubiese pertenecido al clan Kenway encontrase su propio destino. Mint tenía que saberlo, que encontraría a su bruja en este lugar, pero él había estado demasiado ocupado hirviendo en su propia rabia como haberse dado cuenta de ello.

—Deberíamos enviarle una caja de galletas a esa intrigante para darle las gracias —mencionó rodeándole la cintura con el brazo y dándole finalmente la espalda a la propiedad—. Se las ha ganado.

—¿Con chispas de chocolate? —sugirió su compañera pegándose a él.

—Con chispas de chocolate y unas de esas bonitas mariposas de caramelo que has estado haciendo últimamente. —Señaló inclinándose sobre ella para besarla—. Me encantan esas mariposas.

—Pensé que ahora tus preferidos eran los corazones, Sin.

Sonrió a escasos centímetros de sus labios.

—Tu corazón, amor mío —ronroneó—. Tu corazón siempre será mi favorito por encima de todas las cosas.

—Zalamero.

—Bruja.

—Siempre, mi *tygrain*, eso siempre.

FIN

---

[1] **NPS** siglas del *National Park Service.*